MUNDO HISPANI

Número 145
15 pesetas



estafeta

ARGENTINA

MONICA FILLOY. Obispo Trejo, 1185. Córdoba (Argentina). Alicia Derdoy. Callao, 1218. Buenos Aires (Argentina).—Desean canje de libros y revistas sobre temas generales en castellano, francés, italiano e inglés.

ARMANDO RODRIGUEZ EQUIZA. Bartolomé Mitre, 722, piso 1.° Buenos Aires.—Solicita intercambio de tarjetas postales de cualquier tipo.

PEDRO VEGA. Local 30. Galería Florida. Tucumán (Argentina).—Veintidós años. Desea correspondencia con chicas de diecisiete a veintidós años, para intercambio cultural, en especial de Europa y Africa; en latín, español, alemán, italiano y francés.

BRASIL

ROGELIO SILVA. Calle Profesor Valadares, 152, 2.° Río de Janeiro (Brasil).—Desea correspondencia con señoritas de quince a dieciocho años, en inglés, francés o español.

CANADA

COLETTE LAGACE. 2436, Avenida de L'Orphelinat. Gifford, Quebec (Canadá).—Dieciocho años, estudiante de la Escuela Normal. Morena, con ojos negros. Desea correspondencia, hablando un poco francés, con persona de cualquier país.

MAUD LAROCHE. Ste-Croix. Lac St-Jean. Quebec (Canadá).—Estudiante de Pedagogía y Psicología. Dieciocho años. Desea correspondencia con estudiante español de diecinueve a veintitrés años.

CHILE

ANTONIO JIMENEZ M. Calle Sucre, núm. 942. Departamento 4. Antofagasta (Chile).—Desea correspondencia con estudiantes de bailes españoles residentes en España.

M. MARTINEZ B. Carnet núm. 102.743. Roncagua (Chile).—Desea correspondencia con jóvenes mayores de veintidós años.

GABRIEL DEL VILLAR V. Calle Victoria. 3.038. Valparaíso (Chile).—Desea canje de sellos de todos los países.

MIGUEL BAEZ M. Casilla 282. San Felipe (Chile).—Desea intercambio de sellos de todos los países.

FERNANDO NELSON R. Romero, 2.955. Santiago de Chile.—Desea correspondencia con jóvenes españoles de catorce a veinte años. Tengo quince. Intercambio de monedas y sellos.

ESPAÑA

JESUS MARIA RODES GRACIA. San Blas, 6. Tortosa (España). — Desea correspondencia con jóvenes españoles y suramericanos.

LUIS GONZALEZ IZQUIERDO. Víctor Pradera, 67, 3.° dcha. San Sebastián (España). — Desea correspondencia con señoritas de veinte a veinticuatro años, extranjeras o españolas, residentes en Madrid, en castellano, francés, inglés o alemán.

MARISA CABRERA CARRATALA. Virgen del Socorro, 43. Alicante.—Desea intercambio tarjetas postales en colores con coleccionistas de otras naciones.

GLORIA DE T. San Pedro, 2. Plasencia (Cáceres).—Desea correspondencia en francés con jóvenes cultos, franceses o belgas, de veinticinco a treinta años.

JOSE MANUEL CONESA Querol, 3. Melilla.—Cambia sellos de España por extranjeros. Remite series nuevas por otras en compensación.

ANGEL MORENO ABAD. Juan Limón, 6. Madrid.—Desea correspondencia en español con señoritas de todo el mundo.

INGLATERRA

VACACIONES EN INGLATERRA. — Archer's Court, Hastings. Tel 51577. Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0 (1.235 pesetas) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda, extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de Educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

FRANCIA

SIMONE COCOUZ. 113, rue R. Losserand. Paris XIVème (Francia). Muchacha francesa de dieciocho años. Estudiante de Economía. — Desea correspondencia con joven mexicano, estudiante o artista, para intercambio de ideas.

SOLE JUAN y C. C. S. FOYER. S. P. 87630. Par, BCM. Paris. Algerie, A. F. N.—Dos jóvenes de veinticuatro y veintinueve años, queriendo hacer expedición espeleológica del año 1961, desean entrar en contacto con personas interesadas en ésta, hablando francés, italiano, inglés y español.

PORTUGAL

JOSE ANTUNES LOUREIRO. Caixa Postal 183. Nova Lisboa. Angola (Africa Occidental Portuguesa). — Desea correspondencia con chicas del Canadá o de Hispanoamérica para intercambio de costumbres.

MANUEL PEREIRA CARDOSO. Sanatorio Sousa Martins. Pabellón 3. Cuarto 6. Guarda (Portugal).—Desea correspondencia con señoritas en portugués.

Una responsabilidad generacional

En la sucesión de las generaciones en la vida social parece corresponder ahora el turno a una nueva promoción sociocultural que irrumpe en el vivir español. Limitándose concretamente a España, aunque conducido por una línea temática que consideraba el problema conjunto de los pueblos de cultura ibérica, Eduardo Adsuara, un joven humanista de la nueva generación, se refería hace unos días en Madrid, en el curso de una conferencia desarrollada en el Instituto de Cultura Hispánica, a la aparición de la «generación del 60» en nuestra vida cultural.

La fase que nos es más próxima del vivir colectivo contemporáneo he mantenido también por mi parte en otras ocasiones que está claramente marcada, en efecto, por tres generaciones intelectuales anteriores a la nuestra. La del 98, o sea la que abre el siglo, con Unamuno como símbolo máximo, y toda su formidable carga intuitiva, creacional y problemática, destacándose como una proyección madrugadora de la conciencia española a punto de renacer. La del 20, generación docta y europeizante, cuyo símbolo humano sería Ortega, y el fruto más logrado, histórica y culturalmente, la República. Y la del 36-40, generación brillante y trágica como pocas quizá en la Historia, cuyo magisterio intelectual quedó truncado y roto al terminar el drama nacional. Ahora corresponde el turno de aparición a la nuestra, la del 60, integrada por los hombres cuya aparición en la vida intelectual e histórica de España cobra pleno sentido veinte años después de haber concluído aquel conflicto, cuya síntesis constituye ahora la meta histórica que está pendiente de nuestra capacidad de inventiva y de sacrificio.

El papel característico de esta nueva promoción, parece que todos estamos conformes en que es el de su autenticidad. Y la exigencia radical de esta autenticidad es no dejar de ser nosotros mismos; transformar profundamente nuestra existencia colectiva, sin dejar de permanecer fieles a un legado de los antepasados que contiene un mandato inexorable. ¿Hasta dónde hemos de cambiar, pues, y hasta dónde debemos seguir siendo quienes fuimos?

Pensemos, por ejemplo, en Europa. Se manifiesta hoy, indiscutiblemente, una marcada tendencia universalista en la conciencia española. Diversos sectores—y especialmente los estudiantes y los técnicos y profesionales—se sienten fuertemente atraídos por la posibilidad de una apertura incondicional al mundo; de modo más concreto, a Europa. Por supuesto que se trata de un fenómeno mundial; no es algo exclusivo de los españoles. Los muros culturales y políticos que han enclaustrado durante siglos, y en muchos casos durante milenios, a los pueblos, dentro de compartimentos estancos, se derrumban hoy por todas partes. En el Medio Oriente, en el Africa negra; en el aplastamiento de la vieja y remotísima teocracia tibetana.

No cabe duda tampoco de que tales milenarios muros de aislamiento están siendo sustituídos en algunos casos—como el mismo del Tibet—por nuevas murallas, quizá todavía más altas e impenetrables que las destruídas. Pero hay una diferencia importante. Mientras las barreras de antaño paralizaban y momificaban a menudo incluso la conciencia colectiva—sobre todo en los países asiáticos y africanos—, las que hoy levanta, por ejemplo, el comunismo, o alzaron ayer los fascismos europeos, son históricamente efímeras. Impresionan algún tiempo por su inmensa concentración de poder; pero en sus fundamentos son radicalmente contradictorias. Prometen ofrecer respuesta al ansia de verdad y de justicia del hombre engañado y oprimido de nuestro tiempo, y su única realidad espiritual efectiva es el intento de borrar la conciencia de plenitud humana cultivada por el cristianismo. Se orientan hacia la sociedad justa anhelada por todos los hombres de buena voluntad; pero es para hacerlos retroceder a estructuras de servidumbre y envilecimiento colectivos semejantes a las experimentadas en los trances más deshumanizados de la Historia. Sólo pueden producir crisis, terribles ciertamente, capaces de ensombrecer una o varias generaciones; pero, en definitiva, inestables, pasajeras.

En España, el actual momento universalista a que nos referimos no coincide con esos procesos extremos. El comunismo no juega ningún papel importante en el cambio de estructuras pendiente. Nuestras energías creadoras autóctonas van en otra dirección, antimaterialista y antimarxista. Y tampoco existe peligro especial de golpe de fuerza o invasión, que es el camino por el que el comunismo acostumbra establecerse sobre los pueblos. El peligro, en este orden de cosas, apunta más bien por otro lado. Sin dejar de comprender el poderoso y necesario estímulo que para nuestro país puede suponer la apertura española al mundo, y que nuestras actuales tendencias universalistas tratan de favorecer por todos los medios, no podemos dejar de advertir y señalar el mal grave que éstas apenas ocultan: la evasión de la propia conciencia y responsabilidad colectivas; la extranjería mental; la ruptura con las tradiciones básicas—entre las que figura la propia tradición revolucionaria y sindicalista—; el distanciamiento separatista progresivo de cada una de las porciones nacionales divididas del gran cuerpo social **hispánico.**

MANUEL LIZCANO

LA INDUSTRIALIZACION DE HISPANOAMERICA

AGRICULTURA E INDUSTRIA

A cualquiera que efectúe un viaje por Hispanoamérica le será patente la magnitud de los esfuerzos realizados para potenciar su industrialización. ¿Su ritmo es suficiente?

El índice de inversión de los países más desarrollados de Hispanoamérica ha superado el 14 por 100—con relación a la renta nacional—, aproximándose, por tanto, al efectuado por determinados países industriales de Occidente. Con la salvedad importante de que el 14 por 100 de estos últimos, por su mayor riqueza, reviste una importancia mucho mayor. Pese a todo el impulso, es manifiestamente general.

Según el economista Raúl Prebisch, de la C. E. P. A. L., y aun teniendo en cuenta los datos anteriores, el **ahorro nacional interior** de la mayor parte de las naciones hispanoamericanas no es de la dimensión necesaria para transformar sus infraestructuras. Aparecen, sí, grandes complejos industriales, pero no se culmina su construcción dentro de un cuadro armónico, para el que se necesitaría, obvio es decirlo, una ayuda financiera a escala internacional.

No obstante, el cuadro estadístico «agricultura-industria» está sufriendo transformaciones importantes. Baste ver, por ejemplo, que si en la Argentina el índice de producción agrícola en 1945 eran de 102 y de 77 para la industria—como promedios de comprensión—, éste ha pasado a ser de 111 contra 122 para la producción del campo, diez años más tarde. En otras palabras, en la primera fase del desarrollo económico, agricultura e industria comienzan a equilibrarse. Asunto al que debe dedicarse gran atención, puesto que en la década de 1900 a 1909 los productos manufacturados de la Argentina sólo representaban **la mitad** del valor de la agricultura.

INVERSION, AHORRO, POLITICA

En líneas generales, el proceso es idéntico en otros países. Tomemos como ejemplos ratificadores de esta lenta pero clara derrota de la supremacía agrícola en la renta nacional, los datos del Brasil y México, donde la curva se aproxima también a la igualdad. Si se unen los productos mineros, la industria estará ya en cabeza.

	Millones	
Brasil (agricultura)	3.587	(dólares)
Brasil (industria)	2.440	»
México (agricultura)	11.545	(pesos)
México (industria)	11.523	»

En 1956, a su vez, los productos manufacturados de Chile superaban ya en 41 millones de dólares el valor de la producción agrícola. En resumen, el equilibrio—con toda su inmensa significación social, puesto que ello implica la aparición de masas laborales fabriles y sindicalistas—se está realizando.

El gran dilema es dirigir, pues, hacia la creación de las infraestructuras necesarias, el capital de inversión. Henry G. Aubrey, al estudiar en «Capital Formation and Economic Growth» los problemas que ello lleva aparejado, no dudaba en advertir que la radical apetencia de beneficios ilícitos había hecho imposible que el proceso siguiera un ritmo más normal. Daba como datos de la inmensa voracidad del capital algunos datos harto ostensibles: Que en el Brasil, 256 empresas del estado de São Paulo obtienen unos beneficios anuales del 34,4 por 100, pero que un tercio de ese grupo sobrepasaba el 50 por 100 y un cuarto el 100 por 100. Añadía que las 286 empresas del grupo Matarazzo llegan a una media del 90 por 100.

Establecer y crear la conciencia de las verdaderas necesidades deberá ser, en el futuro, el elemento de mayor y más vital importancia en el cuadro de la industrialización hispanoamérica para evitar que puedan ocurrir, al tiempo, dos graves sucesos:

a) Que la industrialización se convierta en un factor **de prestigio** personal o gubernamental, sin tener en cuenta la verdadera realidad económica del país.

b) Que el poderío de ciertos grupos económicos llegue a realizar ciertas fases de desarrollo industrial, minero o petrolífero, casi de carácter extraterritorial—aunque el capital sea exclusivamente nacional, porque una cosa no tiene nada que ver con la otra—, que no fomenten la creación de verdaderas infraestructuras económicas, sin las que, a la larga, todo estará en el aire.

LA MECANIZACION DE LA AGRICULTURA

Está pasando ya la fiebre, en muchos puntos ingenua, de que una rápida industrialización fabril era suficiente para terminar con todos los dilemas conectados con un escaso desarrollo. Al revés, hoy se intenta que la mecanización del campo y de la agricultura jueguen un papel armónico en el proceso. No se trata tampoco de ir a establecer sociedades nacionales autárquicas y cerradas, puesto que el cuadro mundial es otro y se tiende, en realidad, a la creación de grandes organismos internacionales de comunicación automática: Mercado Común, Zonas de Libre Cambio y de Cooperación, etc., etc.

Por esa misma razón se hace necesario ver los problemas en conjunto, ya que el capital extranjero, en esta nueva etapa del mundo, pasa a ser también una inversión normal en los países de renta nacional insuficiente. Al menos, no se puede esperar que acuda—a menos que esté ciego—con los mismos propósitos de colonialismo económico que lo hiciera en el siglo XIX.

De ahí que Hispanoamérica—con un 50 por 100, como mínimo, de población agrícola activa—tenga que conceder una importancia capital a la mecanización de su agricultura y a la tecnificación de sus masas campesinas. Resulta muy interesante ver, por ello mismo, los datos de producción de fertilizantes, según países y regiones del mundo:

PRODUCCION MUNDIAL DE FERTILIZANTES EN MILLONES DE TONELADAS

Estados Unidos (importa aún)	5,37
Africa	0,11
Hispanoamérica	0,38
Oriente Medio	0,12

La producción de fertilizantes y la mecanización de la tierra constituyen, pues, una experiencia importantísima que tiene que realizar Hispanoamérica en toda su dimensión. Piénsese que se trata del 16 por 100 de las tierras cultivables del mundo. Es interesante observar, por tanto, la cantidad de hectáreas, por tractor, en diversas partes de la tierra:

	Ha. por tractor
Extremo Oriente	8.500
U. R. S. S.	210
Norteamérica	50
Hispanoamérica	470
Europa	104

Pero, una vez más, volvemos al mismo problema anterior: a la necesidad de crear una conciencia colectiva de utilización racional de la riqueza y de los bienes. El Banco Internacional de la Reconstrucción y Desarrollo no ha dudado en señalar que es necesario cerrar el ciclo de las grandes posesiones—muchas de ellas abandonadas o sin cultivos intensivos—, para iniciar la de una agricultura dispuesta a liquidar endemias y carencias de todos conocidas. El B. I. R. D. dice textualmente que ciertos países de Hispanoamérica se ven obligados a importar alimentos para el consumo de sus poblaciones urbanas—pese a la masa agrícola y las posibles extensiones de terrenos cultivables—porque no se ha procedido a una utilización más lógica y adecuada de sus tierras.

Todos estos factores no quitan fuerza ninguna al progresivo avance de la potencialidad industrial de Hispanoamérica, pero contribuyen, o debieran hacerlo, a situarnos con entereza ante unos problemas que, de una forma u otra, corresponden a todos los hombres, y más a los que, hablando la misma lengua, debemos tener un idioma común ante preocupaciones idénticas.

E. R. G.

Heráldica


En campo rojo, un grifo de oro alado y con uñas de azur. Bordura de oro, con las cadenas de Navarra de azur.

Hernán G. Peralta. San José. Costa Rica.—Con los datos que proporciona don Alvaro Fernández Peralta en su trabajo «Familia Peralta» (en la «Revista de la Academia Costarricense de Ciencias Genealógicas», núm. 2, 1955), unidos a los que conservo en mi archivo, puede formarse la genealogía de la familia Peralta, de la que hoy damos un extracto.

Peralta. — Linaje navarro. Una rama pasó a Medina del Campo (Valladolid) y otra a Andalucía, que se trasladó más tarde a Costa Rica.

I.—Don García Martínez de Peralta, nació hacia 1350, descendiente del palacio de Cabo de Armería de Peralta, consejero y secretario del Rey Carlos II de Navarra, señor de Undiano, en 1376; diputado a las Cortes de Zaragoza en 1405, casó en 1384 con doña Ana Sancha Ruiz de Azagra.

VI.—Don Antonio de Peralta y Velasco, II marqués de Falces, IV conde de Santisteban de Lerín, señor de la Baronía de Peralta; nacido en 1492 y fallecido en 1542. Casó el 17 de diciembre de 1514 con doña Ana de Bosquet y Lucy, señora de Tornay (fallecida en 1545), hija de don Juan de Bosquet, barón de Ponget, canciller de Navarra, y de doña Ana de Lucy, señora de Bel-Aire. Fueron padres, entre otros hijos, de:

a) Don Gastón de Peralta, III marqués de Falces, V conde de Santisteban de Lerín, señor de la Baronía de Peralta, III virrey de México en 1566; casado con doña Ana de Velasco; padres de don Antonio de Peralta y Velasco, IV marqués de Falces, VI conde de Santisteban de Lerín, señor de la Baronía de Peralta, que, de su matrimonio con doña Ana de Campo, tuvo a doña Ana María de Peralta, V marquesa de Falces, VII condesa de Santisteban de Lerín, señora de la Baronía de Peralta, casada con don Jaques de Croy, con sucesión, representada hoy por el actual y marqués de Falces.

b) Don Juan de Peralta, que sigue.

VII.—Don Juan de Peralta y Bosquet, nacido en 1517 y muerto en 1571; obtuvo licencia para pasar a Costa Rica en 1565. Casó en 1540 con doña Leonor de Salcedo y Jaramillo.

VIII.—Don Manuel de Peralta y Salcedo, nacido en 1541; casó en 1563 con doña Leonor Sánchez de Peña.

IX.—Don Diego de Peralta y Sánchez de Peña, nacido en 1568 en el Puerto de Santa María (Cádiz). Casó el 9 de agosto de 1598 con doña Juana Díaz de la Cámara.

X.—Don Andrés de Peralta y Díaz de la Cámara, nació en El Puerto de Santa María el 12 de diciembre de 1605; casó en 1648 con doña María de San Juan.

XI.—Don José de Peralta y San Juan, nació en Jerez de la Frontera el 29 de marzo de 1655, y casó el 28 de julio de 1697 con doña Juana Franco de Medina. Padres de:

a) Don Tomás de Peralta y Franco de Medina, nacido en Jerez de la Frontera el 30 de mayo de 1698, donde falleció el 1 de mayo de 1743, creado marqués de Peralta por don Carlos VI de Austria en Viena, a 19 de febrero de 1738.

b) Don Esteban Francisco de Peralta y Franco de Medina, que sigue.

XII.—Don Esteban Francisco de Peralta y Franco de Medina, nacido en Jerez de la Frontera el 1 de abril de 1703, y fallecido en 1763; casó el 11 de noviembre de 1731 con doña Agueda María de Barrios.

XIII.—Don Sebastián José de Peralta y Barrios, nacido en Jerez de la Frontera el 30 de octubre de 1735, y fallecido el 29 de octubre de 1800; casado el 10 de septiembre de 1754 con doña Ana Antonia de la Vega.

XIV.—Don José María de Peralta y de la Vega, nacido en Jaén el 28 de septiembre de 1763, y fallecido en Cartago el 7 de agosto de 1826. Trasladó su residencia a Costa Rica en 1783. Casó el 12 de abril de 1783 con doña Ana Benita López del Corral, y en segundas nupcias, el 29 de octubre de 1816, con doña Ana Basilia de Alvarado y Oreamuno. De su primer matrimonio tuvo diez hijos y cinco hijas, y tres hijos y cuatro hijas de su segundo matrimonio. Uno de estos hijos de su segundo matrimonio fué:

XV.—Don Bernardino Peralta y Alvarado, nacido el 21 de julio de 1823. Fué su hijo reconocido.

XVI.—Don Manuel María de Peralta, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Costa Rica, de las Ordenes de Isabel la Católica y Carlos III, y Legión de Honor, al que en 1883 S. S. el Papa, como jefe del Antiguo Sacro Romano Imperio, rehabilitó el título de marqués de Peralta.

JULIO ATIENZA

LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR

Consultas a la Academia

MONSEÑOR Frecuentemente vemos en la prensa la abreviatura de Monseñor así: *Mgr.* La Academia publicó en julio de 1956 una resolución sobre el particular que decía: «La Academia Colombiana de la Lengua recuerda a los señores periodistas: 1) Que la abreviatura castellana del tratamiento eclesiástico *Monseñor* es *Mons.*, y no "Mgr", la cual corresponde al francés *Monsigneur.* 2) Que la abreviatura *Mons.* está registrada y aceptada por la Academia Española hace muchos años en su *Gramática* y su *Diccionario.*»

GIRA Y JIRA En el mismo año anotado arriba, nuestra Corporación dió a conocer este aparte del Acta de su sesión del 17 de septiembre: «La Academia Colombiana advierte que, con la publicación de la edición decimoctava del Diccionario de la Real Academia Española, ha quedado establecida la doble ortografía de la palabra *gira*, con *g* y con *j*; así: *Gira* (de girar, 1.ª acepción): Excursión que efectúa un grupo de personas, sea por mero recreo o con otros fines. *Jira* (del francés *bonne chère*, buena cara): Banquete o merienda, especialmente campestres, que se hacen entre amigos con regocijo y bulla.» (De paso, informo a mis lectores que nuestro gráfico término *piquete* ya está incluído en el Diccionario oficial, como *colombianismo*, definido así: «merienda campestre».)

ACUSE DE RECIBO No faltan puristas extremosos que condenan esta expresión. Sin embargo, el director de la Academia Colombiana contestó a un consultante, al respecto, así: «*Acuse de recibo* es una expresión correcta, registrada en el Diccionario.»

PANEL Oímos con frecuencia en la televisión el anglicismo *pánel.* A este respecto, es bueno recordar aquí lo que expresó, en octubre de 1956, la Academia Colombiana: «La palabra *pánel* que está utilizando el señor... (omito el nombre) para significar el grupo o conjunto de jóvenes que deben contestar las preguntas propuestas, es un anglicismo inaceptable en castellano. Nuestra lengua tiene la expresión equivalente *mesa*; y así, puede decirse *la mesa delibera, la mesa no ha podido ponerse de acuerdo.*»

ADVISORY REPORT El antiguo embajador de los Estados Unidos en Colombia, señor Philip Bonsal (correspondiente extranjero de nuestra Academia), consultó, cuando tenía en Bogotá la representación de su país, qué término consideraba aquélla más adecuado para reemplazar el *Advisory report* usado en los círculos diplomáticos. La Academia contestó al señor Bonsal que, en su orden, le recomendaba las siguientes locuciones: *Informe comendatorio, Informe insinuativo, Informe asesor.*

CONCEJO, CONSEJO Sobre estos términos recibe consultas frecuentemente la Academia. Copio aquí un aparte de la respuesta que a un corresponsal dió nuestro director: «*Concejo* denota la corporación formada por los *concejales* y encargada de la administración de un municipio. *Consejo*, entre otras acepciones, significa junta consultiva, junta que da consejo; y de ahí pasó a significar diversas clases de corporaciones administrativas oficiales o de empresas particulares.»

DRIVE-IN Tengo a la vista un recorte de *La Patria* en el que leo: «Nueva organización tendrán los *Drive-in* de la ciudad.» Esto me hace recordar una carta que el padre Félix Restrepo escribió en octubre de 1956 a los señores J. B. Jaramillo Meza, Rogelio Escobar Angel y Camilo Orozco, sobre este afectado anglicismo: «En *La Patria* de ayer veo que se van a cambiar los nombres de los establecimientos malamente llamados "drive-in". Felicito a ustedes cordialmente en nombre de la Academia Colombiana por la patriótica labor que están adelantando en esa ciudad, a fin de restituirle su castizo aspecto de gran señora hispánica.» Y agregaba el director de la Academia que el nombre castizo «que está en el Diccionario y se usa mucho en España, es *merendero.*» Doy la voz de alarma a los distinguidos amigos a quienes se dirigió el padre Restrepo, pues veo que por allá también están soplando vientos «anglicados».

LOCUTOR Algunas personas creen que este término no está admitido por la Real Academia Española, porque consultan la penúltima edición de su Diccionario (1947) y no lo ven. Pero en la 18.ª edición (1956) aparece *locutor, locutora*: «persona que habla ante el micrófono en las estaciones de radiotelefonía, para dar avisos, noticias, programas, etc.»

OSCAR ECHEVERRI MESIA
(De la Academia Colombiana de la Lengua.)

Los trabajos y los días



CONTINENTE VACIO

Iberoamérica es un continente vacío, y lo seguirá siendo en el año 2000, cuando esté cerca de los 600 millones de habitantes. Sin embargo, algunas voces exteriores, demasiado propicias al control de la natalidad—y, por tanto, no católicas—, se muestran alarmadas por su crecimiento demográfico, prefiriendo los sistemas de control a cualquier otro método de solucionar los problemas de una mayor densidad de población, como se ha hecho en la isla borinqueña. El director de la Oficina de Investigaciones Demográficas de Washington acaba de «advertir» que Iberoamérica podrá llegar a ser un «gigantesco arrabal» si no se adoptan medidas radicales para contener el ritmo de crecimiento de sus habitantes. «Si continúa durante mucho tiempo—dijo—el fenomenal aumento de la población que actualmente se registra, la situación amenazará gravemente las esperanzas de fomento y desarrollo económico.»

JOYAS DE HACE DOS MIL AÑOS

Hace más de treinta años fueron descubiertas en la colina de Coronilla (Bolivia) una serie de joyas de oro—discos, corona, colgantes, orejeras, vaso, etc.—. Ahora, el profesor Ibarra Grasso, director del Museo Arqueológico de la Universidad de Cochabamba, ha publicado sus conclusiones sobre el hallazgo. Según el arqueólogo boliviano, las joyas tienen una antigüedad de unos 2.500 años, perteneciendo a un «rey» de la cultura megalítica, anterior a la de Tihuanaco. Forman, en conjunto, el más importante descubrimiento de oro anterior a la llegada de los españoles a América que se ha efectuado hasta el presente.

MATEMATICOS

La Unesco ha creado un centro de formación de profesores y especialistas en altos estudios matemáticos para Iberoamérica, con sede en Buenos Aires. De igual forma acaba de establecer otro centro regional iberoamericano, en Quito, para la formación de profesores de periodismo. Anteriormente existía otra institución periodística en Estrasburgo, con destino a Europa, Africa y Oriente Próximo.

CARDENAL FILIPINO

Los católicos filipinos—más del 80 por 100 del país—han visto coronada ahora su antigua aspiración de contar con un cardenal en la Iglesia. Rufino J. Santos, arzobispo de Manila, elevado por Su Santidad Juan XXIII al cardenalato, gobierna una de las mayores archidiócesis del mundo, con 3.800.000 fieles. El acierto de su designación viene a los católicos de todo el mundo al mismo tiempo que la noticia, trascendental en la historia de la Iglesia, de llegar al colegio cardenalicio el primer hombre de raza negra, monseñor Lurian Rugamwa, obispo de Rutabo (Tanganica). Para los hombres, esencialmente antirracistas, del mundo ibérico, 1960 es, pues, un año decisivo.

REFORMA AGRARIA

La reforma agraria está siendo abordada por gran parte de los Gobiernos hispanoamericanos. Después de las medidas radicales de Bolivia y Cuba, otros países han encarado el problema con diverso criterio. En Venezuela, una Ley de Reforma Agraria se ha aprobado. En ella no se trata de dividir o repartir los latifundios, sino de distribuir las tierras públicas a los campesinos, acelerando así la producción de alimentos. En Ecuador también se está llevando a cabo un moderado programa agrario de asentamientos y colonización. En Colombia, un sector del partido liberal ha declarado como principal objetivo la realización de la reforma agraria, «para liberal al campesino de la explotación de los terratenientes». Uno de los líderes de este sector afirmó que «cada país debe actuar dentro de sus propias modalidades y de acuerdo con las condiciones impuestas por las luchas locales». Bolivia, por su parte, tiene la intención de convocar este año un congreso campesino iberoamericano, para estudiar, sobre todo, estos problemas de la reforma agraria.

TEATRO

El II Congreso Interamericano de Teatro tiene anunciada su celebración para los días del 22 al 29 de abril, en La Habana. La reunión, auspiciada por la Dirección General de Cultura de Cuba, seguramente coincidirá con la apertura oficial del Teatro Nacional Gertrudis Gómez de Avellaneda.

BRASILIA

La designación del cardenal patriarca de Lisboa, monseñor Manuel Gonçalves Cerejeira, como delegado pontificio en los actos de la próxima inauguración de la nueva capital del Brasil, Brasilia, ha sido considerada en Portugal como un extraordinario acierto. «Es el hombre ideal para la misión ideal», ha dicho un diario lisboeta.

DOLARES

El Departamento norteamericano de Defensa reveló las cantidades aportadas por su país en ayuda militar a otras naciones durante los últimos diez años. De un total de 26.078 millones de dólares, Iberoamérica recibió 423 millones —de ellos, 167 el Brasil, el más beneficiado—. Europa alcanzó la cifra de 13.704, ocupando el primer lugar entre los grupos regionales. El Lejano Oriente, en segundo lugar, obtuvo 6.202. Iberoamérica ocupa el tercero.

SANTOS CUBANOS

La prensa cubana se hace eco de que hay en curso en la Santa Sede tres procesos de beatificación de sacerdotes nacidos en la isla. Si los tres—o uno de ellos—concluyeran felizmente, tendría Cuba su primer nacional elevado a los altares. Los tres sacerdotes —Luis Sánchez, Tiburcio Osorio y Jaime Oscar Valdés—perecieron como mártires de la fe, aunque en distinto tiempo y circunstancia.

COLABORACION BRASILEÑO-PARAGUAYA

La colaboración económica brasileño-paraguaya ha recibido un nuevo impulso con la firma de un convenio por el cual Paraguay concede al Brasil «un depósito franco en el puerto de Encarnación, para el recibo, almacenaje y distribución de las mercaderías de procedencia y origen brasileños, así como para el recibo, almacenaje y expedición de las mercaderías destinadas al Brasil, dentro de cuyo depósito, para los efectos aduaneros, tales mercaderías serán consideradas en régimen libre». Esta colaboración económica tiene como antecedentes inmediatos un Tratado General de Comercio y de Inversiones y un Convenio de Comercio Fronterizo, firmados en 1956, así como una serie de acuerdos concretos sobre la unión por carretera entre Coronel Oviedo y puerto Presidente Franco, y entre Concepción y Paraguaná, sobre la construcción de un puente internacional en el Paraná y sobre el aprovechamiento de la energía hidráulica de los saltos en el Acaray y en el Monday.

ALIANZAS

Las reuniones de personalidades iberoamericanas de las diversas tendencias se hacen cada día más frecuentes. Puede decirse que, en los últimos años, se observa un fenómeno que podría denominarse «pre-estructuración de partidos de dimensiones continentales iberoamericanas, en las diversas corrientes ideológicas». Tal vez sea éste el hecho más sintomático de esta zona del mundo. Posiciones comunes están siendo adoptadas en cada una de esas corrientes. Y todas ellas tienen un punto de coincidencia: la defensa de la necesidad de ir paulatinamente a una integración de Iberoamérica en los campos político, social y económico. Ejemplos recientes de esto son: la reunión en Lima de lo que pudiera llamarse «izquierda democrática», bajo los auspicios del Apra—en la que se acordó luchar por una «América unida, justa y libre»—; la IV Conferencia de Partidos Socialistas Latinoamericanos, celebrada en Lima, y el III Congreso de Sindicalistas Cristianos, efectuado en Quito.

MUNDO HISPÁNICO

Director: JOAQUIN CAMPILLO

NUMERO 145 - ABRIL 1960 - AÑO XIII

Depósito legal. M. 1034-1958

SUMARIO













Y ADEMAS, EN ESTE NUMERO:
«El Palacio de Deportes de Madrid».—«Cinco fotos sueltas».—«La Pasión».—«Figuras de la Pasión del Señor».—«Una responsabilidad generacional».—«Consultas a la Academia».—«Ocho meses a bordo de un país.—«Amanda Berenguer y sus versos».—«El feo», cuento de Sanz Lajara.—«El Cádiz de las Cortes», por Ramón Solís.—Y las secciones habituales: Estafeta, Heráldica, Decoración, Pasatiempos, Humor, etc.

PORTADA: Muchacha de Montehermoso (fotocolor Masats).

Fotografías de Fernando Martínez, Teódulo, Winternitz, Europa Press, Lara, Masats, Basabe, Cifra Gráfica, Glen Curtis, Pacheco, Calvo y Pastor y Archivo «M. H.»

Colaboración artística de Molina Sánchez, Carpe, Manzano y Daniel del Solar.

La venta abier

Azorín,

el curioso constante

He aquí, con su perfil afilado, al eterno y curioso Azorín, nacido en 1874. Pero es bueno tener esa edad, haber nacido en esos días, porque se pertenece a una generación que vió las dos aguas, que escuchó los dos mundos y supo que el «aquí» y el «allá» tenían una significación común, pese a todo.

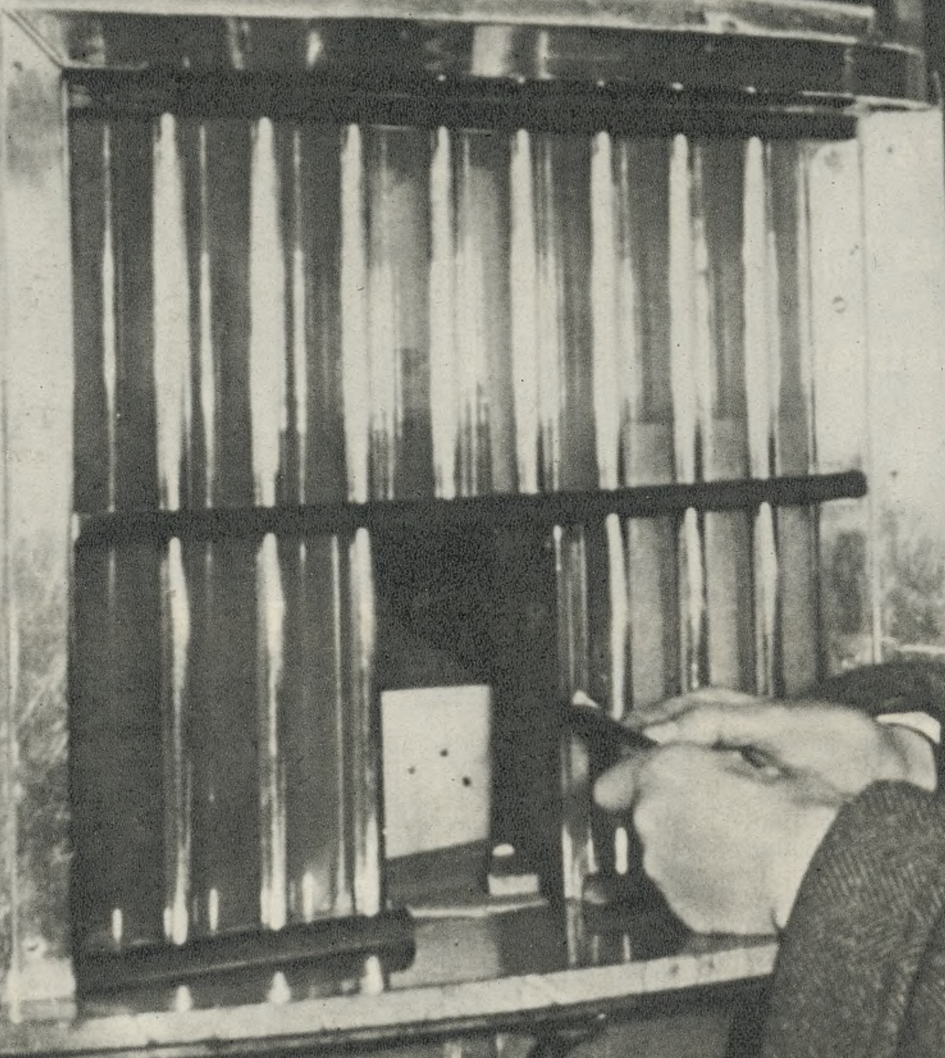
Sostenido sobre sí mismo, erguido sobre todo lo que es superfluo—edad, dolor, queja de la carne—, este escritor español de la generación del «noventa y ocho»—hermana Cuba—siente y comprende los gustos de nuestro tiempo. No se ha cerrado, como caracol herido y asustado por una sombra, sobre sus viejos recuerdos, sino que se ha llenado de nuevas emociones.

He aquí a Azorín, el descubridor de encaladas rutas españolas—la pana negra al lado de las fuentes—, ante la taquilla de un cine—su afición última—, donde el azar ha reunido al tiempo, paralelas, la proclama de dos equívocos: el «sueño» de Andalucía y el «festival» de México.

Dos equívocos, porque el «allá»—país por país—no puede ser sólo flor de requiebro y danza—«flor de la adormidera», que decía Alfonso Reyes—ni el «acá» es sólo Andalucía y abanico. Todo ello, al revés, suele ser simulacro y tópico, careta y no gesto de los valores más constantes y honrados del alma.

Azorín, el escritor de *El paisaje de España, visto por los españoles*, seguro que habrá llegado a la cuenta de que es necesario llegar a hacer de una vez, y como llenándose de ira, un paisaje y un folklore cinematográfico que nos entregue las claves exactas de nuestro ser coloquial español e iberoamericano. No el «festival» ni el «sueño», sino la realidad animada por el acento auténtico, el coro trascendido a verdad, aunque ello deje perplejos, aunque sea por una vez, a los inventores de los falsos retablos; no el gaucho argentino o el llanero colombiano, retocados para multiplicar la receta de la farsa; no el andaluz, siempre entre el vino y el toro, cuando no hay nadie tan grave y serio como un cordobés ni nadie que haya visto tanta tierra junta como un gaucho ni tanto dolor como un llanero. Todo eso, que lo habrá sentido el Azorín que llamó en tantas puertas de Castilla para oír las verdaderas palabras, es obligado predicarlo para que nos devuelvan, al fin, nuestra imagen verdadera—y la vuestra—, trocada hoy por la baratija falsa, abalorio, de un *typical* que no tiene nada que ver con ese folklore verdadero que ha recorrido el mundo: la voz, la palabra, la danza y el espíritu de unos pueblos eternamente insumisos y rebeldes a la robotización del hombre.

Enrique Ruiz García


EL SUEÑO DE
ANDALUCIA
FESTIVAL
EN MEJICO
LUNES
La aventura esta en la esquina - EL ULTIMO GANGSTER
PROGRAMA AUTORIZADO
PRECIOS DE LAS LOCALIDADES
De 10 a 3 2,00
De 3 a 9 3,50
De 9 a 1 2,25

1959: Otro año industrial en España

98 buques entraron en servicio en 1959, cuyo tonelaje significa un aumento del 59 por 100

En el año 1959 ha proseguido la expansión industrial, aunque con menor intensidad y regularidad que en los años anteriores. Se han conseguido progresos importantes en ciertos sectores (en el siderúrgico, la producción de aluminio, fabricación de nitrogenados y en las industrias de motor, principalmente) y se han producido retrocesos, también importantes, en otros (extracción de carbón, fibras artificiales, industria textil, por ejemplo), como era de esperar en un año de transición en materia económica, según ha manifestado a los informadores el ministro de Industria, señor Planell, con ocasión de comunicarles los datos correspondientes a la marcha de la industria durante el año 1959 y el detalle de inversiones que los programas industriales aprobados por el Ministerio exigirán a lo largo del quinquenio 1960-1964.

LOS AVANCES MAS IMPORTANTES...

en lingote de hierro. (+ 26 %),

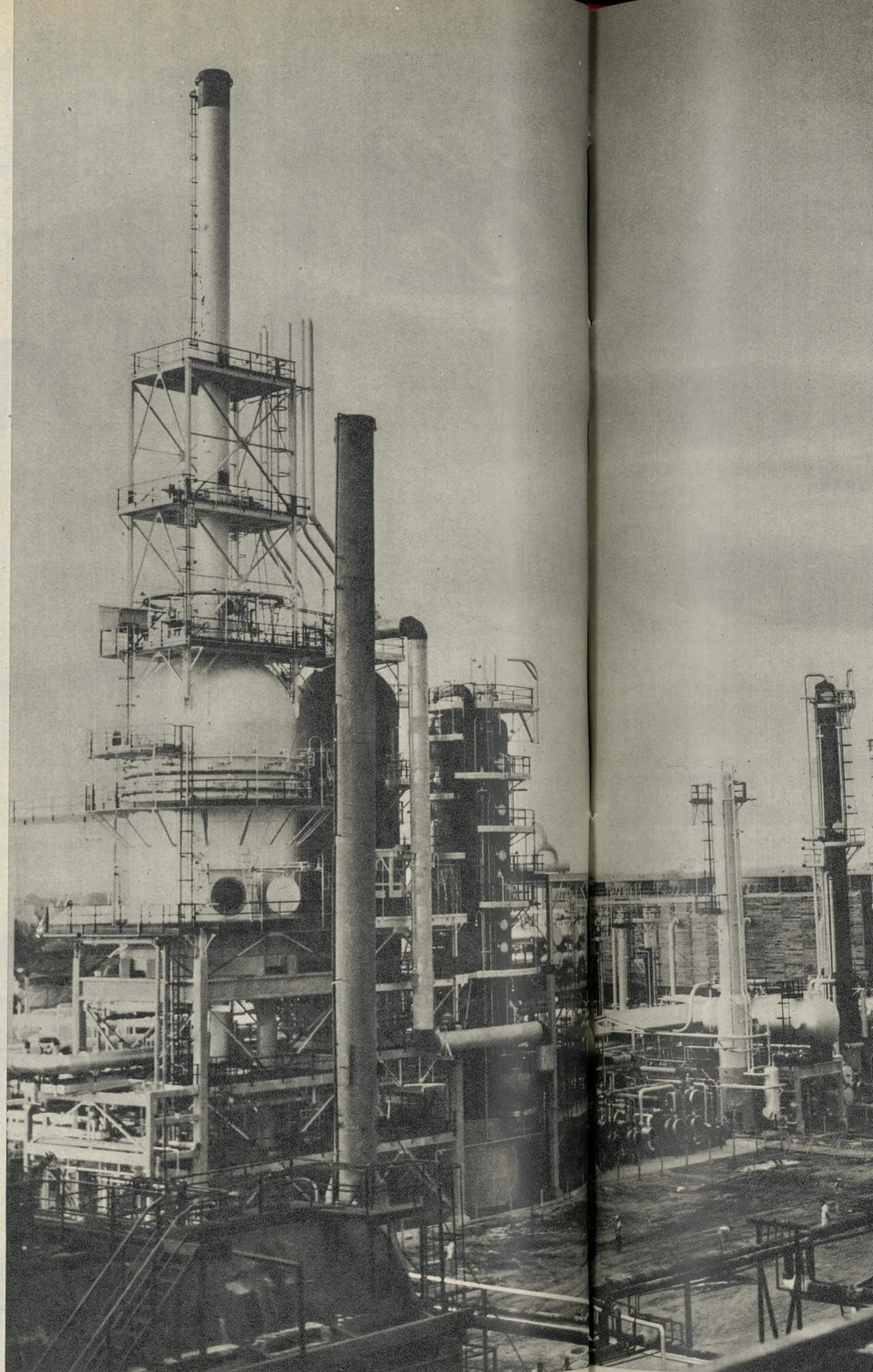
acero bruto (+ 16 %),

aluminio (+ 43 %),

y en abonos, cementos e industrias del motor

En 1958 la renta nacional se cifraba en 438.494.000 pesetas de ese mismo año, equivalentes a 300.368.000 pesetas de 1953, lo que suponía un aumento del 4,4 por 100, y que, reducido al cálculo de renta anual *per capita*, equivalía a 14.783 pesetas de 1958 ó 10.126 de 1953, es decir, 36.616 pesetas en 1958 por individuo activo (25.082 pesetas en 1953).

En el mismo año 1958, la aportación de la industria a la renta nacional fué de 143.830 millones de pesetas, con un incremento de 16.000 millones sobre el año precedente. El 24 por 100 del total de la industria española lo componía la metalurgia, los productos metálicos y la maquinaria. El 20 por 100 lo componía la industria de la construcción y los materiales de construcción. El 11 por 100, la industrial textil. El 10 por 100, los productos químicos. Otro 10 por 100, el caucho.





Las fotografías insertas en estas páginas tienen casi exclusivamente un carácter ilustrativo, puesto que las cifras y el texto que las acompañan son bien elocuentes y constituyen por sí solos auténtica información. Aquí ofrecemos una vista general de Avilés y un horno en pleno funcionamiento. A la vuelta, un aspecto del puerto de Avilés, y la botadura del vapor «Juanita Chacártegui», que desplaza mil toneladas, llevada a cabo en fecha reciente en los activísimos astilleros bilbaínos de Udondo.

En conjunto, la actividad industrial en 1959 —medida según el índice de producción minero-industrial—ha experimentado un aumento del 7 por 100 respecto a la de 1958 (inferior al 11 por 100 anual que, como promedio, se obtuvo en el último quinquenio).

La *extracción de carbones*, que en 1958 alcanzó la cifra de 17,08 millones de toneladas, ha disminuído, aproximadamente, en 1,5 millones de toneladas (8,5 por 100), reducción que sólo en parte es imputable a la modificación de la coyuntura económica, ya que la excelente pluviometría del año ha permitido reducir en un 44 por 100 la producción de energía termoeléctrica, con la consiguiente economía de combustible.

Pero la contracción del consumo ha sido mucho mayor que el descenso de la producción, pues los *stocks* en bocamina, sumados a los depósitos de la R. E. N. F. E. y a los parques de carbón de las principales industrias y centrales térmicas, han aumentado durante el año en más de un millón de toneladas, lo que representa una inmovilización de capital muy importante.

Finalmente, la *importanción de hulla* (unas 700.000 toneladas) ha sido inferior en un 36,5 por 100 a la de 1958, y el consumo de fuel-oil también ha descendido en un 12,5 por 100.

El consumo de energía eléctrica ha reflejado también el cambio de la coyuntura, con un aumento del 5,7 por 100, muy inferior al registrado en años anteriores, que oscilaba alrededor del 10 por 100.

Como es lógico, la contracción tuvo lugar con mayor intensidad durante el segundo semestre, que sólo acusó un aumento del 1 por 100 sobre el de 1958.

La expansión de la *producción siderúrgica* ha sido muy importante en lingote de hierro (un 26 por 100 sobre las 1,3 toneladas del año anterior) y en acero bruto (16 por 100 sobre las 1,5 toneladas de 1958), pero mucho menor en laminados, que sólo aumentó en un 3,8 por 100.

El mercado no sólo está bien abastecido, sino que se ha podido dedicar a la exportación una parte de la producción.

Se destaca la producción de *aluminio*, que alcanzó las 23.000 toneladas, frente a las 16.000 de 1958, lo que ha supuesto un aumento del 43 por 100. También se está explotando una parte de la producción.

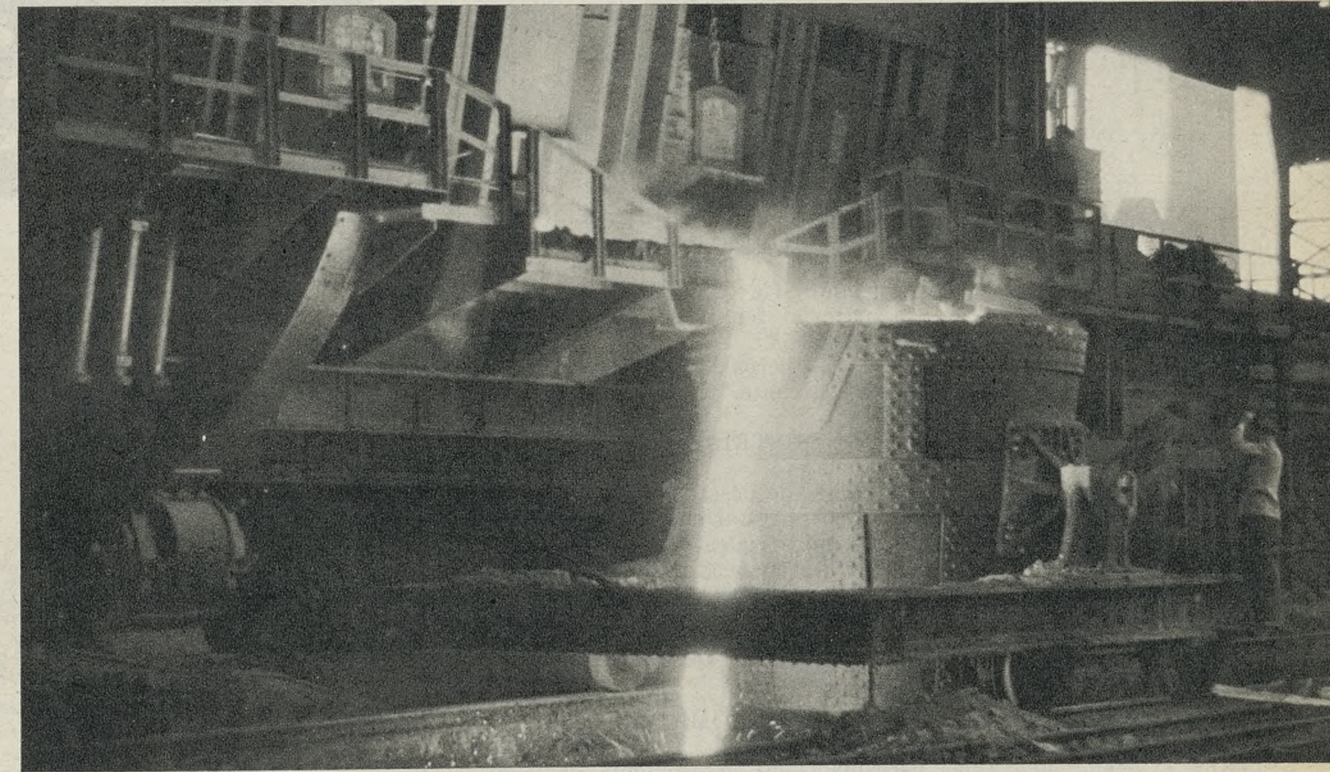
En cambio, ha descendido la producción de plomo en un 7 por 100 desde las 68.700 toneladas de 1958, y ligeramente la de cinc.

Los *abonos nitrogenados* han registrado un alza importante, alcanzando una producción de 334.000 toneladas, que significa un aumento del 27,5 por 100. El carbonato sódico ha experimentado un aumento del 14,5 por 100.

La producción de cemento sigue su marcha ascendente, con un aumento de 400.000 toneladas (el 8,3 por 100), que ha permitido alcanzar, entre todas las variedades, la cifra de 5,21 millones de toneladas.

Las industrias del motor han realizado nuevos e importantes progresos en la producción de automóviles, camiones y tractores, al paso que la de motocicletas ha experimentado una fuerte contracción. Las cifras que se han alcanzado son las siguientes:

Automóviles de turismo	40.500
Camiones y furgonetas	14.000
Tractores agrícolas	3.157
Motocicletas	87.200
Ciclomotores y bicicletas	152.800



En el año actual la fabricación de tractores deberá aproximarse a las 10.000 unidades, y en el próximo deberá abastecer totalmente al mercado nacional.

Durante el año 1959 se han puesto en servicio 98 buques, con 156.000 toneladas de registro, lo que acusa un aumento sobre 1958 del 59 por 100, y, en cambio, los buques lanzados han sumado 109.000 toneladas, con un descenso del 25 por 100.

La industria textil ha logrado, durante el pasado año, incrementar sus exportaciones de un modo sustancial; pero la producción total ha seguido en declinación con descensos del 5 por 100 desde las 95.772 toneladas de hilaturas de algodón de 1958, y del 15 por 100 desde las 13.774 toneladas de las de lana en 1958.

INVERSIONES QUE EXIGIRAN LOS PLANES INDUSTRIALES PARA EL QUINQUENIO 1960-64

Inversiones que exigirán los programas industriales para el quinquenio 1960-1964:

A) INDUSTRIAS BASICAS CON PROGRAMAS EN DESARROLLO

1. *Carbón*.—Para alcanzar una producción de 20 millones de toneladas métricas de carbón y mejora y mecanización en la minería, 2.650 millones de pesetas.
2. *Electricidad*.—Para atender a un incremento de la demanda, del 8 por 100 anual acumulado, 55.035.
3. *Siderurgia*.—Para instalar una capacidad de producción de tres millones de toneladas métricas de acero, 28.736.
4. *Cemento*.—Para alcanzar una capacidad de producción anual de siete millones de toneladas métricas de cemento, 3.186.
5. *Abonos nitrogenados*.—Para alcanzar una capacidad de producción anual de 360.000 toneladas métricas de nitrógeno fijado, 5.830.

B) INDUSTRIAS NO BASICAS CON PROGRAMAS GENERALES QUE DEBEN DESARROLLARSE EN EL PERIODO DE CINCO AÑOS

6. Plan de ampliación y renovación de la industria papelera y celulosa, 2.340 millones de pesetas.
7. Modernización y desarrollo de la industria de azúcares y alcoholes, 1.275.
8. Desarrollo y mejora de la industria conservera, 700.
9. Renovación y mejora de la industria textil, 6.230.

C) INVESTIGACION DE PETROLEO E INDUSTRIAS DERIVADAS DEL MISMO

10. Investigación de petróleo, 7.340 millones de pesetas.
11. Industria petroquímica, 8.376.
12. Refino de petróleo, 1.450.

D) OTRAS INDUSTRIAS EN EXPANSION ACTIVA

13. Metalurgia, 2.845 millones de pesetas.
14. Aprovechamiento de residuos agrícolas, 1.427.
15. Construcción de maquinaria, excepto eléctrica, 1.765.
16. Construcción de maquinaria eléctrica, 1.595.
17. Construcción de material ferroviario, 1.500.
18. Industria del motor, 4.054.
19. Construcción naval (astilleros), 4.375.
20. Renovación Marina mercante, 11.000.

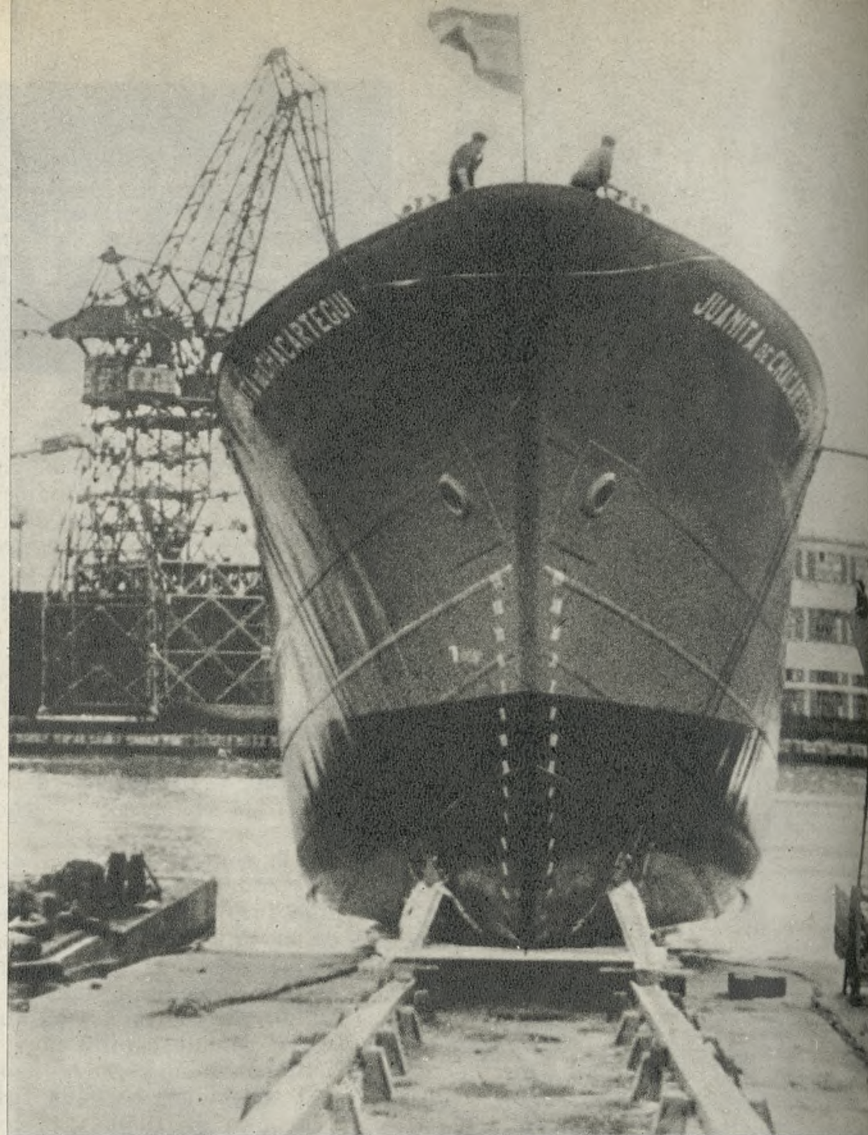
E) RESTO DE INDUSTRIAS, 37.445

Suma total, 189.154 millones de pesetas.

Resulta, pues, que la inversión total necesaria para llevar a cabo los programas industriales aprobados por el Ministerio, que se encuentra en su mayor parte en curso de realización, asciende, aproximadamente, a 189.000 millones de pesetas, de los cuales 54.000 millones corresponden a inversiones que ha de efectuar el Instituto Nacional de Industria.

CINCO AÑOS COMO PROMEDIO

Atendiendo a las necesidades de la economía nacional y a la misma eficacia de las inversiones, debieran éstas realizarse en un plazo no superior a cinco años, como promedio; pero como, según las previsiones que cabe considerar, de acuerdo con el programa nacional de inversiones, la media anual de las inversiones brutas industriales no podrá exceder de unos 30.000 millones, el tiempo que será realmente preciso para la ejecución de los programas ya establecidos no será inferior a seis años y medio, salvo que, por aumentar el ahorro nacional y las aportaciones de capital extranjero, pueda dedicarse a la industrialización una inversión anual superior a la indicada. En todo caso, es evidente que la expansión industrial no habrá de retrasarse por insuficiencia de programas, proyectos y autorizaciones administrativas del Ministerio de Industria.



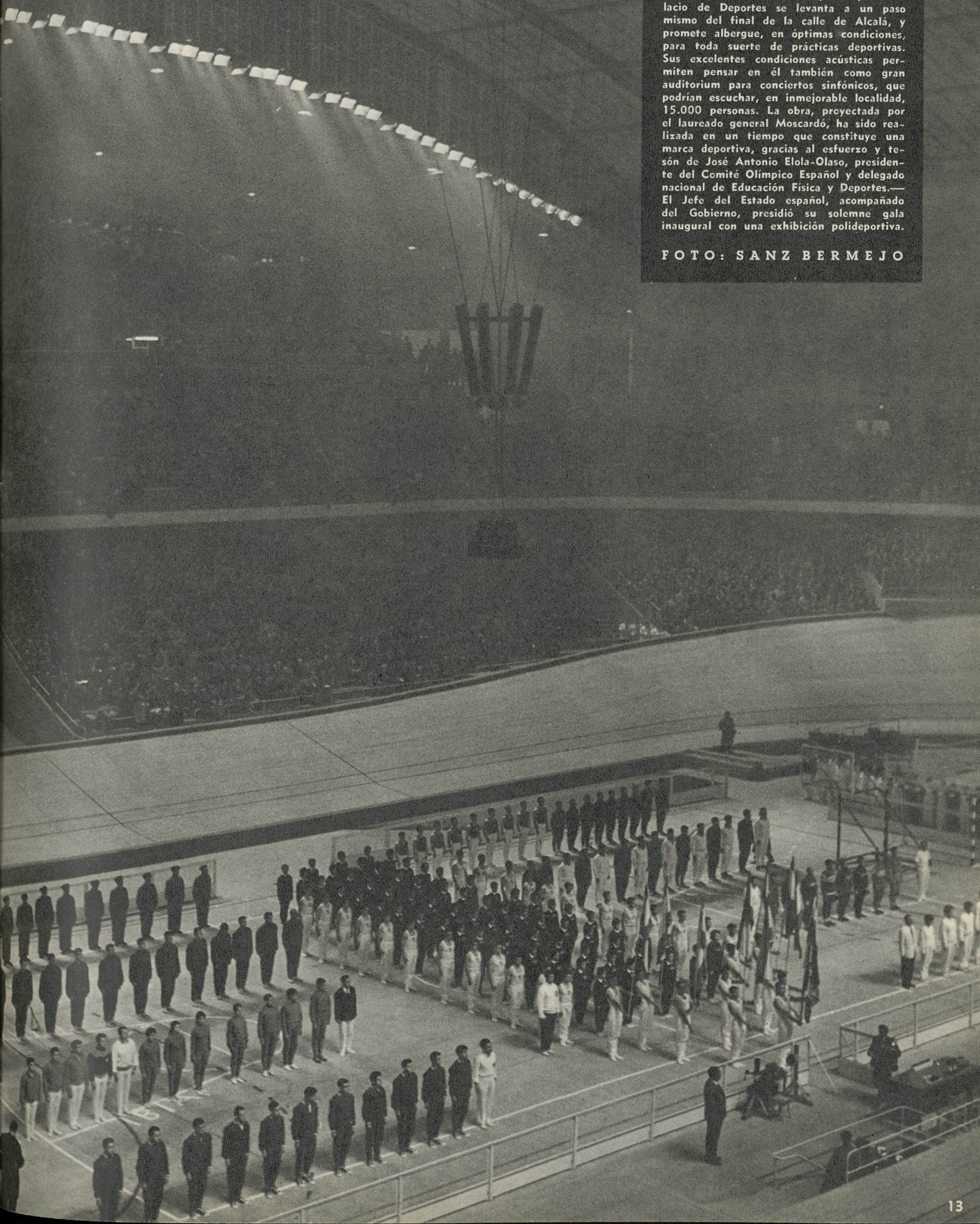
Las inversiones destinadas al desarrollo de los programas industriales en el quinquenio 1960-64 ascenderán a 189.000 millones de pesetas



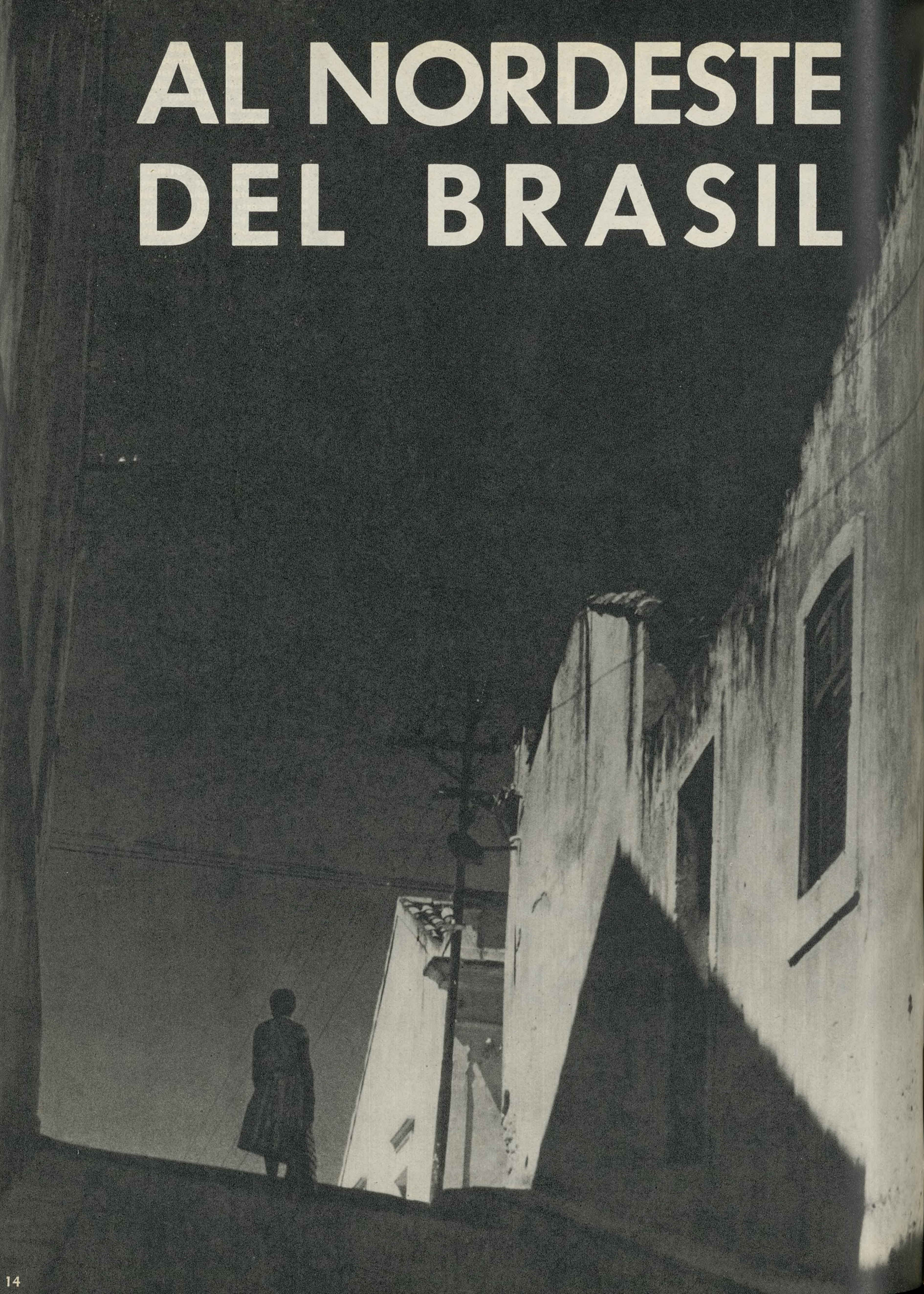
EL PALACIO DE DEPORTES DE MADRID

El deporte español está de enhorabuena. Madrid ha inaugurado el espléndido Palacio de Deportes, que tan necesario hacía el crecimiento de la afición deportiva en todas sus modalidades. Con una línea de arquitectura modernísima y grandes cristaleras, como delicada cortesía y confianza en los buenos modos del público, el Palacio de Deportes se levanta a un paso mismo del final de la calle de Alcalá, y promete albergue, en óptimas condiciones, para toda suerte de prácticas deportivas. Sus excelentes condiciones acústicas permiten pensar en él también como gran auditorium para conciertos sinfónicos, que podrían escuchar, en inmejorable localidad, 15.000 personas. La obra, proyectada por el laureado general Moscardó, ha sido realizada en un tiempo que constituye una marca deportiva, gracias al esfuerzo y tesón de José Antonio Elola-Olaso, presidente del Comité Olímpico Español y delegado nacional de Educación Física y Deportes.—El Jefe del Estado español, acompañado del Gobierno, presidió su solemne gala inaugural con una exhibición polideportiva.

FOTO: SANZ BERMEJO



AL NORDESTE DEL BRASIL



SEISCIENTOS mil brasileños tienen domiciliado su afán y su sueño en Recife, la populosa ciudad, blanca y reluciente al sol que la condecora, capital del estado de Pernambuco, situada en el centro del nordeste del Brasil. Su puerto es la salida natural de una zona de más de 100.000 kilómetros cuadrados, donde se asienta una población que sobrepasa los tres millones y medio. Los datos son, siempre que se trata del Brasil, grandes, como desmesurados, como si hubieran sido traducidos a una escala gigantesca. Podríamos traer aquí cifras de producción y de comercio, mención, por toneladas, de la producción de café y algodón, índice de su velocísimo crecimiento demográfico. Pero ni aun así, posiblemente, conseguiríamos dar una ligera idea de la enorme vitalidad de toda esta región perteneciente a ese país del futuro que se llama Brasil.



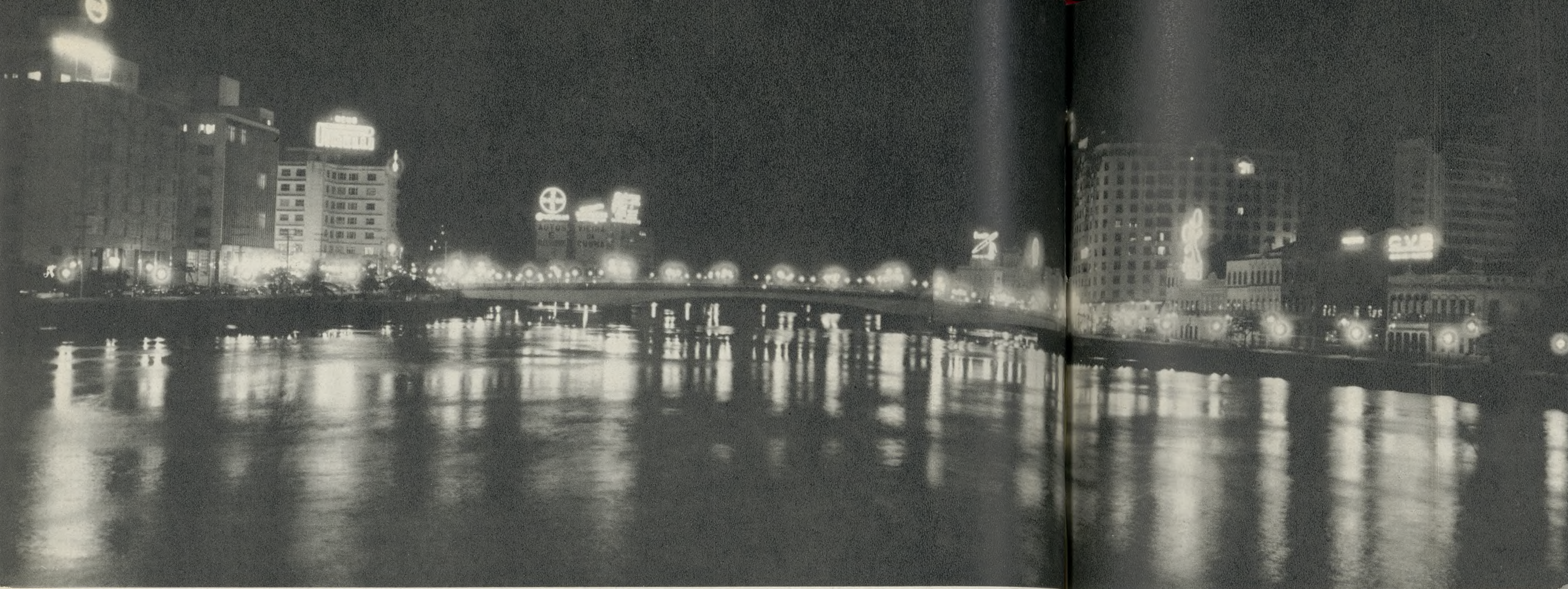


Anclada en dos ríos —el Capibaribe y el Beberibe—, Recife la blanca es la Venecia brasileña



Pero, al compás de su importancia comercial y marítima, conviene decir que Recife es también acaudalado en belleza. A la vista está su paisaje. La barrera de arrecifes submarinos, de limpísimo coral, da nombre a la ciudad, y es como si comunicara al cielo su clamor de luz. Sobre esa barrera se asienta la ciudad, que tiene luego, metidos en sus calles, los ríos Capibaribe y Beberibe, formando canalillos, a más del mar, para aumentarle sus límites con el agua, para justificar el sobrenombre de Venecia americana que se le ha otorgado.

Nadie reconocería hoy, en la pujante arquitectura novísima de Recife, aquel humilde puerto que fué, cuando su fundación en 1548, habitado por pescadores y navegantes. Aun así, un sabor dulce y marinero, un aroma prestigiado por la Historia, sigue vivo en la moderna ciudad, que si en su avenida Guarrapes parece lo que es, una gran metrópoli, conserva rincones de paz y sosiego donde el tiempo parece detenido en apurada belleza. Aquí están algunos de esos rincones, esos que parecen propios de un pueblo de pescadores y son viñetas de la gran ciudad.



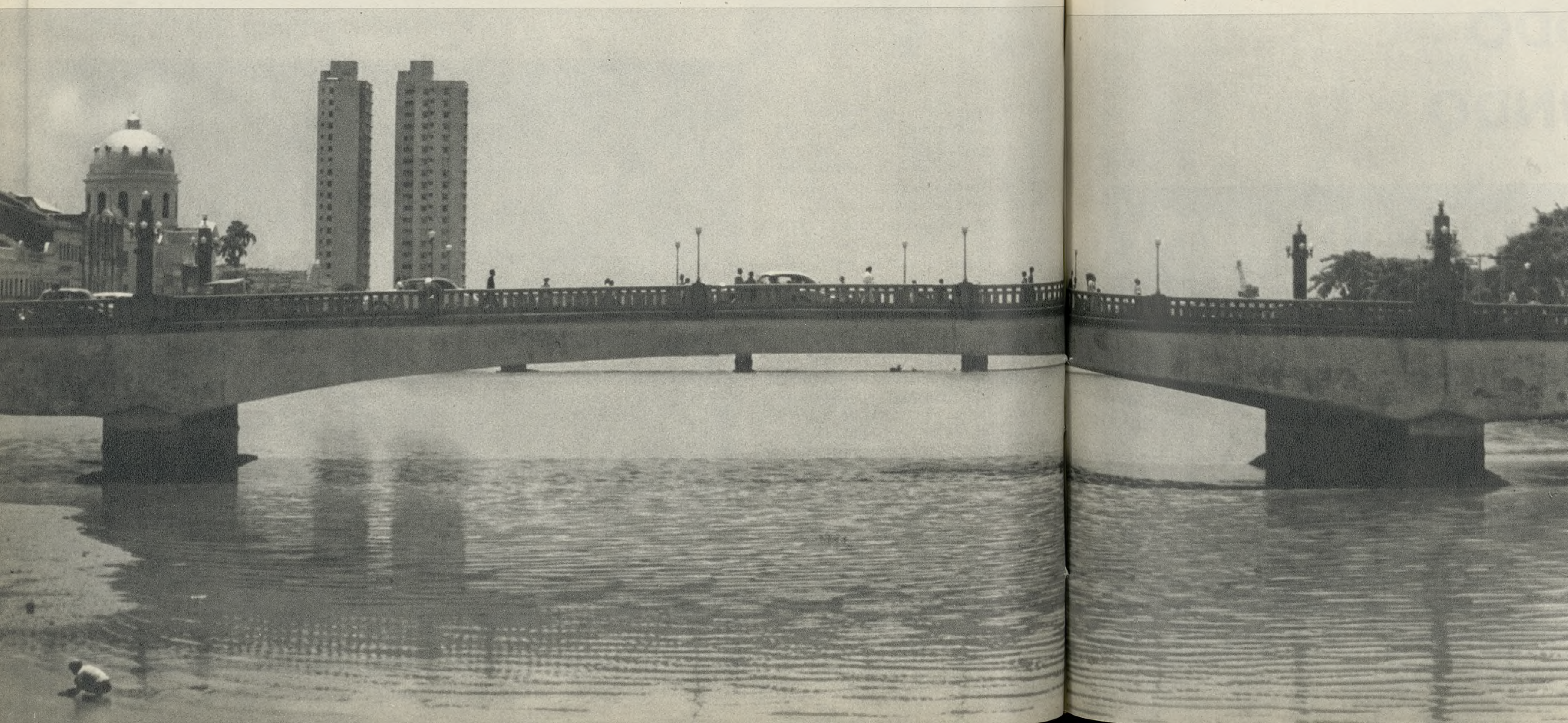
A la noche Recife espejea sobre el Capibaribe, contagia con sus luces las aguas del río, lo hace espejo de su rico atavío arquitectónico. Ahí está una espléndida ventana por la que asomarnos al Recife nocturno. Y abajo, como el anverso de la medalla, el mismo río, con la luz de la mañana silente y calma, la marea baja y los pescadores de *sirí*. La huella del arte de otros tiempos, con la piedra trabajada en filigrana, se hace evidente en este aspecto de la fachada de la iglesia de San Antonio. Es un elocuente contrapunto entre lo modernísimo y funcional de su arquitectura y el viejo aire colonial, como una página caligrafiada, puesto allí como una señal de vida anterior. Recife, entre tradición y revolución, constituye uno de los centros intelectuales más vivos del país. Una ciudad que vive cara al mañana, proyectada con un ritmo vertiginoso hacia el siglo que aún no hemos estrenado, a la que se la nota crecer, palpitar, bullir, en todas las manifestaciones del hombre, desde la industria y el comercio a las otras que son resultado de una operación espiritual.

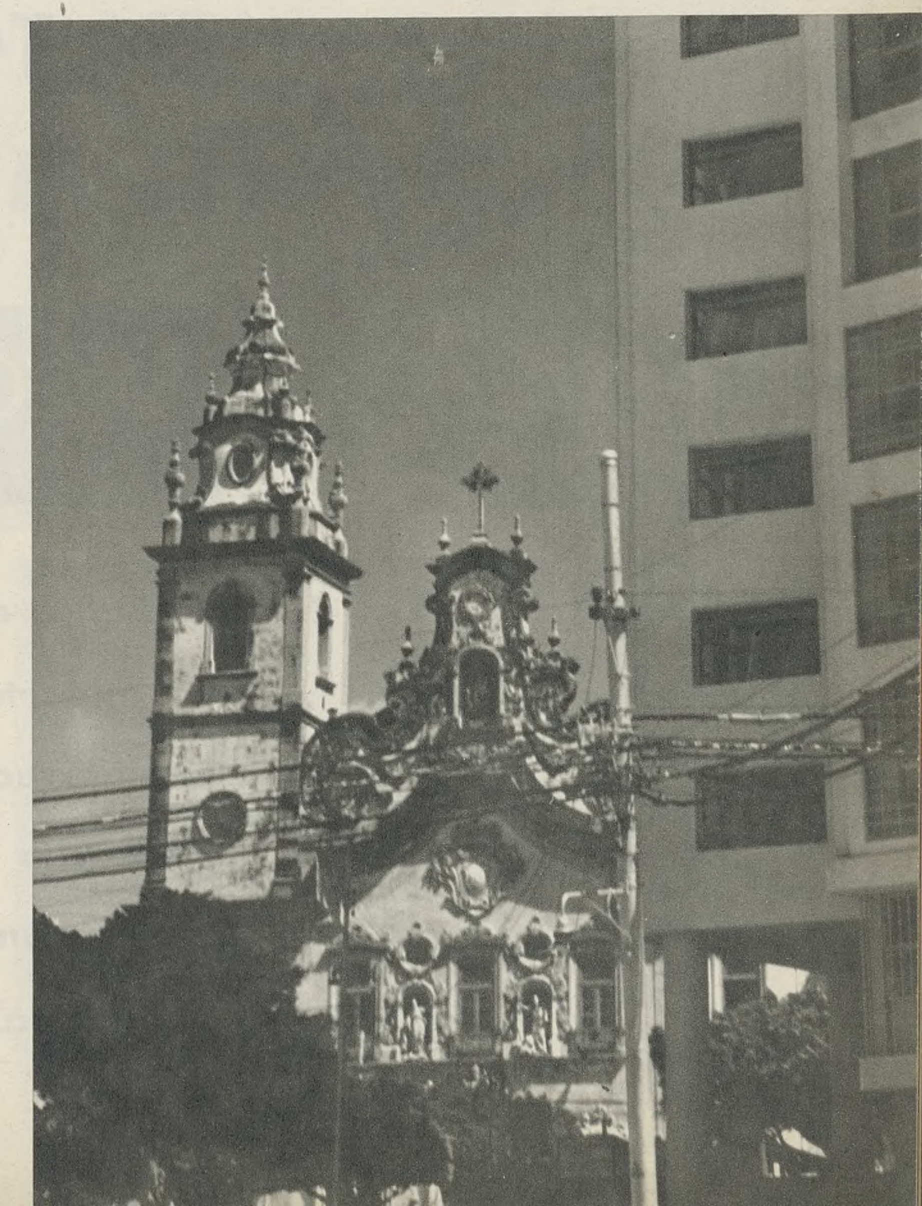
FOTOS FERNANDO MARTINEZ

A la izquierda de estas páginas: Una estampa del Brasil colonial, con calles empinadas, con cuestas que pregonan su raigambre ibérica, como si estuviéramos en cualquier pueblo marinero del Levante o de Ibiza.—Sobre estas líneas: «Luar» en Olinda. La luna tropical, redonda como un inmenso globo celeste, pastorea el rebaño de nubes, pone en la ciudad un sobresalto, como una aparición mágica.—A la izquierda: El perfil recio, caviloso, de un «jaugadeiro». Si lo conociera Hemingway, haría un nuevo y emocionante relato humano sobre el mar y sus hombres valerosos.—Abajo, al pie de página: Desde el pie de la colina donde está situada Olinda, una vista de Recife,

BRASIL

Noche y día sobre las aguas del río Capibaribe





5 fotos sueltas

En las «cinco fotos sueltas» de este número se recogen algunas notas gráficas de los pasados meses y que constituyen otras tantas noticias de interés. Las dos primeras corresponden a la ceremonia de imposición de las condecoraciones otorgadas por el Gobierno argentino a los ministros españoles de Asuntos Exteriores y de Comercio, señores Castiella y Ullastres. En ambas aparece el embajador de la República Argentina en Madrid en el acto de la imposición.

Las dos últimas fotos dan fe de otros tantos actos celebrados en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. En la primera, el director del Instituto agradece al embajador de Chile en España, señor Fernández Larrain, la donación del retrato de Pedro de Valdivia, obra del pintor Venegas-Cifuentes; en la segunda, el profesor Garrigues, de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, interviene en el acto de clausura del segundo curso de Derecho español e hispanoamericano.

En la fotografía central aparece la llegada a Puerto Rico del conjunto de cámara de la Orquesta Sinfónica de Madrid. Durante cuatro días, la Orquesta Sinfónica madrileña, dirigida por el maestro Arturo Somohano, celebró en la capital de la isla una serie de conciertos, que constituyeron otros tantos triunfos.

FOTOS: CONTRERAS Y TEODULO











UNA PIEL ROJA EN LOS ALTARES



Los últimos descendientes de los iroqueses adoran a Kateri, y la consideran hoy día como su gran protectora. Algunos de ellos, vestidos con sus atuendos tradicionales, han ido a Roma a solicitar del Santo Padre la beatificación de la joven india, lo que, según parece, tendrá lugar en fecha no muy lejana.

YA parece cierto que la primera santa norteamericana será una piel roja, la iroquesa Kateri Tekakwitha. La causa de su beatificación es seguida con el más vivo interés por el mundo católico, y especialmente por los católicos norteamericanos, devotísimos de la venerable «Ojo de Sol», que si hoy es ya considerada como patrona oficial de los Boy Scouts de América, se convertirá, acabado el proceso de beatificación, en la protectora de los católicos estadounidenses y canadienses.

La causa de beatificación de la india Tekakwitha, esto es, «la que camina dudando», iniciada el 20 de mayo de 1939 y examinada por vez primera por la Sagrada Congregación de Ritos el 26 de noviembre del año siguiente, encontró en Pío XII un gran defensor. El proclamó el grado heroico de las virtudes de Kateri y nombró postulador al padre Carlo Miccinelli. El padre Miccinelli, en estos días, precisamente, ha renovado la petición al Santo Padre para que sean tomados en consideración los milagros de la venerable Kateri y se concluya el curso del proceso. Muchísimos fieles, devotos de la india, escriben de todas partes del mundo.

* * *

Kateri fué la primera virgen cristiana que el pueblo iroqués dió a la Iglesia católica. Hija de las soledades salvajes del Gran

Norte, vivió veinticuatro años, de ellos los últimos cuatro en la luz de la fe cristiana. Nació en 1656, en Casernon—la actual Auresville, de la diócesis de Albany, estado de Nueva York—, y su infancia y juventud transcurrieron en el mundo primitivo de los iroqueses, esto es, en una tierra en la que reinaba el odio y la venganza. Hábiles cazadores de bisontes, ambiciosos y sanguinarios, los indios se abandonaban en aquella época a todos los excesos: practicaban la poligamia, condenaban a muerte a los viejos y a los enfermos y torturaban y daban muerte a los prisioneros de guerra.

«Ciervo Verde», padre de la futura santa, pertenecía al Consejo de Ancianos del pueblo Iroqués-Mohawks, y era un destacadísimo guerrero y gran cazador. En el curso de una incursión en los pueblos algonquinos, que ya se habían convertido al cristianismo, raptó a la doncella que sería después la madre de Kateri.

Una tremenda epidemia, que diezmó a su pueblo, dejó huérfana y sola a Kateri a los cuatro años. «Marcada por las cicatrices de la viruela—escribe el padre Cholenec, que fué su director espiritual—, se vió obligada a protegerse constantemente los ojos, porque no soportaba la luz del sol.»

Confiada al cuidado de unas tías emparentadas con «Gran Lobo», uno de los más importantes jefes de los Kanawake, la niña llevó una vida retirada y serena, y sus costumbres diferían radicalmente de la de las demás jóvenes de la tribu.

A pesar de las marcas de la viruela, Kateri nos es descrita como una bella muchacha, que, por no haber aceptado las continuas propuestas de los guerreros jóvenes, fué maltratada por los jefes de la tribu y obligada a huir de noche hasta hallar refugio 200 millas más allá de su aldea, en la Misión de San Francisco de Sault. Según una leyenda, fué ayudada en la fuga por un guerrero cristiano y otras dos indias, que detuvieron a los numerosos seguidores arrojando grandes rocas desde lo alto de una colina. Otras muchas leyendas circulan en torno a la doncella india, cuya iconografía es muy abundante. Artistas de varios países—incluso de China—han pintado y esculpido la imagen de Kateri, y una escritora canadiense, Nora Routledge, ha tomado recientemente como asunto para un drama la vida de la virgen. La obra ha alcanzado un gran éxito en los Estados Unidos y Canadá.

La extraña conducta de Kateri en el pueblo donde vivía hizo que la motejaran de loca. Las tías, sin embargo, conociendo a fondo la firmeza de carácter de la muchacha, eran muy indulgentes con ella. En otoño de 1677, el jesuíta padre Lamberville, en una visita extraordinaria al pueblecillo, encontró a la muchacha. Todo fué muy rápido. Al año siguiente Kateri recibió el bautismo, y aún permaneció en el poblado durante año y medio, hasta que fué obligada a huir. En 1679 entró a formar parte de una asociación de mujeres que querían conseguir la perfección cristiana; desde entonces castigó cada vez más su cuerpo, hasta enfermar gravemente. Sin embargo, el espíritu parecía tomar en ella nuevas fuerzas a expensas del cuerpo. Las pruebas a que se sometía eran tremendas. Un día se colocó una brasa ardiente entre los dedos de los pies, y soportó el terrible suplicio. Al día siguiente, milagrosamente, Kateri no tenía traza ninguna de quemaduras.

El prodigio extraordinario sobrevino inmediatamente después de su muerte. El Martes Santo de 1680 Kateri, largo tiempo inmovilizada en su lecho, recibió el Santo Viático, y al día siguiente expiró. Un cuarto de hora después de su muerte acaeció un hecho maravilloso. Su cara, verdosa y desfigurada por las marcas de la viruela y por la penosa enfermedad y las penitencias, se transfiguró completamente, irradiando una belleza y claridad que no solamente pasmó a los misioneros, sino a los propios indios, que rehusaban darle sepultura. El prodigio se mantuvo durante una semana, hasta que al fin Kateri fué enterrada.

Después de su muerte, las curaciones obradas por su intercesión han sido innumerables. Se cree que en una fecha no lejana la santidad de Kateri Tekakwitha será proclamada por la Santa Sede y elevada a los altares. La primera santa de los Estados Unidos será una piel roja.

FRANCO LA GUIDARA

LA PASIÓN

HAY una luz, dulce y antigua, que señorea el ámbito de las catedrales, establece el alto dominio del color sobre las naves de las iglesias y magnifica el aire, convertido en domicilio de la fe. Primores artesanos, delicadas pupilas, manos cuidadosas, juntaron cristales, como quien junta palabras de una oración, hasta lograr el prodigioso resultado de la vidriera, donde todo se resuelve en belleza. La historia del arte nos cuenta la relación, esmaltada de ejemplos vivos, donde cada estilo dejó el sabor de una época y de unos hombres. Huellas de luz, balcones gozosos, ventanales de la alegría condecorada, se asoman a cada paso en cada lugar, se llame León, París, Reims o Florencia. Si la vida es corta, el arte es largo, y se continúa en el tiempo. Y el de nuestros días registra una especie de renacimiento del arte de la vidriera, al que los artistas de hoy aplican su dedicación. Aquí, a estas páginas, traemos hoy una muestra valiosa de ello. Adolfo C. Winternitz nos cuenta en color la Pasión de Cristo, los hechos de los apóstoles, los milagros de la fe, la historia de la Iglesia. En la espléndida arquitectura que Fisac levantó en Alcobendas relampaguea con encendida luz, a través de las cristaleras, de los pedactis sueltos de vidrio de color, el drama y la piedad de Cristo. Y nuestra humilde ventana de papel se honra con presentar ese testimonio de belleza que tanto invita al espíritu. Completando esa entrega de la más moderna y audaz iglesia de Madrid, traemos a esta página unos fragmentos de la obra realizada por Winternitz para la iglesia parroquial de Santa Rosa de Lima. «La última cena», bajo estas líneas, y, a la derecha, «Lázaro», «La Verónica» y «Moisés», confirman el acierto del artista y dan testimonio de su obra bien hecha.




FIGURAS
DE LA
PASION

UN escriba salmodió el proceso, y el intérprete trasladaba al latín las acusaciones: blasfemias, embaucamientos, adaptación de las profecías, con daño de Israel...

Goteaba la voz en el claustro solitario del Pretorio con un eco roto y frío.

Poncio se cansaba de aquel relato de culpas, donde no había, para él, ninguna realidad humana. Y volvióse a su séquito.

Sonaron las trompas. El sanedrita enmudeció, plegándose. Y Pilato exclamó:

—*¡Juzgadle vosotros mismos, según vuestras leyes!*

Traducidas las bruscas palabras, las enviaban los corros próximos a los apartados, tejiendo un rumor sañudo.

Poncio, que ya pasaba los claustros, retrocedió impulsivo y siniestro.

—*¿Qué quieren?*—y quedó inmóvil, mirando la multitud.

Sobre un fondo de voces surgía el grito metálico de un viejo curial.

—*Rábbi Jeschoua es digno de muerte; mas a nosotros ya no nos es dado el poder de esa sentencia. Rábbi Jes...*

—*¿Y qué hizo?*—le cortó, impaciente y adusto, el romano.

Simón-ben-Kamithos, menudo y pálido, le repuso:

—*¡No te lo traeríamos si no fuese culpable!*

El viejo prosiguió:

—*Rábbi Jeschoua se ha rebelado contra el Señor Dios nuestro, contra nosotros y contra ti mismo. ¡Se llama rey!*

—*¿Rey?*

Y la mueca altiva de Poncio acabó en un pliegue de recelo. Se fijó en Jesús y miró al centurión, que arrojóse de su potro, dejando las bridas a un esclavo de las cuadras.

Poncio dijo:

—*Súbelo.*

Y él adelantóse. Detrás le aullaban las turbas. Y no se volvió. Comenzaron a llegarle los pasos del soldado. En el sol del mosaico veía caminar la afilada sombra del reo, y la sombra cojeaba.

Pilato se detuvo para mirarle. Rábbi Jesús tenía un pie descalzo, y le sangraban las uñas; el otro llevaba sandalia, una sandalia reventada de subírsele y aplastarle otros pies, gorda de fango y estiércol.

Los palomos de los torreones volaban rodeando el Pretorio, y la proyección de su vuelo se rompía rauda y graciosa en el sol de las murallas.

Pilato apoyó su diestra en el breve pilar que partía la aguda ventana. Era un aposento hondo, vestido de paños, donde millares de siervas labraron figuras de monstruos y vegetales de Egipto y de Libia. Colgaban de los artesones cuencos de pedernal para las estopas de las luces, racimos de aljabas y de clavas, adargas de pieles policromas, que envió el gran Herodes de sus guerras con los parthos. Los lechos de ciprés y cornerina formaban un estalo bajo los tapices. En medio de la estancia reposaba una gigantesca loba de bronce sobre un cubo de mármol negro, por el que se trenzaba, reproducida en esmalte, la viña de oro de 500 talentos—«encanto de los ojos», según los judíos—que Aristóbulo regaló a Pompeyo. Y frente al animal sagrado, en una mesa délfica, brillaba una ampolla de vidrio con peces de Aretusa.

Pilato contempló la gloria del día de primavera, los campos tiernos, los montes esculpidos por el cincel de la

...que escribió el poeta alicantino Gabriel Miró



luz, y, junto a su palacio, las manadas de hombres greñudos y foscos, amontonándose en la planicie. Les odió tanto, que sintió el latido atropellado de toda su sangre.

Asomóse el centurión; luego, Jesús, el trujamán, el asesor.

No lo advertía Poncio. Recordaba las pasadas matanzas, las letras de Tiberio..., y se maldijo, porque las antiguas crueldades le impedían ahora machacar esa muchedumbre... ¡Nunca, nunca, se le había deparado una costra de humanidad tan densa de israelismo como entonces!

Venían las risas de los caballeros romanos.

Tornóse Poncio y llamó al tribuno.

—*¿Qué nuevas tienes tú del Rábbi?*

Y el tribuno, recio y pecoso, sonrió como un chico mazorral... Había visto al Rábbi en el Templo. Bajó él con una escuadra porque Jesús acometía a los mercaderes de los atrios... Fué después del día de su triunfo en las calles...

—*¿Su triunfo?... ¿Cuántos le aclamaban?*

Y el custodio de la fortaleza quedóse cavilando. Se veía en su frente ruda el ahinco de torpe y de escrupuloso para el recuerdo. Parpadeó mucho, resolló y dijo:

—*Eran todos pobres y forasteros. Menos que hoy. Los que él sanaba. Gentes galileas y algunas del arrabal de Bethania, de Betfage y de Ofel.*

—*¿Es éste el mago a quien Addai, rey de Edesa, llamó a su casa? Empújalo aquí.*

Y Poncio sentóse en un dorado bisellium, de espaldas a la claridad. Sus pupilas de cobre se contraían acechando a Jesús. Y de improviso le gritó:

—*¡Cuéntame lo de tu reino!*

Aún llegaba el Señor, y su frente, sus pómulos, el hueso de su nariz, su barba, iban recibiendo la luz de la estrecha ventana.

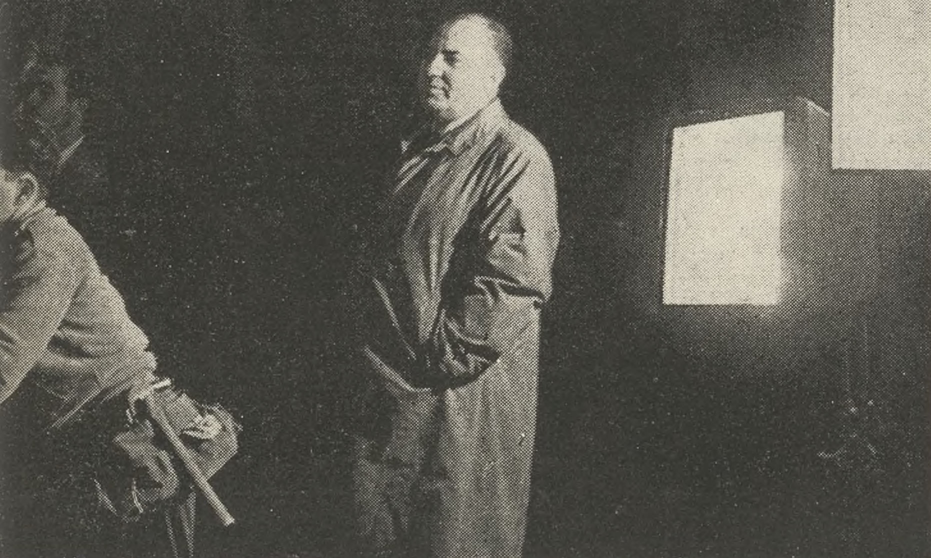
El trujamán, pesado, rollizo, repitió en siríaco lo que dijo Poncio, y repasaba soezmente en las basuras de la sandalia del Rábbi.

Pilato apartó al plebeyo, hincándole en la pierna la punta agudísima de sus calceus.

Jesús los miró; pasóse la lengua por sus labios terrosos, y contestó en habla greciana.

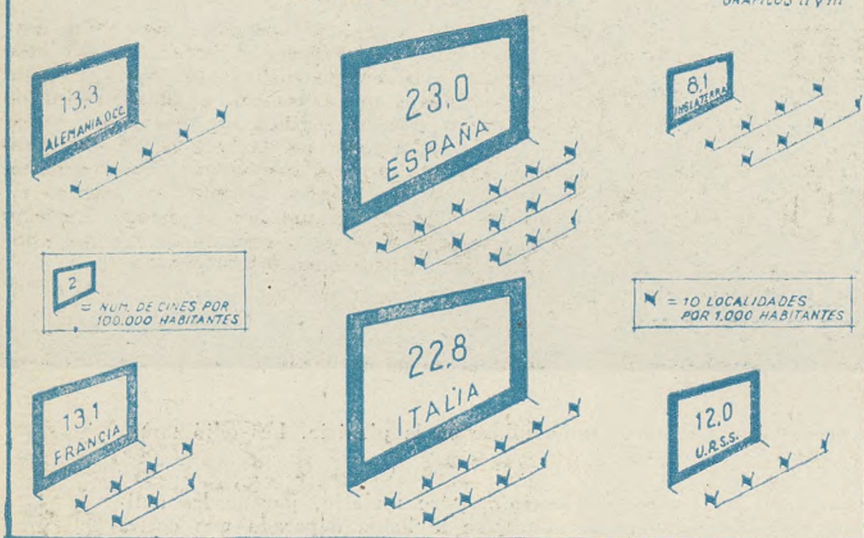
—*¡Mi reino no es de este mundo!*

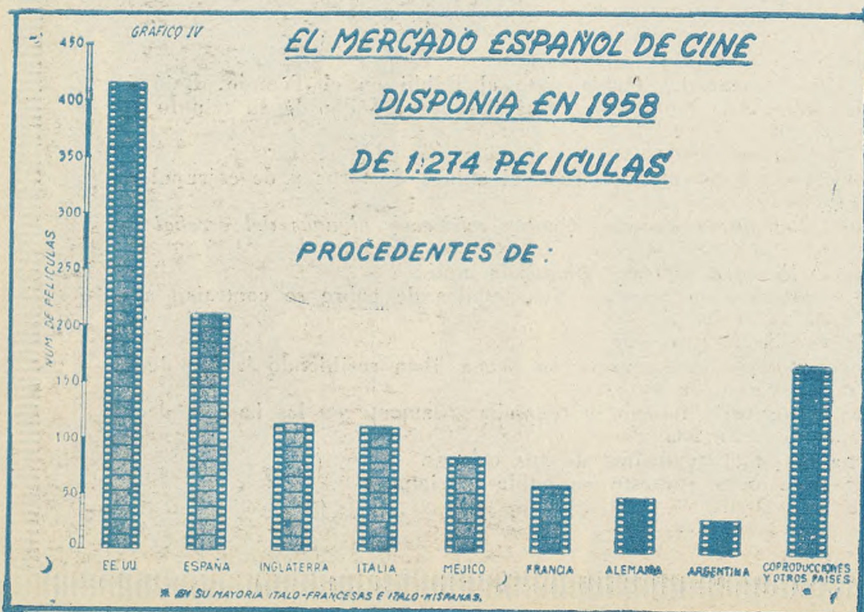
UNA VALIOSA ESTADÍSTICA



LOS CINES EN LOS PAISES DE HABLA ESPAÑOLA

PAIS	Población	Núm. de cines	Núm. de localidades
Costa Rica	979.000	106	50.500
Cuba	5.842.000	537	370.000
R. Dominicana	2.608.000	68	32.000
Guatemala	3.349.000	51	47.000
Haití	3.350.000	18	7.100
Honduras	1.711.000	42	28.000
México	30.538.000	2.460	1.600.000
Nicaragua	1.282.000	69	52.273
Panamá	934.000	57	50.625
San Salvador	2.268.000	37	42.921
Puerto Rico	2.263.000	170	71.750
Argentina	19.857.000	2.308	1.300.000
Bolivia	3.235.000	82	45.000
Chile	6.941.000	399	314.000
Colombia	13.227.000	560	250.000
Ecuador	3.777.000	150	65.000
Perú	9.787.000	334	300.000
Paraguay	1.601.000	24	17.000
Uruguay	2.615.000	211	117.000
Venezuela	6.038.000	496	345.000
Filipinas	22.265.000	650	400.000
ESPAÑA	27.977.000	6.459	3.758.000
Total	172.444.000	15.288	9.263.169





Una publicación del Servicio de Estadística en el Sindicato Nacional del Espectáculo pone en nuestras manos una serie de datos—muchos de ellos desconocidos hasta el momento—interesantísimos para juzgar la importancia de la exhibición cinematográfica en España. Nos damos cuenta, a la vista de estas cifras, de las inmensas posibilidades del cine español en cuanto nuestra industria cuente con los instrumentos estadísticos y difusores necesarios. Mejor que cualquier comentario por nuestra parte, resultará expresivo un resumen de esta estadística, que nos dice que España produce anualmente unas 70 películas, mientras que la producción cinematográfica mundial es de 2.200 films al año. Se calcula el promedio mundial de asistencia al cine en unas seis sesiones por individuo y año, frente al promedio de frecuencia del espectador español, que es de unas 17 sesiones. La situación de España respecto a otros países podemos verla en los gráficos que reproducimos. En síntesis, podemos decir que las salas de proyección existentes en nuestro país son 6.922, de las que 6.459 son de explotación comercial, o sea, el 93,3 por 100 del total. Pero todo esto alcanza un relieve insospechado en cuanto lo relacionamos con datos de la América hispana, con la sugestión que ofrece el extenso mercado de estos países y el alcance de una mutua y eficaz colaboración. Anotemos que los países de habla española suman un total de 173 millones de almas, aproximadamente, con 15.300 cines. La sola lectura de los totales que arrojan los países hispanoamericanos, respecto a población, número de cines y número de localidades, muestra unas perspectivas que por sí solas justifican sobradamente la atención que en estas mismas páginas dedicamos a nuestro cine.

HACIA UN NUEVO CINE

LOS festivales internacionales descubrieron un día el cine exótico. Japón, la India, Suecia más tarde, han ido aportando la revelación de sus cinematografías personales. Y el triunfo era mayor cuando el film era más local, más auténtico, con menos monserga. Así también, a principio de los años 50, el mundo se enteró de que había un nuevo cine español. La revelación era «Bien venido, Mr. Marshall», un film escrito y dirigido por dos jóvenes universitarios, Luis García Berlanga y Juan Antonio Bardem. Levantino y madrileño. Berlanga, meridional, perezoso, lleno de bondad, de una espiritualidad extraña y madura, deja sus estudios de Derecho, hace la guerra en el frente ruso como soldado de la División Azul y más tarde descubre su verdadera vocación en el cine. Bardem, ingeniero agrónomo, reflexivo, intelectual, enemigo de las improvisaciones, será la antítesis de Berlanga. Y, sin embargo, su comienzo es común. Primero escriben y realizan una deliciosa historia que aún sigue siendo programa clásico de cineclubs: «Esa pareja feliz». Pero este primer film titubeante no se estrenará sino mucho después de «Bien venido, Mr. Marshall», escrito por ambos y realizado por Berlanga. Y, como hemos apuntado, el primer triunfo clamoroso de fronteras afuera del cince español. Lo que nuestro cine desconocía desde que, antes de 1930, otro film—curiosamente parecido, aunque derivado a la tragedia—, «La aldea maldita», consiguió también la unanimidad en el aplauso de la crítica internacional.



Un plano impresionante de «El lazarillo de Tormes».

B. Y B.: BERLANGA Y BARDEM

Desde entonces, Badem y Berlanga vienen significando a los ojos atentos del mundo cinematográfico «todo» el cine español, lo que, con ser verdad, no lo es del todo, pues son «cine español» auténtico, pero no «todo» el cine español. Nuestra Escuela de Cinematografía, que, inspirada en el Centro Sperimentale de Roma, lleva el poco adecuado título, provisional, de Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, sigue dando a la luz nueva levas de directores, artistas y técnicos, que, superando una crisis coincidente con la de todo el cine mundial, esperan su gran oportunidad. Volveremos otro día sobre este cine español de mañana, porque, pese a todo, todavía existe «otro cine español».

Berlanga, abúlico, deja pasar largas temporadas entre film y film. Con los dos citados, su producción se completa así: «Novio a la vista», «Calabuch», y «Los jueves, milagro». La segunda obtuvo también un premio internacional, el de la OCIC (Oficina Católica Internacional del Cine). De «Calabuch» escribía el crítico francés Marcel Huret que era «una pequeña obra maestra», una lección de sabiduría».

Bardem ha sido más constante en su producción. Después de «Felices Pascuas», un film fallido, realiza «Cómicos», «Muerte de un ciclista» —premio en Cannes—, «Calle Mayor»—premio en Venecia—, «La venganza»—premio internacional de crítica en Cannes—y «Sonatas», su último film. Mientras «La venganza» es un film cien por cien español en su temática—es la historia de una cuadrilla de segadores que recorren, un verano, las tierras de la Mancha, con sus problemas, sus odios, sus pasiones—, en «Sonatas» Bardem ha querido ceder ligeramente a los reclamos comerciales—se le acusaba de ser director caro y para minorías—, aunque para ello no ha renunciado, ni mucho menos, a la dignidad artística. Con todo, la crítica joven ha reprochado a Bardem, quizá muy duramente, que haya abandonado el camino de su purismo cinematográfico, perfectamente conseguido en «Calle Mayor», el mejor film de Juan Antonio Bardem y aun el más humano. Hay en este realizador un franco deseo de testimonio, de hacerse testigo de los problemas de su tiempo, como español de hoy. En Berlanga, en cambio, la tesis se hace más universal y de signo quizá más positivamente idealista.

UNA PREOCUPACION MORAL: COLL

Un antiguo crítico y escritor teatral barcelonés, Julio Coll, que trabajó durante dieciséis años como periodista y escritor de guiones, es otro de los nombres del «nuevo cine español». Coll, que es de Camprodón, dirigió un primer film —malo—que se titulaba «Nunca es demasiado tarde». Su segundo film fué ya acogido por la crítica joven con mucha esperanza: «La cárcel de cristal», un tema un poco coincidente con el de «Cómicos», pero que un buen escritor, García Escudero, estimaba superior al film de Bardem como testimonio humano de la vida del teatro por dentro. Luego, «Distrito Quinto» se basaba en una idea trascendente: a cada hombre se le conceden, al menos, esos cinco minutos necesarios para ver sus errores y sentirlos profundamente. Se inicia aquí una línea de preocupación moral en Julio Coll, en una moral muy universal, intimista, que continúa en «Un vaso de whisky», su último film estrenado. Film de rigurosa factura formalista—por esto se le empareja a veces con Bardem—, que arranca de una idea muy actual: existe una invisible intercomunicación entre los seres humanos por la cual cada uno de nuestros actos repercute en las vidas de los demás, incluso en las más insospechadas. Obra muy irregular, pero muy ambiciosa. Ahora Coll espera el estreno de «El traje de oro», un severo análisis del tópico taurino visto a través del cansancio, el aburrimiento de un torero que ha perdido el interés por torear y que, pese a todo, ha de hacerlo. En una línea muy distinta de ese maravilloso film mexicano, dirigido por un español, Carlos Velo, que se titulaba «Torero» y que era el estudio perfecto del miedo y de la psicología de un hombre chocando con la psicología de una masa.

→

Otra escena de «El lazarillo...», de César Ardavín.



ARDAVIN: LO LITERARIO

Otro director muy interesante es Cesar Ardavín, de quien recuerdo haber leído frases elogiosas en algunos diarios de Montevideo cuando se estrenó allá «Crimen imposible», película policíaca muy cuidada. Ardavín, que pertenece a una familia literaria muy conocida y que es universitario también, entró en el cince por la puerta pequeña—ayudante de dirección—y con una clara ambición literaria. Quería hacer «literatura en imágenes». Y la sigue haciendo, aunque mejor que la de antes. Menos riguroso en la concepción formalista de sus films—«Procuro servir siempre al tema», nos ha dicho—, diríamos que su constante temática la da el deseo de subrayar el libre albedrío en el hombre y la recuperación de los seres humanos. Por eso gusta de dejar sus films en cierto modo inconclusos, al menos como querría verlos terminados algún espectador poco exigente. Profesor de dirección del Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, acaba de estrenar un film muy ambicioso: «El lazarillo de Tormes», versión muy libre del famoso relato español. Lo mejor de este film es la recreación del ambiente, del clima histórico, que, aunque no sea perfecto, es muy interesante, y la plástica impresionante con que recoge el paisaje que da tono al film. «El lazarillo de Tormes» fué rodado en escenarios auténticos: Salamanca, Toledo, Lerma, Frías y La Alberca. El error de Ardavín fué escoger para protagonista a un niño—el italiano Marco Paoletti—, pensando quizá en la comercialidad, en lugar de presentarnos al pícaro adolescente que fué Lázaro. Pero el film conserva gran calidad y es muy superior a otros que, con tema y época parecidos, se han realizado en nuestro país.





«EL PISITO», IMPRESIONANTE

Pero «el nuevo cine español» no está sólo en la confirmación de estos nombres que ya les sonarán a ustedes, sino también en la llegada de algunos nuevos. Como los de Ferry y Ferreri, directores de uno de los films más interesantes y jugosos—y menos comerciales—del actual cine hispánico: «El pisito», basado en la novela del mismo título de Rafael Azcona—autor también de «Los muertos no se tocan, nene»—, es verdaderamente un film extraño. «El humor de Azcona—he escrito yo mismo alguna vez—tiene parentescos con algunas de las comedias satírico-fúnebres de la Edad Media, con la literatura picaresca y aun con la mentalidad disparatada de un Goya, aunque bajo este humor tétrico corre una vena de difícil y hosca ternura, como asustada de mostrarse.» Toda una galería tremenda de tipos anima el film: náufragos de sí mismo, incapaces de otra aventura que no sea la de prolongar sus días en la misma rutina, situados en la línea de lo tremendista sin que ellos mismos se den cuenta, crueles de tan sencillos, horribles de tan vitales. Al recoger un drama de nuestro tiempo—la vivienda—a través de una anécdota que fué real—, un hombre joven que se casó con una anciana para heredar el piso—, se nos presenta una mínima, triste y enternecedora historia sin héroes, sin esperanza, sin soluciones... El film obtuvo en Locarno el premio internacional de la crítica.

LOS VETERANOS

No son éstos los únicos nombres de un nuevo cine español. En la misma generación que recogió la antorcha del cine al término de la guerra española, quedan nombres como los de José Antonio Nieves Conde—«Surcos», «El inquilino»—, José Luis Sáenz de Heredia—«Mariona Rebull», «El escándalo», «Don Juan»—, Rafael Gil—«Huella de luz», «El fantasma y doña Juanita», «La calle sin sol»—, Manuel Mur Oti—«Un hombre va por el camino», «Cielo negro» — o José María Forqué. Este último—«El diablo toca la flauta», «Un día perdido», «Amanecer en Puerta Oscura», premiada en Berlín; «De espaldas a la puerta»—es un hombre especialmente esperanzador por su madurez formal, a la que sólo falta el encuentro con los grandes temas. Mientras, fuera de España, Carlos Velo y Luis Buñuel hacen su extraño cine español, españolísimo pese a todo. Y las generaciones jóvenes empiezan su lucha por su propio cine, justo en este comienzo de 1960, de lo que iremos dando cuenta a ustedes, si Dios quiere.

José María **PEREZ LOZANO**



En esta página, tres escenas de antología. Arriba, una panorámica de «Bien venido, Mr. Marshall», de Berlanga, premiada en Cannes. A la izquierda, y en el centro, un momento de «El lazarillo de Tormes». Al pie de página, un plano expresivo de «La venganza», de Bardem, premio internacional de crítica. Y de arriba a abajo vemos a cinco directores españoles: Julio Coll, José María Forqué, Juan Antonio Bardem, Luis García Berlanga y Manuel Mur Oti.











teatro

ANTES de centrar estas notas en los estrenos que entre los más recientes alcanzaron alguna resonancia, creo oportuno facilitar a los lectores de MUNDO HISPANICO información en torno al desarrollo de la actual temporada teatral en Madrid. Desde que ésta se iniciara, en el pasado mes de octubre, cinco grandes acontecimientos dramáticos merecen prioridad absoluta en la mención: «Maribel y la extraña familia», de Miguel Mihura; «La visita de la vieja dama», de Friedrich Dürrenmatt; «La loca de la casa», de Pérez Galdós; «La Orestíada», de Esquilo, en versión de Pemán y Sánchez Castaner, y «La cornada», de Alfonso Sastre. El éxito de público alcanzado por las más de estas obras—y concretamente el logrado por la tragedia esquiliana y por la reposición afortunadísima del drama de Galdós—expresa, de manera fehaciente, cómo la situación de divorcio que a veces se advierte entre pueblo y teatro desaparece en cuanto a aquél se le ofrecen obras de calidad e interés auténtico. De las tres obras restantes, sólo la de Mihura permanece en cartel, lo cual no es óbice para que tanto la de Alfonso Sastre como la de Dürrenmatt produjeran en los medios teatrales el impacto a que su dignidad artística y ambición temática las hacía acreedoras. Y, dicho esto, podemos pasar ya a enjuiciar, brevemente, las últimas obras dramáticas estrenadas en Madrid.

«Comedia para asesinos», de James Endhard.

El Teatro Nacional María Guerrero ha estrenado esta obra de James Endhard—seudónimo de un escritor chileno—, que, siendo una comedia policíaca, es a la vez bastante más que una mera pieza de intriga. Comprendo que Carlos Miguel Suárez Radillo, autor de la versión dada a conocer en Madrid, se haya sentido ganado por el excelente estudio de caracteres que James Endhard realiza en cada uno de los personajes de la trama. Esta voluntad de ahondamiento psicológico permite insertar a *Comedia para asesinos* en la escuela pirandeliana. En ella se nos ofrece la trayectoria de una vanidad artística que, por su extremosidad, entra de lleno en el campo de lo patológico, en el protagonista de la pieza, al que sirven de adecuado contrapunto dramático el conjunto de los restantes personajes. A mantener despierto el interés de los espectadores contribuye la índole policial de la acción, cuyos efectos se han dosificado con innegable habilidad teatral. Fueron intérpretes, eficaces y seguros, Antonio Ferrandis, Angel Picazo, Lina Rosales, Mariano Azaña y Gabriel Llopart, cumpliendo los restantes, bajo la acertada dirección de Claudio de la Torre.

«Un sombrero lleno de lluvia», de Michael Gazzo.

Michael Gazzo ha escrito un drama violento, sincero, alimentado de indudable voluntad catártica. Esto es *Un sombrero lleno de lluvia*, estrenada aquí en versión española de José Gordón y Antonio Gobernado. Está clara la influencia de Arthur Miller, sobre todo en las escenas que afrontan la relación de padre e hijos. Pero la verdad es que, no siendo posible al escritor desprenderse de toda influencia, la de Miller revela al menos inteligencia en la elección por parte de Gazzo. *Un sombrero lleno de lluvia* es el drama de un morfinómano involuntario—el hábito lo adquirió en el hospital donde curaba graves heridas de guerra—, con pasajeras pero muy penetrantes incursiones hacia las repercusiones de varia índole que en el ámbito familiar del afectado tiene su drama. Quizá el mayor reparo que deba hacerse a Michael Gazzo en esta obra sea el de su falta de sobriedad en los elementos dramáticos que maneja. Una más cuidadosa selección le hubiera permitido prescindir de los superfluos, dotando así a la acción de mayor eficacia, puesto que con ello habría evitado el riesgo de que la atención de los espectadores tenga que repartirse, una y otra vez, entre la acción esencial y las accesorias.

La dirección, a cargo del realizador cinematográfico Manuel Mur Oti, singularmente afortunada en cuanto a movimiento escénico y efectos ambientales respecta. De los intérpretes, muy bien Rafael Arcos, Miguel Palenzuela, Rosa María Vega, Roberto Rey y Carlos Asensi. José Guardiola y José Ramón Centenero incorporaron tópicamente unos personajes tópicos.

«Las tres hermanas», de Antón Chejov.

«Dido»—Pequeño Teatro de Madrid—, la agrupación de carácter experimental que tan inteligentemente pilota Josefina Sánchez-Pedreño, ha querido rendir homenaje al gran dramaturgo Anton Chejov en el centenario de su nacimiento, que ahora se cumple, ofreciendo, en sesión única—patrocinada por la Dirección General de Información—, una de sus mejores obras: *Las tres hermanas.*

La intención de homenaje se vió lograda en todos sus aspectos, pues el lleno fué absoluto y la representación se ajustó en todo a las exigencias del estilo de Chejov. Sin duda, la mejor y mayor aportación en la conseguida fidelidad al propósito de las obras de este autor corresponde a Miguel Narros, cuya dirección escénica se mostró por igual atenta a la creación del clima exigido y a la adecuación del estilo de los intérpretes a tal clima. Pero entiéndase que este elogio del director no supone en modo alguno desmérito para los actores, todos ellos admirables en sus respectivos cometidos, y muy singularmente Margarita Lozano—¡qué silencios tan expresivos los suyos!—, cuya labor fué simplemente paradigmática. Con ella destacaron, del extenso y disciplinado reparto, Amparo Reyes, Carmen Sáez, María Cañete, Enrique Rincón, José Vivó, José Luis Lespe, Serafín G. Vázquez, Silvia Roussin, Julio Navarro y Guillermo Amengual.

JUAN EMILIO ARAGONES

MUNDO HISPANICO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria (Madrid)

TELEFONOS:

Dirección 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción: 24 91 23 y 24 87 91

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SEVICIOS:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES:
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK. MONTHLY: 1959. NUMBER 145, ROIG. NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS:

ESPAÑA.—Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas. Suscripción anual: 160 pesetas.—Suscripción por dos años: 270 pesetas. AMERICA.—Suscripción anual: 5 dólares.—Suscripción por dos años: 8,50 dólares.—Suscripción por tres años: 12 dólares.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Sobre el precio de suscripción: 1,50 dólares por año, de gastos de franqueo.

EUROPA Y OTROS PAISES.—Sobre el precio de suscripción: por año, 60 pesetas por gastos de franqueo sin certificar, o 120 pesetas por gastos de franqueo certificado.

EL MAESTRO MARAÑON HA MUERTO

GREGORIO Marañón y Posadillo nace en Madrid el 19 de mayo de 1887, hijo de don Manuel Marañón y Gómez Acebo y de doña Carmen Posadillo. El padre fué figura muy destacada en el ambiente social e intelectual de Santander, amigo y contertulio de Pereda, Menéndez Pelayo y Galdós; juez municipal primero y académico de Jurisprudencia luego. Gregorio vino al mundo con otro mellizo univitelino, rareza hereditaria descrita en más de uno de los genios de la Historia, Luis, que murió a los dos meses.

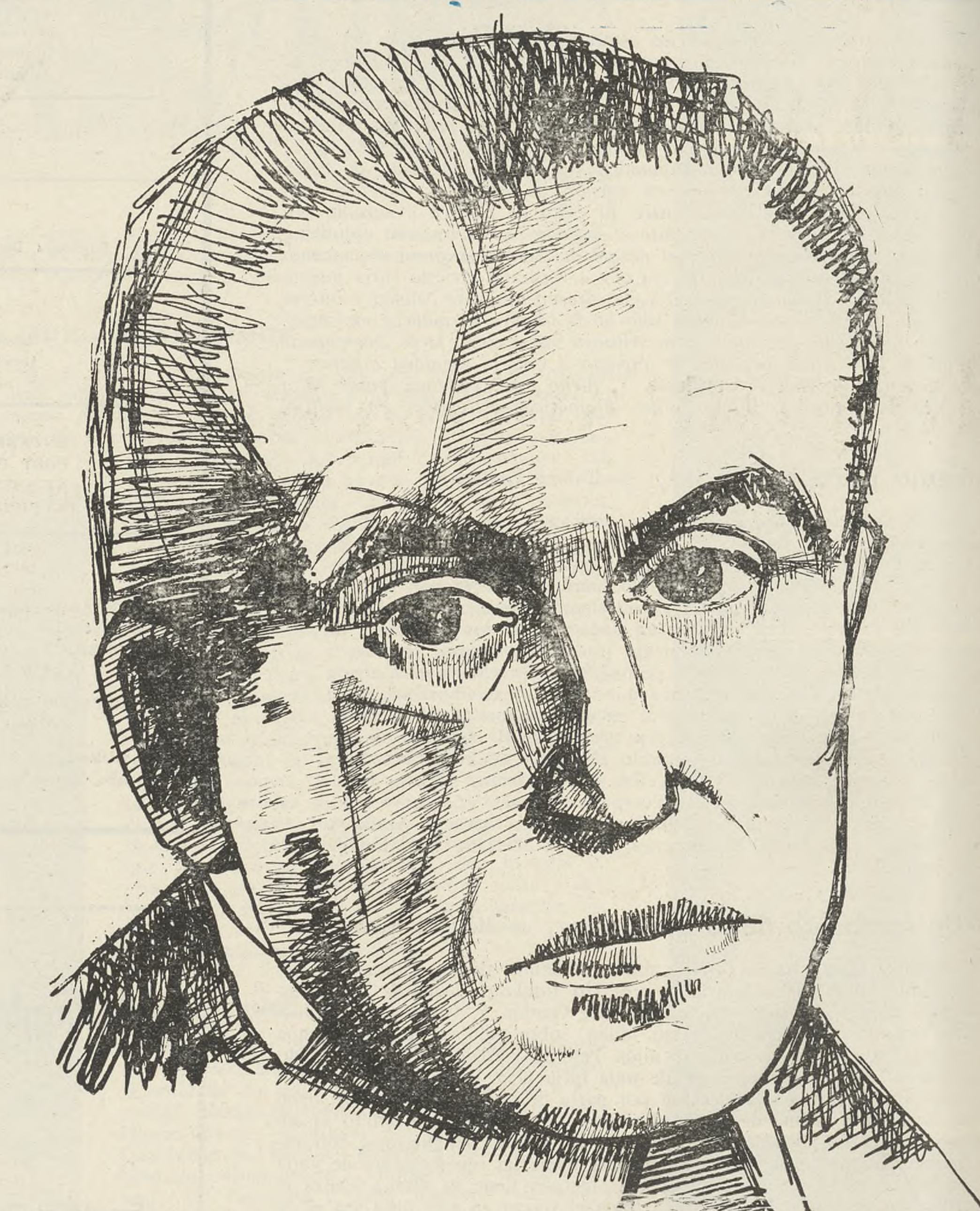
El padre poseía una gran biblioteca. Allí, Gregorio Marañón devoró mucha lectura. Galdós y la lectura de un libro de Cajal se cuentan entre los factores determinantes de su elección de la cerrera de Medicina. Empezó sus estudios universitarios con la idea de dedicarse a la Neurología y a la Psiquiatría, pero luego sería la Endocrinología la que le daría universal fama. En 1909 se licencia, y obtiene el doctorado en 1910. Entre sus compañeros ya tiene renombre y estimación. Y entre sus profesores destaca Olóriz, San Martín y Madinabeytia. Amplía estudios en Alemania al lado de Ehrlich, que terminaba entonces sus estudios sobre el «606». En 1911 gana una plaza en la Beneficencia Provincial, como médico, y empieza a crecer su fama de tal.

El descubrimiento de Toledo fué todo un símbolo. La razón íntima de su enraizamiento en la ciudad de Garcilaso y el Greco se debe, posiblemente, al viaje que hiciera a Toledo acompañando a Galdós. Toledo y el cigarral «Los Dolores», casa abierta y llena siempre de gente de todo el mundo, fueron el remanso, el rincón de paz donde Marañón escribió casi todos sus trabajos de historia, de ensayo y de investigación. El amor a los libros, a los viajes; su constante tarea de conferenciante, su labor periodística, la generosidad con que atendía a la solicitud de un prólogo, su amistad bien regalada en la charla y la compañía, llevarían demasiado espacio para contarse. La sola enumeración de sus libros no cabría aquí. Entre la fama y el trabajo de médico, entre la tarea de su cátedra y su consulta, van apareciendo los libros literarios. «Ensayo biológico sobre Enrique IV», «Amiel», «Raíz y decoro de España», «Las ideas biológicas del padre Feijoo», «Don Juan», «Vida e Historia», «El conde-duque de Olivares», «Antonio Pérez», «Elogio y nostalgia de Toledo», «Tiberio», son títulos conocidos en todo el mundo.

Nada dogmático, lleno de sencillez y cortesía, Marañón gustaba de llamarse naturalista antes que médico. Junto a los libros citados hay que reseñar algunas de sus innumerables obras científicas, de prestigio en el mundo entero: «El diagnóstico precoz en Endocrinología», «Nuevos problemas clínicos de las secreciones internas», «Estudios de Fisiopatología hipofisaria», «Manual del diagnóstico etiológico», etc.

Las Academias le llamaron. Y ocupaba cinco sillones, suceso nunca alcanzado por ningún español. Pertenecía a la Real Academia de la Lengua, a la de Medicina, a la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; a la de la Historia y a la de Bellas Artes de San Fernando. Era doctor «honoris causa» por varias universidades extranjeras, entre ellas la Sorbona, Oporto y Cuzco, y recientemente, en 1957, obtuvo el premio de la Fundación March, cuya dotación cedió al Instituto de Endocrinología enteramente.

Pero es imposible sujetar a datos y referencias la personalidad múltiple, el espíritu creador infatigable, la categoría humana de don Gregorio. Pocos hombres han alcanzado mayor cariño y devoción en las clases populares, humildes, y más alta estimación y reconocimiento en los medios exigentes de la cultura, de las ciencias, de la intelectualidad. Español universal, de la categoría de Cajal, derramó su saber con amor, con tolerancia, con ejemplaridad. Su vida fué eso, un ejemplo. El que a todos nos vale. Y su muerte, una honda tristeza, que hoy pone luto en el mundo.



DOMINGO Y LUNES

DOMINGO 27 de marzo, día de San Ruperto. Llueve y llueve sobre la ciudad y, de cuando en cuando, el sol quiere salir por los fueros de la primavera, hacer unos pinitos. Va cayendo la tarde; y entretanto, en su alcoba, con un balcón sobre la Castellana, se muere, con sencillez tranquila, con dulzura, Gregorio Marañón, glorioso entre los españoles, mientras suenan en un reloj de bella sonería los cuartos de las siete.

Están los suyos, y los más queridos colaboradores, y sus sirvientes, y están ya aquí, a los pocos momentos, los primeros amigos que han sabido la nueva mala. Empiezan las llamadas de agencias, y luego seguirán, en una larga noche, las llamadas del mundo, que sabe que ha perdido un ciudadano universal.

La condesa D'Aulnoy, y Camilo José Cela, y Ford, y el inglés Burrow, y el buen Ponz, y tantos otros miles de viajeros de España, los amigos y los enemigos, desde los estantes de su biblioteca miran ahora cómo—ante ellos, a la sombra de un Cristo que acaso un día labrara Cellini—duerme su última noche sobre la tierra, de festero domingo a lunes laboral, Gregorio Marañón.

El mundo de las Academias y, cuando dan las dos de la mañana, el del teatro. Y los primeros cestos de tarjetas, las primeras canastas de telegramas y los pliegos cuajados de firmas de «inmortales» y de los que apenas saben coger la pluma. Corre la noche. Las monjitas de su Sala en el General dirigen los rosarios. Fuera, en un pequeño corro de tres o cuatro amigos, hay recuerdos antiguos, y están los de la última hora, ya la tarde en la Casa de Campo o en la Academia; las últimas cuartillas, escritas para un bello libro de Juan Pablo Ors.

Alta madrugada y el alba. Ahora estamos allí con él, en esta su última noche, un grupo chico de amigos. Rezos y silencios, y, de vez en cuando, viene de la calle un rechinar de frenos en la Castellana.

Mañana de lunes, otra vez lluvia y sol. Cuatro mesas en el portal de Castellana, 63; el señor Manolo ha abierto de par en par las puertas de la casa. Suben los grandes de España y los que han venido, en un largo viaje, de Vallecas o de Tetuán, sin dinero para el tranvía. El pueblo de Madrid está presente. Desfile incesante; y llegan los de Madrid y los de fuera; llegan más cestos de telegramas y cartas, y coronas lujosas y flores humildes.

Las cuatro de la tarde. El pueblo—eso es, el pueblo—de Madrid, que es pueblo de España, en una vela unánime y un unánime fervor a Gregorio Marañón. La última visita a su San Carlos; y en el recuerdo de los más viejos compañeros, aquella mañana alegre que, de San Carlos—en un «rippert» risas y piropos a las chicas que pasaban—, iban a la «Bombi» a festejar en casa de Juan el título de médico, ese único título de su esquela.

Facultad de Medicina de San Carlos y el Hospital General. La Diputación y los hombres y las mujeres de su Sala, que se han saltado a la torera toda prohibición y han venido a dar un último adiós a don Gregorio.

Pueblo y pueblo. Patio de Santa Cruz en la Sacramental de San Justo. Sepultura de Miguel Moya, su suegro. Florecillas humildes, y Avemarías, y lujosas coronas, y lágrimas, y fotografías, y paletadas de tierra. Ahora, Gregorio Marañón descansa en paz, y España anda en orfandad de hombre egregio.

JUAN SAMPELAYO

Marañón e Hispanoamérica

NO una, sino varias veces, cruzó Marañón el Atlántico para poner su amor y su clara voluntad de entendimiento en las tierras españolas de aquella orilla que llamamos Hispanoamérica. El mismo ha dicho de él que es «un español que no quisiera ser nada sin ser español, y que considera su amor a América como una especie de su españolismo».

En 1927, Marañón hace un breve viaje a Cuba. La Habana y Matanzas le tributan cariño y admiración. Tres conferencias y su participación en el VII Congreso Médico dejan señales fecundas de su paso. Luego, en 1937, asiste en Montevideo a la inauguración del Instituto de Endocrinología. Después de una semana de intensa actuación (conferencias—una especialmente importante, *Los factores hormonales del hambre*—, lecciones clínicas de diagnóstico de enfermos) pasa a la Argentina y Chile. Homenajes, solemnidades académicas, lecciones, conferencias, se suceden. Y con ellas, la fecunda experiencia del encuentro de la tierra y el hombre. Así, en Buenos Aires, dice: «He venido solo, sin representación ni intermediarios oficiales, a ponerme en contacto con el alma argentina, y mi experiencia, directa y fresca, de hombre y de español errante, es hoy sentimiento puro, objetivo y rendido de una sinceridad que en cualquier otra circunstancia no hubiera podido alcanzar.» Brasil será el nuevo entrañable paisaje humano que recorre Marañón en este viaje.

El año de 1939 vuelve a repetir la excursión, casi por el mismo itinerario. Perú, Bolivia, Argentina, Uruguay y Brasil. En todas partes le acompaña el mismo caluroso, popular y solemne recibimiento. Y en todas estas visitas Marañón siente crecérsele su alma hispana. Especialmente en Perú, vibra su espíritu emocionado. Así, dirá en la Universidad del Cuzco: «Siento la misma emoción española, profundamente española, al recorrer los restos venerables de las fortalezas o de los templos de los Incas.»

Pero hay, aparte este breve y apresurado recordatorio, un viaje permanente del pensamiento, del amor y de la atención de Marañón a América, en la que queda instalado para siempre, como lo prueban tantos textos lúcidos, ejemplares y definitivos. Y hay otro viaje que América, en oleadas humanas sucesivas, le devuelve. Son universitarios—los escritores, los médicos, los historiadores, los investigadores, los enfermos—que vienen a buscar a Marañón en España, y que en Marañón encuentran lección, estímulo, comprensión, ayuda, orientación, consuelo y, siempre, generosidad ilimitada, repartida con aquel señorío sencillo, tan propio de España, que él encarnaba a las mil maravillas. Y ese viaje de hombres hispánicos afanosos de saber, que continúa hasta nuestros días, está orientado, una, cien, mil—y sigamos multiplicando—veces, por la gran atracción que ejerce, desde la distancia, el nombre y la obra de Marañón. Hasta hoy mismo se ha continuado su discipulado de médicos jóvenes, de estudiantes de Medicina, con quienes, día a día, en las salas del hospital, en su cátedra, predicada con amor y exigencia, ha compartido horas de trabajo y meditación. Como uno más entre sus discípulos, él, que era el maestro de todos, ha sabido estar, incansable, afanoso, fiel a su vocación. Y, entre las miles y miles de personas que le acompañaban en su último viaje, era fácil reconocer numerosos rostros de estudiantes—comiéndose las lágrimas de hombres—, numerosas caras de hispanoamericanos de todos los países, ésos que vinieron para encontrar al maestro y se encontraron al hombre, al padre por añadidura.

Textos del maestro

«Con los años se acentúa en mí la preocupación de oír y no hablar, de ser discípulo y no maestro. Quisiera, mientras esté aquí, no robar un minuto a las horas, por desgracia breves, que he de pasar entre vosotros y entre vuestro pasado. Quisiera no interrumpir con un solo gesto mío la palabra de los que me guían en esta peregrinación a través de tantos siglos entremezclados y fundidos en una petrificación increíble en el ámbito de vuestra ciudad y sus contornos.»

(Discurso en la Universidad del Cuzco, con motivo de conferírsele el título de doctor «honoris causa», el 27 de septiembre de 1939.)

«Pero otras veces hay en esa ciudad desconocida un recuerdo sentimental, que tiene para nuestra alma realidad tan poderosa que anula las demás curiosidades y todas las obligaciones. Entonces, apenas puesta en la tierra nuestra planta, nos dirigimos al sitio donde ese recuerdo tiene su solar. Para nosotros, toda la ciudad está allí, y el alma del país entero. Pero no sólo es este milagro de cristalización de un vasto territorio en un pedazo de tierra el que en aquel instante se realiza. Ocurre, además, que la sensación de lo que acabamos de ver, al cotejarla con la previa sensación que teníamos de aquel lugar antes de conocerlo, resultan absolutamente idénticas. Aquello que no habíamos visto nunca lo sabíamos ya, con sabiduría exacta, clarividente, más justa y más nítida que la que da la experiencia de los sentidos; lo sabíamos con la sabiduría previa de lo que hemos amado sin haberlo visto ni tocado todavía; por puro ensueño, por deseo vehemente de que sea en virtud de nuestro amor, tal como quisiéramos que fuese y no como tenga que ser.»

(Discurso pronunciado en la Facultad de Ciencias Médicas de Lima el 23 de agosto de 1939.)

«El español de hoy se siente orgulloso al recorrer esta ciudad llena de reflejos imperiales, que el tiempo ha limpiado ya de todo lo que no sea desinteresada gloria. Porque el español de hoy, los españoles como yo, los que, pase lo que pase, daremos al espíritu nacional de nuestro tiempo su acento y su perfil, sabemos amar a América con un orgullo que no es orgullo nuestro frente al vuestro, sino vuestro mismo orgullo nacional, sin sombra de vanidad y de resentimientos. Con un orgullo histórico, de historia universal, y no de cronicón nacionalista, por lo mismo que ponemos nuestro orgullo nacional en la universalidad del aliento de los cíclopes que fundieron su civilización con vuestras civilizaciones.

Todo lo que no tenga esa generosidad universal es, para nosotros, hispanismo espúreo. Pero, del mismo modo, deseamos que vuestro americanismo, que ha de ser cada día mayor, cada día más nutrido de su propia conciencia, contemple el espectáculo de la gesta heroica de los españoles con ese mismo espíritu de universalidad que todo lo explica, hasta lo que a primera vista es difícil de explicar, porque detrás está el amor, que todo lo comprende.»

(Discurso pronunciado en la Universidad del Cuzco el 27 de septiembre de 1939.)

«El español que ha estado en América incorpora para siempre a su corazón un elemento perdurable, que es la "nostalgia de América". La nostalgia de aquella hora del amanecer en que el español, uno cualquiera, como cinco siglos antes Cristóbal Colón, adivinó la tierra nueva sobre la línea de bruma del horizonte, en que vió por primera vez el paisaje del trópico, con una cabaña vacía y una barca arrumbada en la ribera del río y la iglesia increíblemente labrada, en pleno desierto, y la muralla imponente de los Andes, y las bulliciosas ciudades del Plata, y aquellas otras castellanas y tan dulces del Pacífico, y los lagos inmóviles del Sur. Y la humedad durmiente de México, y tantas cosas más envueltas en una luz clara, como las de los sueños de los niños. Al volver a poner el pie en el suelo de Europa el recuerdo americano se transforma en un ideal, y en ese instante mismo nace la irremediable nostalgia de América, que ya no nos abandonará jamás.»

(Palabras pronunciadas en Radio Nacional de España a la vuelta de sus viajes.)

OCHO MESES A BORDO DE UN PAIS

UNA cosa es hablar de este país a los escasos días de llegar y otra muy distinta echarle una mirada a los ocho meses. Claro que para conocer España hay necesidad de años. O de siglos. Pearl Buck, la célebre novelista autora de tanta novela sobre China, decía: «He vivido desde mocosa en China. Ahora tengo sesenta años, y estoy convencida de que sé menos que cuando llegué aquí.» Con España pasa lo mismo. Me río de los turistas de paso que están una semana en el Palace, van a la feria de Sevilla, se santiguan en Semana Santa en Valladolid, asisten a una corrida de toros, le dan la mano a "Dominguín", pegan un salto hasta las murallas de Avila, meten un pie en el agua quemante de Barcelona y cuentan, a la vuelta, que conocieron España. O de los corresponsales extranjeros, que viven montados sobre la máquina en una agencia, hablan por teléfono con los políticos, van pomposamente a un "colmao" y terminan por decir: «Esto es España», «Esto no es España...», «Yo conozco la verdadera España», etc.

El pueblo

Para conocer un país hay que tratar de calar antes que nada en su pueblo. Pueblo es todo. Pueblo es el aristócrata arruinado que se aburre en el Ritz, la vieja marquesa amiga de un torero, el curita de la aldea, el muchacho que escribe versos en el café Gijón, la muchacha que trota por el «metro», el hombre de campo, el gañán que trabaja en la Mancha, el obrero de la fábrica, la beata, el muchacho que grita en un partido del Madrid, el estudiante del S. E. U., el exiliado que está lejos y que evoca nostálgicamente el río y la colina perdidos, etc.

Mi historia

Ellos son España. Y luego, para tratar de conocer España, hay que conocerlos un poco a ellos. Ahora contaré mi historia. Yo llegué hace ocho meses. Me bajé en Barajas, y a la semana escribía en diarios españoles y mandaba crónicas para mi lejano país. Muchas crónicas (150, para ser más exacto). Trabajé en una agencia, me gané un premio (no importa cómo se llama); viví en una típica casa española; partí hacia el Sur; anduve por Toledo, Avila, El Escorial, Aranjuez, Badajoz, Cáceres, Salamanca, Barcelona, Córdoba, Sevilla, Granada, el largo y pedregoso camino de la Mancha; di una pintoresca conferencia en Tomelloso, etc.

Esta es la parte exterior, la parte física, por decirlo así, o sea, la que menos importa, pero que permite echar una mirada rápida a un país. Por dentro, que es lo más importante. Y antes que nada, con franqueza. Esto parece de más, pero no es así.

No tengo nada del periodista que viene con el sombrero en la mano a decir únicamente frases amables. De esto están hartos los españoles. El reportero profesional se da aquí y en la China. El celebrador con carnet al día no vale. No vale porque se sabe lo que va a decir. Y por qué y, sobre todo, *por cuánto* lo va a decir.

A mí me interesa contar a los españoles cómo los he visto—bien o mal—después de una exigua cantidad de tiempo viviendo entre ellos. No se trata de que me guste la jota, las sevillanas y los gitanos de pega que hay cerca de la plaza Mayor. Esa es la España artificial y al alcance de los miopes lentes del turista corriente. Eso no es España, sino que *is Spain*.

La mía es distinta. Es ésta.

Por qué es distinta

Antes que nada, familiar. Este es un país íntimo, y no hacia afuera. No tiene nada que ver con Nueva York, Chicago o Detroit. El hecho de que tenga unos Pirineos impresionantes, una guerra civil igualmente impresionante, unos dos siglos, por lo menos, de hastío y de aburrimiento (el XVIII y el XIX); que la hayan sitiado por hambre durante diez años en los días de la última contienda, y que ahora, únicamente ahora, saque la cabeza fuera del territorio y se asome por París, Londres y, sobre todo, Washington, le han dado una característica especial de señorío solitario y de irónica independencia. Este es un país distinto de Europa, para bien o para mal. La frase de que «Europa termina en los Pirineos» es un tópico negativo que se puede hacer positivo. Lo que termina en los Pirineos es una manera de ser. Una manera intelectual, racional, general, de ser. Mientras se bailaba el minué o caían cabezas en Francia, en Madrid asomaba la terrible y despiadada garra de Goya. Mientras en Francia se hacían guerritas locales y en Inglaterra pequeñas revoluciones, en España se conquistaba la mitad de un mundo nuevo. Mientras en los demás países se vivía al día, en España se vivía dramáticamente LA AVENTURA (así, con mayúsculas). Esto dió al español para siempre una mentalidad nostálgica de lo que fué. Un español viejo vive con la cabeza clavada en los viejos libros de Historia leyendo su historia. La que hicieron sus bravos y recios abuelos hace la miseria de cuatro siglos.

Un día hablé con un viejo conde que vivía en Salamanca. Tenía un castillo solariego en que faltaba el *frigidaire*, pero que lucía veinte cuadros de primera línea. Le dije:

—¿Y por qué no los vende?

Casi me mata.

—Esto es mi pasado—me contestó—. Aquí está lo que fué mi familia a través de siete siglos. Esto vió a los moros. Por aquí anduvo el Cid. A media cuadra tengo un aljibe árabe donde el agua se ha cansado de ser vieja y reflejar las mejores lunas de la Edad Media. Esto no se vende. No se puede vender...

En Avila, las viejas que pasan ante las murallas no levantan la vista hacia las almenas, porque llevan las murallas y las almenas dentro. Los viejos de boina de la Mancha no necesitan hablar de Don Quijote y Sancho. Ellos mismos son los dos personajes de Cervantes. Si los molinos hubieran estado en los Estados Unidos, ya tendrían rótulo de Coca-Cola. En Sevilla, el barrio de Triana tiene más poesía que toda la poesía de García Lorca. Sin barrio de Triana, o de Santa Cruz, no habría García Lorca, sencillamente. El patio de los Leones, de Granada, no está hecho para que suspiren ingleses melancólicamente ni yanquis con sombrero de papel; está simplemente para que llore el agua por la grandeza perdida. El barrio viejo de Madrid, de noche, con los focos fantasmas en calles de cuentos o de historias de brujas, tiene una intensidad tal, que los españoles no hablan de ella. No tienen necesidad. Hablar de él, citarlo, mostrarlo pomposamente, es de pueblos cursis y de nuevos ricos. Lo grande es que esto está ahí, naturalmente, sin llamar la atención, con la discreción que tienen los verdaderos caballeros para mostrar sus escudos de familia y los recuerdos de sus antepasados.

La gente que cita cifras y estadísticas para demostrar que España está por debajo de los Estados Unidos, de Francia, de la nueva Alemania o de Italia, no entiende el problema. En una guerra de estadísticas España está fatalmente perdida, porque no nació para eso.

Geroglyfico sexto.

Sin desteplarse jamas.

Entre dos épocas

Esto no quiere decir que ésta es la mujer de Lot, que mira melancólicamente *sólo* hacia el pasado. No. Lo notable de la España de 1959 que me ha tocado conocer es que está saltando de una época a otra, y que se nota el salto. Tiene la capilla del siglo XIII y la fábrica Pegaso. Tiene las golondrinas melancólicas que aprenden poesía entre las nubes de Avila, y los aviones que salen de Barajas a cada momento. Tiene murallas viejas y gastadas como el mundo en Toledo, pero entra en las Naciones Unidas. Tiene poetas soñadores y tristes, amigos de la luna, y hombres de ciencia con la vista clavada en los telescopios, viendo lo que se hace para llegar a la luna misma.

Esto se nota al llegar. Mientras Barcelona es definitivamente moderna y mira hacia la máquina, Toledo está clavado en el siglo de Carlos V y Felipe II. Madrid es distinto. Madrid está en la mitad de la piel de toro. Madrid es la medida justa.

De noche

La primera noche que llegué hasta la plaza Mayor, bajo la luna, caminé por las calles del Codo y de Toledo, por la plaza de la Paja. Justamente era la España que me había imaginado. Ni más ni menos. La misma de los viejos cueros y de los antiguos libros.

Lo único que me llamó la atención es que no había arcabuceros ni gente de avería que diese mandobles por las esquinas.

Era de noche, y una nube fina, de fina y castigada plata, se enredaba alegremente en las ramas de un árbol aburridamente solo en una esquina maravillosa...

Pero al día siguiente salí a la calle, con sol, y trepé hasta los Ministerios, y llegué hasta el bloque americano; di una vuelta por la Ciudad Universitaria, y anclé en una mesita de Puerta de Hierro. Y, naturalmente, tuve una visión distinta. Madrid es exactamente eso: una justa posición, una mezcla. Calles estrechas con autobuses inmensos, y avenidas anchas con burritos que parecen hermanos de Platero.

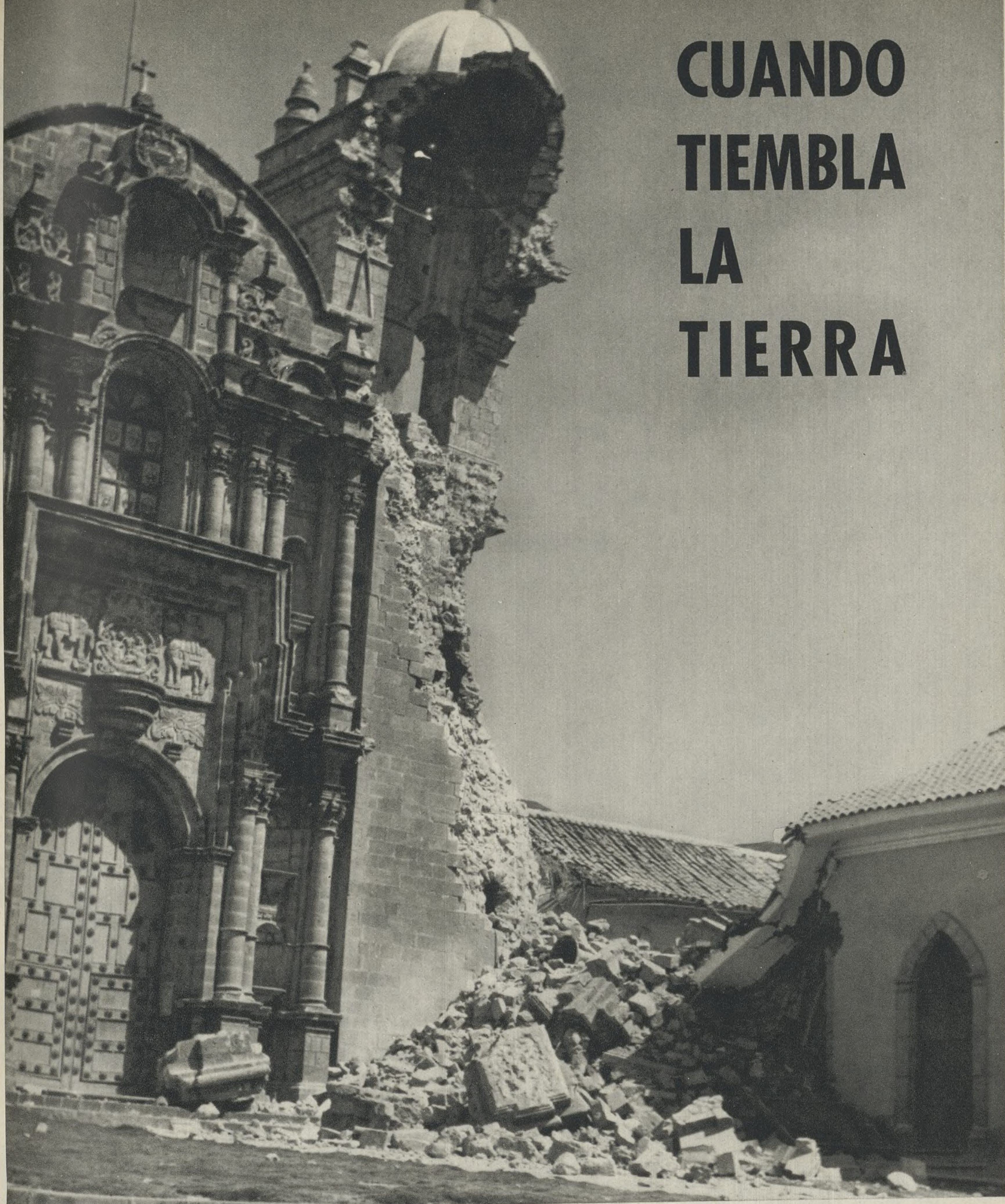
Y eso es justamente lo que me gusta.

De día

Está el pasado ahí, a la mano, y el futuro está allá, doblando la esquina. Y esto, que me pasó en cada ciudad española, a través de sierras con nieve, caminos polvorientos, campos calcinados, molinos andariegos, bosques encantados, ríos de espuma y hasta mares insolentemente azules, fué únicamente la parte externa. Fué la otra España la que me conquistó.

TITO MUNDT

CUANDO TIEMBLA LA TIERRA



La iglesia de Belem, de Cuzco, después del terremoto.

TODO podría hacer pensar que quien ha visto y sentido un terremoto, un fuerte y bárbaro terremoto, tendrá mucho que contar. Y lo más inhumano y brutal de los terremotos es que dejan la cabeza como una fruta vareada sin piedad y que, aun haciendo esfuerzos por reconstruir los segundos, no es fácil conseguirlo. Dentro de la sesera se ha metido un ruido extraño, un ruido potente que avanza por todos los costados hasta pasar hecho una mole indominable por encima de uno, dejándolo como embobado. Después no queda más que el recuerdo indeleble de dos o tres imágenes, alguna de ellas hasta cómica o grotesca. Y no se puede describir otra cosa.

Recién llegado a Santiago, justamente a la mañana siguiente de haber llegado, hubo dos temblores de tierra. El primero me cogió dormido, y, prácticamente, la sensación que experimenté no pasó de ser la de los perchones de un tren que nos despierta en una estación absurda o en algún paraje desconocido. Al tiempo de levantarme vi que todo se movía como arrastrado por tirones inexplicables. La casa no era sino una carreta de bueyes que estaba medio atascada y que terminaría saliendo del bache. No me asusté; mejor dicho, no me asusté demasiado. Me asusté más cuando empecé a escuchar gritos por las escaleras, concretamente algún grito fijo y despavorido, como el de una rata cuando la pilla la trampa y no tiene más que un instante agudo de protesta y de acabamiento. Era una mujer que vivía en el cuarto de al lado.

Me quedé fijo en medio de la habitación, sin saber qué hacer, como olvidado de todo, hasta de quién era. Todavía se estaba moviendo la lámpara y crujían los cristales, pero con cierta blandura y discreción. Ni siquiera se me ocurría ponerme nada encima del pijama. Por el pasillo pasaron dos o tres personas. Una de ellas decía algo que sonaba a religioso; otra decía mecánicamente, y cada vez con menos voz:

—Este repite, éste repite...

Todo había sucedido en unos segundos, pero era como si hubiera durado mucho tiempo, aunque tampoco esta impresión es la verdadera. Era simplemente como si uno hubiera sido súbitamente sacado de la cama y puesto en una cornisa frente a un abismo. Uno había querido agarrarse a algo,



Tras el terrible terremoto de 1949, la nave central de la catedral de Ambato, en el Ecuador, presentaba este aspecto.

uno tenía encima todo el mundo hecho como una bola de cristal muy frágil, y esta bola iba a romperse de un instante a otro, inevitablemente. Pero no se podía hacer nada. Nada.

Entonces comprendí que el cordón que nos une a la tierra, el hilo que nos tiene como suspendidos del cielo, se había roto o estaba a punto de cortarse.

Ahora todo el hotel era un «runrún» de voces que comentaban, algo así como una colmena en donde meten un leño ardiendo. Pero a cada minuto que pasaba, el tono de las voces iba cambiando. Cada uno relataba la cosa a su antojo, y de vez en cuando se escuchaba alguna risa, alguna risa con acento desequilibrado y macabro.

Comenzó a sonar el teléfono, al que nadie atendía. Y en pijama salí a recogerlo porque lo tenía casi al lado de la puerta. El ruido del teléfono, después de aquellos segundos de indecisión y de pánico, me estaba sacando de quicio.

Ni siquiera me extrañé de que fuera a mí a quien llamaban. Contesté a todo de una manera rutinaria.

—Buen recibimiento, ¿eh?

—Sí, claro.

—Pero no parece que te hayas asustado.

—¿Pero ha sido un terremoto?

—No, hombre; terremoto, no. Ha sido un temblor de tierra. De éstos ya pasarás más.

Mientras seguía hablando alegremente el nativo—ya acostumbrado a los *seísmos*, como decía con cierto regusto científico—, pasaban por el pasillo algunos huéspedes, todos más bien excitados y como irritados por mi tranquilidad. Pero lo mío no era tranquilidad, sino una especie de desasimiento y flojerta total, y lo mismo me daba estar con el teléfono en la mano que chillando por la ventana. Aquella trepidación era como si hubiera hecho brotar del fondo de la tierra una bruma que me hubiera taponado la sensibilidad. Me daba miedo del peligro, pero no podía reaccionar. A mi lado pasaron unos negros (creo que eran brasileños y pertenecían a un equipo deportivo), y recuerdo que alguno de ellos iba rezando algo y decía a los demás:

—Pues si nos viene el otro, que estemos en la calle.

—La calle es peor—decía otro.

Salí a la calle y me fuí derecho a la iglesia de San Francisco, que estaba enfrente. La iglesia estaba casi llena de gente; había muchos cirios y sobre todo *mariposas* encendidas. No pude tampoco articular ninguna oración. No sólo me fallaba la memoria, sino que comenzó a entrarme una desazón tremenda, como el presentimiento de que un nuevo estallido de la corteza terrestre estaba a punto de producirse. Y miré con pavor las columnas y la techumbre de la Iglesia. Intenté, yendo de un lado para otro, ponerme en los sitios seguros; pero tan pronto los elegía me convencía de que eran catastróficos, los peores. Estaba viendo ya la inminente ruina.

Me senté en la puerta de un bar y vino un «limpia» a lustrarme el calzado. Lo dejé hacer. Mientras pasaba el cepillo se estaba peleando con otros. Usaban una jerga especial, muy chocante. Al fondo se veía la cresta magnífica de los Andes, casi encima, con su moco colgante de nieve.

Y en este instante los pies comenzaron a temblequearme y el suelo experimentó como un vagoroso hundimiento, como si la tierra fuera un melón maduro y hubiera crujido apretado por unas manos potentes. Algo que no se sabía lo que era, pero que era como descender sordamente por una raja inmensa y oscura, se apoderó de mí. Y salí corriendo.

Experimenté algunos temblores más, pero no tenía aún ciencia del terremoto. Lo del terremoto habría de aprenderlo, para no olvidarlo jamás, en Arequipa, unos cuatro meses después. Aquello fué distinto.

Todas las ciudades que están cerca de volcanes, sobre volcanes, bajo volcanes, entre volcanes, me habían inspirado bastante respeto. No he podido ver la lava y el humo de manera indiferente. Durmiendo allá por Osorno, a los pies mismo de los colosos con nombres temibles: el Puntiagudo, Calbuco, había sufrido pesadillas. Pisar las entrañas quemadas de la tierra no es un buen aliciente para soñar con arcadias inefables. Escuchar los truenos o ver la melena de fuego de algunos de estos bravos no invita a reflexiones didascálicas. Pero Arequipa había logrado serenarme, a pesar de saber que sus casas, tan blancas, de lo que están hechas es de lava de volcán. Aquella luminosa ceniza de Arequipa había logrado encandilarme y me sentía feliz.

Pero el terremoto viene cuando menos se espera, como un león enfurecido que se cuela en el campamento, como loco que rompe la reunión con la gran carcajada de su locura.

¿Cómo pasó? No puedo recordarlo. Sé que yo estuve tirado en medio de la plaza y que estaba entre niños indios de una escuela. Sé que a mí no me pareció al principio que el terremoto viniera de abajo, de la tierra, sino que era una lluvia de latigazos y piedras desde el cielo. No sé qué estaba haciendo en aquel momento. Sólo sé que me abracé a la tierra y que mil veces, en no sé cuánto tiempo, la palpé en ese estremecimiento feroz de las convulsiones. A veces, vertiginosamente, me pasaban por la cabeza ideas locas: la tierra se estaba hundiendo y hacia nosotros avanzaba otra tierra, una tierra hecha líquido y barro, hasta anegarnos. A mi lado una mujer india se persignaba con las manos inocentes del hijo.

Alguien danzaba por las cavernas del mundo. Todo era ridículo, absurdo. La blanca ciudad era humo blanco y negra grieta, alaridos de ciego, derrumbe lento como de piezas de juguetería, ruidos espantosos de no se sabía qué cosas. El día se me hizo claro, muy claro, hasta cegarme los ojos. Y no sentía ninguna clase de compasión por todo lo que me rodeaba. Sólo sentía unas ganas irreprimibles de llorar fuerte y de correr; aunque me temblaban las piernas como juncos, lo que quería era correr. En la frente se me clavó un dolor atravesado que sólo me hería con los golpetazos de cada latido. Y cuando no me dolía, tenía unos segundos de felicidad incomparable.

No pensé en que pudiera repetirse ni nada de eso. Sólo pensaba que me había salvado. En medio de la fenomenal catástrofe, por encima de muertos y de vivos, no pensaba más que en mí mismo, y este egoísmo ciego era el que me iba dando claridad para sortear escombros y huir. Huir era lo único que había que hacer y lo único que sabía hacer.

Por las calles había seres que hablaban solos, en diálogos ridículos, y los había que iban mudos, con los ojos extraviados, de un lado para otro. Tenían los vivos la cara más desgarrada que los muertos, que sonreían inverosímilmente. Era como si hubieran muerto ahogados en una playa dichosa.

A los dos días leí en el periódico todo lo que había pasado en Arequipa. Y era como si le hubiera pasado a otro, no a mí. Cuando pasó todo esto, bien pude hacer un buen reportaje, pero nunca quise hablar de ello. Había sentido demasiado miedo.

JOSÉ LUIS CASTILLO-PUCHE
Fotografías: Glenn Curtiss, Pacheco, Calvo y Pastor





Con el terror retratado en los ojos, las víctimas del terremoto ecuatoriano de 1949 acampan en plazas y parques. Estas escenas podrían ser mucho más recientes. El transporte aéreo de los heridos en Ambato y Pelileo podría ser también el de los supervivientes de Agadir. También el panorama dantesco de las ruinas es semejante: las fotos inferiores recogen dos ángulos de Agadir y Pelileo después de los terremotos.







Rinconete y Cortadillo, en la Plaza de España

POR fin, treinta y cuatro años después de ser instalado en la plaza de España, va a ser terminado el monumento a Cervantes. El Ayuntamiento, que durante los pasados años fué erigiendo los grupos escultóricos de las dos Dulcineas y «La Gitanilla», acordó no hace mucho poner broche final al monumento con la aprobación del presupuesto para el bloque «Rinconete y Cortadillo», que está haciendo—como las demás—el escultor Coullaut Valera. Con su colocación y una pequeña reforma—consistente en retrasar el grupo de Don Quijote y Sancho hasta la parte inmediatamente anterior al monumento—quedarán finalizadas todas las obras que últimamente se han estado haciendo, y cuyo coste ha alcanzado la cifra de 963.000 pesetas.

Resulta así que este monumento ha reunido, en sus treinta y cuatro años de vida no oficial—recuérdese que no está todavía inaugurado—, figuras construídas en mármol de Carrara, bronce, piedra de Novelda y de Sepúlveda. De mármol es la parte figurativa más noble del monumento; de bronce, las figuras de Don Quijote y Sancho; de piedra de Novelda, la estructura superior, y de piedra de Sepúlveda, las figuras añadidas últimamente.

El monumento a Cervantes fué iniciado por preámbulo real de 29 de marzo de 1914, y se hizo por suscripción popular, con gran aportación hispanoamericana. Sus arquitectos fueron don Pedro Muguruza y Martínez Zapatero, y el escultor, Lorenzo Coullaut Valera, padre del que ahora lo está finalizando. La obra ha sufrido, desde luego, bastantes variaciones desde su idea original, cuando fué concebida como plateresca, habiendo evolucionado, en general, hacia un neoclasicismo. Una de sus características más notables en su altura, que llega a los 37,50 metros. Los enormes edificios que se han ido construyendo a su alrededor han hecho menos apreciable esta esbeltez.

Don Quijote y Sancho, las más célebres figuras del monumento a Cervantes, sobre el moderno fondo del edificio España. Ahora se terminará el grupo.



Cervantes retrató con vivos trazos los tipos representativos del hampa de su tiempo. Repolido y Cariharta, dos de las figuras centrales de «Rinconete».

LAS 10 FIGURAS DE «RINCONETE Y CORTADILLO»

El nuevo grupo «Rinconete y Cortadillo» está compuesto por diez inolvidables personajes cervantinos. De izquierda a derecha serán: Rinconete, Cortadillo, Repolido, Chiquiznaque, Monipodio, Gananciosa, Cariharta, Escalanta, Maniferro y el Alguacil. Las esculturas tendrán tres metros de altura, e irán formando una escena compacta, que será colocada en la parte opuesta a la que hoy ocupa «La Gitanilla». Las dimensiones totales del bloque serán cuatro metros y medio por dos y medio de profundidad.

Las figuras hasta ahora realizadas son ocho, faltando únicamente las de Monipodio y el Alguacil. Su escultor, el señor Coullaut Valera, asegura que estará terminado todo para la primavera próxima.

Respecto al material empleado últimamente—la piedra de Sepúlveda—, el escultor nos ha dicho que es especialmente apta para el clima de Madrid, capaz de deshacer cualquier piedra arenisca. El contraste de color que ahora hace con el resto del monumento se irá atenuando paulatinamente, hasta que quede una tonalidad uniforme para todo el conjunto decorativo.

De "Rinconete y Cortadillo"

Así comienza:

«En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años. El uno ni el otro no pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargatas, tan traídas como llevadas, y los del otro, picados y sin suelas; de manera que más les servían de cormas que de zapatos.

»Traía el uno montera verde de cazador; el otro, un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza, encerada, y recogida toda en una manga. El otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachos. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias. El uno tenía una media espada, y el otro, un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros...»



Detalle de la Ganánciosa y la Escalanta, esculpidos en piedra de Sepúlveda.

«...Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; así como entraron se fueron con los brazos abiertos, la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con que mojar la canal maestra.

»—Pues había de faltar, diestro mío—respondió la una, que se llamaba la Gananciosa—. No tardará mucho a venir Silbatillo tu trainel, con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

»Y así fué verdad; porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana...

»Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio. Y ordenó asimismo que todos se sentasen a la redonda; porque en cortando la cólera, se trataría de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que había rezado a la imagen:

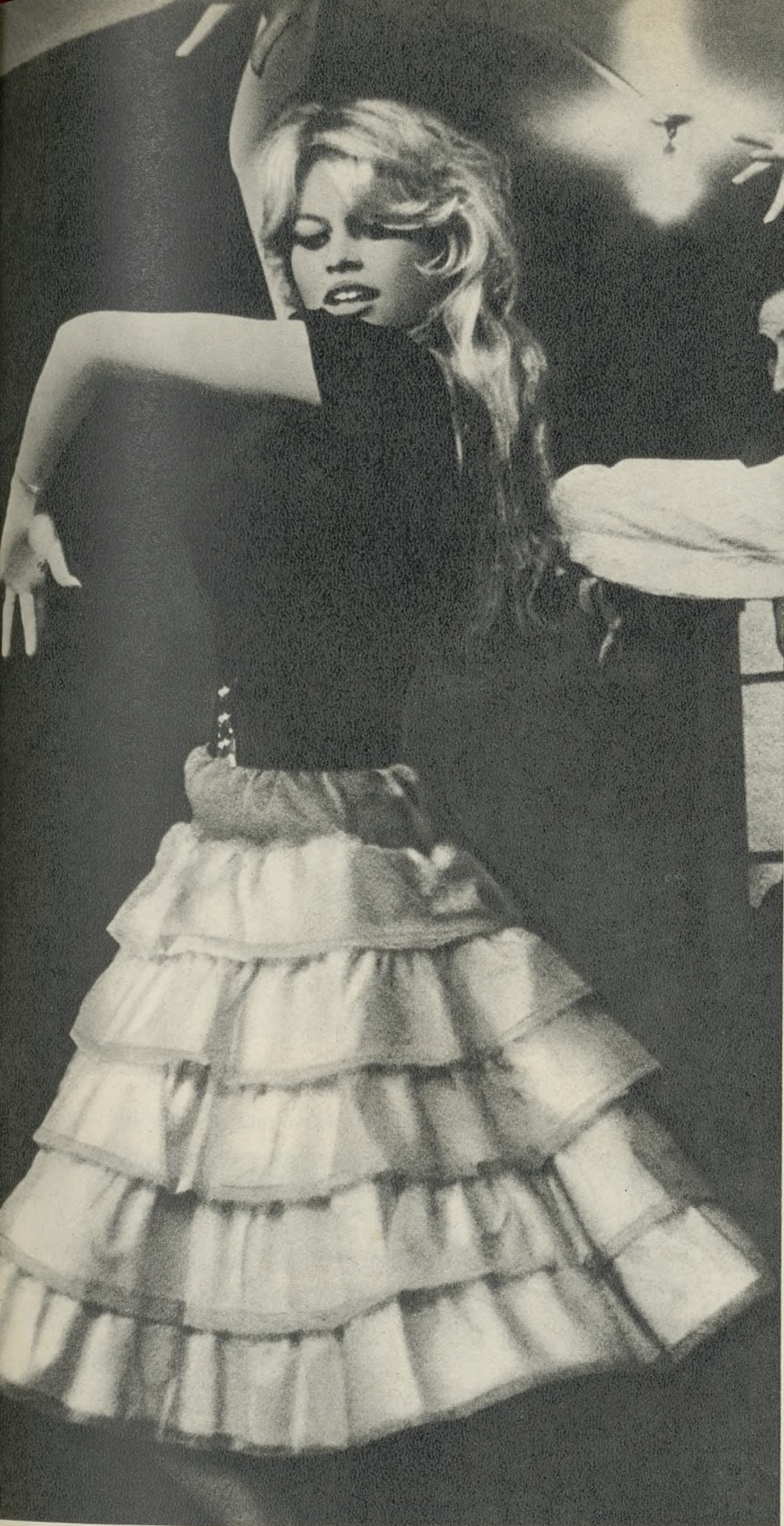
»—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha que me trae loca; y más que antes que sea medio día tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase.

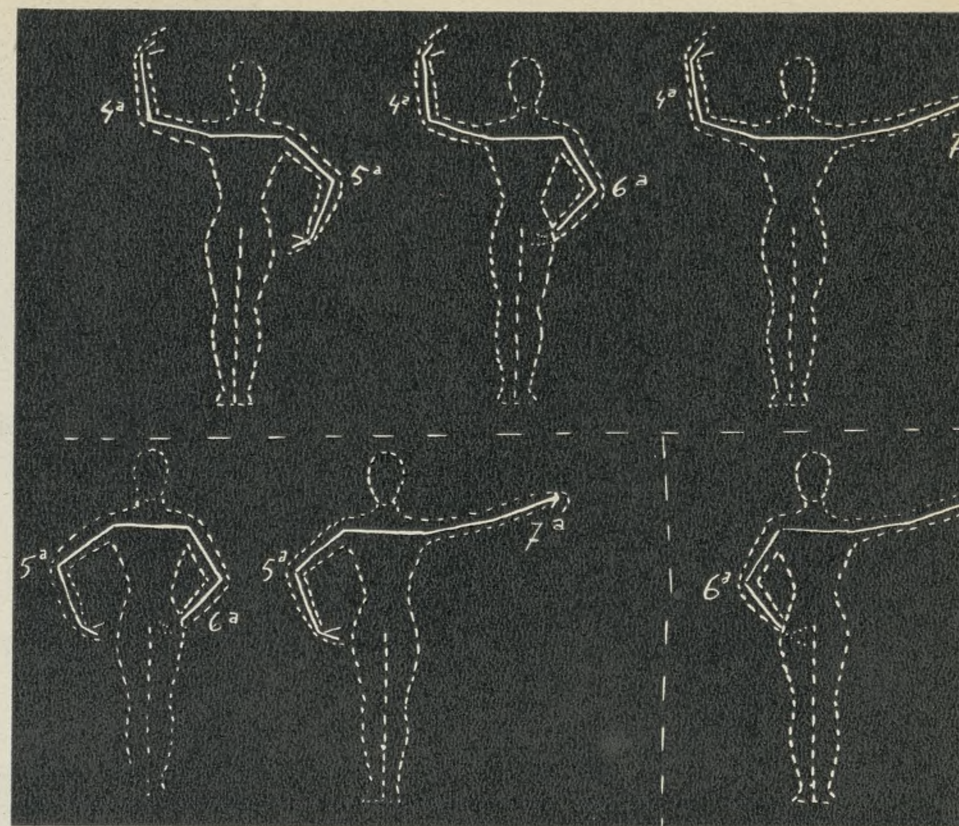
El busto de Rinconete, preparado para su instalación, que será en la madrileña plaza de España.



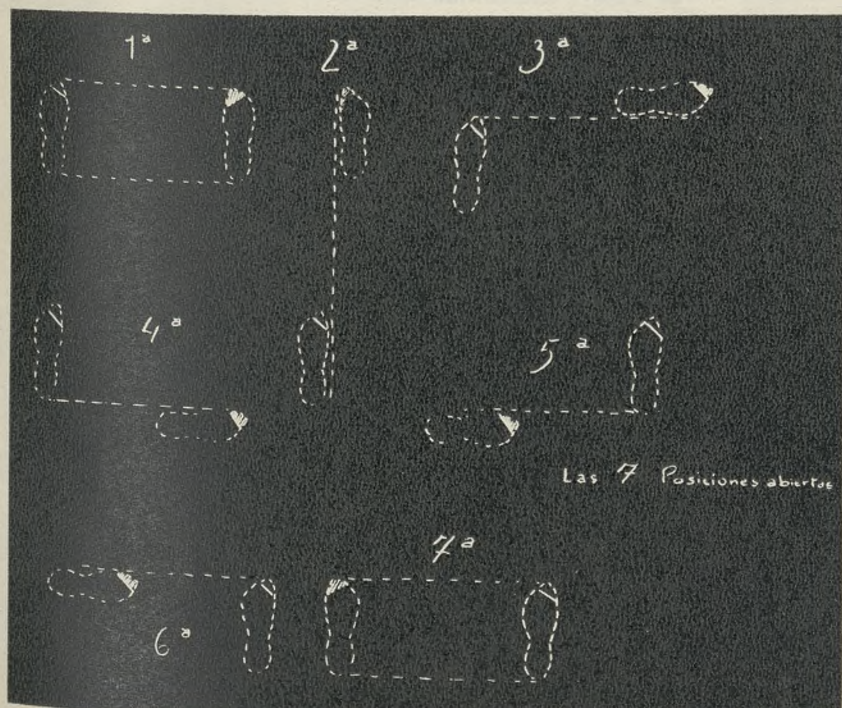
Amorosamente, el escultor contempla su creación, a la que perfila los últimos detalles.

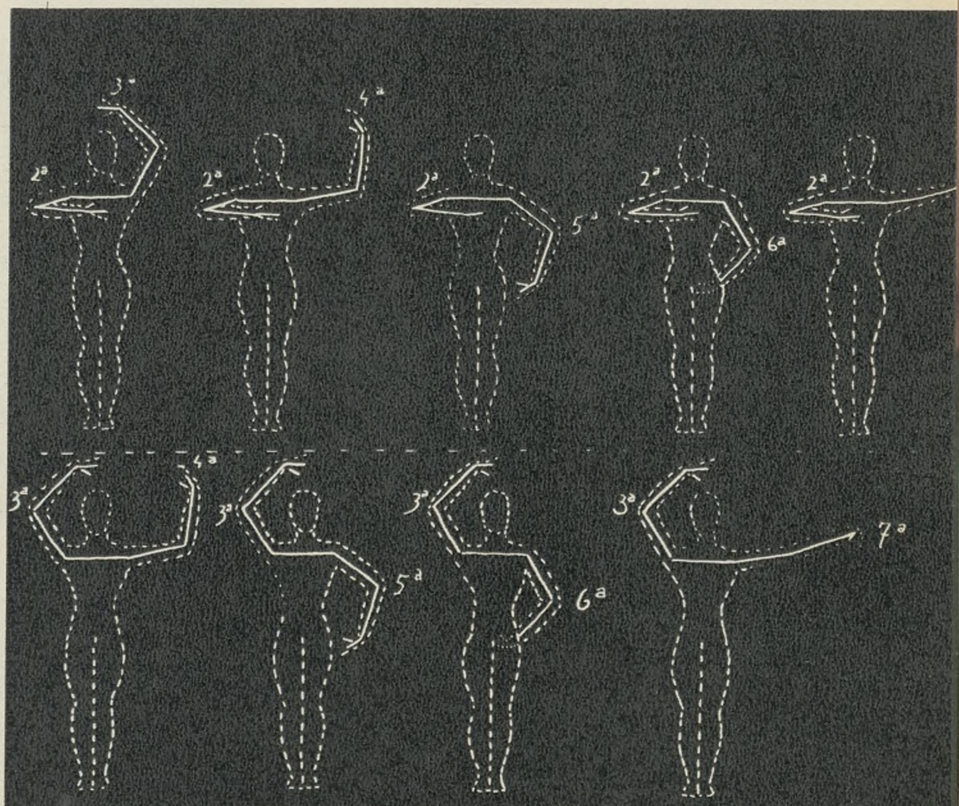






Las siete posiciones del baile flamenco





Lelé de Triana. Así se llama este bailarín y coreógrafo español, de treinta y un años, de madre bailarina y española, que en sus clases en el estudio, junto a Pigalle, en París, hace que sus alumnos se formen rápidamente. Entre los que asisten, cuenta desde Brigitte Bardot hasta Peter Van Dyck. El maestro de baile de la Opera de París, George Skibine, es un entusiasta de este sistema, y hace que todos los bailarines del Gran Teatro Nacional practiquen el baile español.

Personalmente, he visto sus clases (ustedes lo verán en gráficos y fotografías), y, francamente, me sorprendió ver esta novedad, cómo este joven profesor se preocupa de que el baile español llegue al alcance de todos, de una forma rápida y económica.

No se trata de inventar nada; solamente de ordenar y simplificar la enseñanza de la mayoría de los bailes *cañís*. En términos generales, a los profesionales del baile se les oye decir que van a la academia X a que les monte un baile su profesor. Esta preparación suele durar de cuatro a sesenta días; depende de la capacidad de adaptación del alumno o del número de ejecutantes del mismo. Si tomamos como fórmula el *ballet* clásico, con sus cinco posiciones, vemos que un bailarín—o bailarina—puede desarrollar más de cien obras de repertorio, sin poner mucho esfuerzo al pasar de uno al otro, por la similitud de pasos.

La improvisación dentro del baile solamente existe en casos aislados, y, partiendo de una base cierta, de ser el que lo hace muy temperamental y sensible al ritmo musical. Sé de casos—abundan—que a los cinco o siete años ya mueven pies y manos al menor sonido musical, dicen que nacieron bailando; después, bien por razón familiar o de vecindad, se inician en los primeros pasos preparados.

El temperamento y genialidad del bailarín hace que su interpretación difiera a veces de las demás, o sea, de las ya conocidas. Si el público capta o se deja llevar de ello, es señal de que el ejecutante es bueno. En su primera fase, los bailarines llamados puros se mantienen sin una base establecida de movimientos; después corren el peligro de adulterarse, tomando para sí gestos y movimientos adaptados por otros bailarines; al llevar consigo este plagio, su éxito disminuye, ya que una cosa es guardar la forma física y el aprendizaje de nuevos bailes, y otra, la de dejarse llevar del falso efectivismo.

Tanto en uno como en otro baile, la preparación y condiciones físicas, el sentido musical y sensibilidad, harán que su desarrollo sea o no del agrado del público. Si en cualquier faceta del arte se guardasen las obras maestras y se ocultase su enseñanza, nadie llegaría a ser bailarín, pintor, músico, etc. Además, la fría enseñanza académica y de estudio no son nada más que un complemento; el genio se logra a través del individuo, que aporta, en mayor o menor escala, su personalidad y su ritmo.

Por la academia-estudio de este profesor dicen que han desfilado Rafael de Córdoba, José Greco, Luisillo, Antonio y Carmen Amaya. De él han sacado el «desplante» sobre los pies (se trata de un especialista en bailarines). El gesto y rapidez de movimientos es cosa de adaptación y de variantes diversas, según el baile que se quiera interpretar; por ejemplo, en el movimiento de manos, unos lo hacen de fuera para adentro y los otros al revés. En el de brazos, en el baile clásico, va de arriba para abajo, y en el español, de abajo arriba.

No sabemos qué éxito le acompañará al sistema ordenado y patentado por *Lelé de Triana*. Precisamente, en el clásico se está llevando a la práctica en mayor intensidad el llamado sistema de «barra a tierra», de Boris Kniassef. (Muchos no le quieren reconocer el mérito de haberlo lanzado públicamente.) Mas si se reconocen las ventajas de estos dos sistemas y se prodiga su divulgación, el aprender a danzar no será tan difícil ni costoso.

(Texto y fotos de José M.ª Lara.)



Sofía Loren, aprendiendo a tocar las castañuelas.

«Lelé de Triana» enseña la colocación de los brazos.





BALLET DOLORES VARGAS
Y JOSETTE AMIEL
FOTOCOLOR: LARA

Fiesta del traje



Traje de charra (Salamanca).



Traje de Lagartera (Toledo).



Baleares. Traje de fiesta.

Bocairente (Valencia).



Traje del Roncal (Navarra



AQUI podría traerse a colación aquello de que «no es la camisa la que adorna al pecho, sino el pecho el que adorna a la camisa», bien que los vestidos y las mozas estén a propósito en estas imágenes. Tal para cual, la riqueza de los trajes y la belleza de nuestras mujeres, llenos de color unos y otras, hasta el punto de que la sustantiva causa de la exhibición no se sabe si es el nutrido vestuario de fiesta de las zagalas o el ornato de esta galería de ataviadas personillas femeninas, bellas, gentiles e hispanísimas.

A LA SOMBRA DE LAS MUCHACHAS EN FLOR



CON obras que son amores, con amor hecho obra de cada día, en una admirable síntesis de gracia y rigor, las mujeres de España irrumpieron alegre, responsablemente, en la vida nacional, instalando en ella no sólo la gala gentil de su presencia, sino la dedicación inteligente, la entrega silenciosa a una tarea, ese heroísmo llamado constancia.

De veinte años para acá, entre las muchas y favorables mudanzas que registra la vida española, al lado de los capítulos importantes que pueda suponer la industria, la enseñanza y tantos otros fecundos etcéteras, resulta especialmente significativo el cambio operado en la mujer, por la mujer, con la mujer.

Pasaron los tiempos en que la mujer era tan sólo recipendiaria de piropos, objetivo de galanteadores, mientras se le negaba participación activa en una serie de actividades y quehaceres, mientras seguía recluída tras la reja tópica y simbólica de la convencional postal andaluza. Esta estampa es hoy falsa, y sólo el incauto turista puede seguirla aceptando.

Los viejos castillos, que sangraban de olvido y desamor por la herida del tiempo; los sabores raíces de las danzas y canciones, perdidos en el recuerdo, fueron rescatados con delicadeza y gusto, con impulso y fervor. Hoy esos trajes antiguos, aromados de leyenda y fábula y verso v canción, están reincorporados a la vida del pueblo; las desmoronadas almenas se llenan de sonoridades, con la tarea de la escuela y el aula, y otras siembras hicieron el milagro de llevar el pan de la cultura, de la predicación sanitaria y profesional, a los rincones más humildes y perdidos, con las cátedras ambulantes.

La Sección Femenina ha sido la gentil impulsadora de estos esfuerzos que hoy florecen en la escuela, en el hogar, en la cocina, en el primor bordado, en el arte, en la economía.

Veinticinco años permiten hoy registrar la obra. Tarea de numerosas muchachas en flor, a cuya sombra se alzaron, pujantes, bellas realidades. Obra cumplida con continuación. Hablando de esa santa continuidad, el maestro Eugenio d'Ors decía qué poco puede el esfuerzo de una sola generación. Y añadía: «Nunca ha bastado ni para construir una nación, ni para construir una cultura, ni para construir una simple taza de porcelana, si ha de ser una taza de porcelana sin tacha ni reparo.» Sin tacha ni reparo, ellas, las mujeres españolas, han levantado una obra bien hecha. Esa que continúa por generaciones, que, cara al mañana, todavía se ofrece como enriquecida de posibilidades.

LAS PROFESIONES «INVENTADAS»

Si tuviéramos que decir dónde ha estado el acierto, la gracia, el prodigio de lo logrado por las mujeres españolas, nos atreveríamos a señalar que en la «invención» de nuevas profesiones.

La Sección Femenina ha sido así como una especie de universidad humana abierta a las exigencias de la vida, como un aula numerosa y ágil, alegre y fundadora. Fundadora fué Santa Teresa, su Patrona, y fundación ha sido la suya.

En la Ciudad Universitaria de Madrid se abre la Escuela Nacional de Especialidades. Allí las mujeres pueden realizar los cursos que las capacitarán para ser profesoras de enseñanzas del hogar, de música, de ayudantes técnicos, de asistentas sociales, de educación física, incluso de ayas. Y en Aranjuez, en pleno ambiente agrícola, funciona la Escuela Nacional de Orientación Rural, reconocida por el Ministerio de Agricultura, donde se preparan para una importante labor de renovación en los medios rurales españoles.

Por citar otro ejemplo, en una abreviada referencia de ellos (valga el último en el tiempo): la Escuela Nacional del Servicio Social, instalada en el que fué bellísimo palacio renacentista de Avellaneda, restaurado con fidelidad, rescatado del silencio para convertirse en centro formativo.

Cada provincia, cada aldea, cada rincón de España, han conocido el acontecimiento que significa la llegada de la cátedra ambulante. La alegría y sentido del trabajo, el goce de la convivencia, los remedios técnicos para las cosechas, los cultivos, la tierra o el taller, la experimentación de las granjas, el embellecimiento de las casas y calles del pueblo, la letra de las canciones, el gusto por el teatro, la poesía y la noticia de la cultura, constituye hoy el mundo de la cultura, han sido pregonados uno y otro día, con ilusión, con serenidad, con amor.

Y al lado del rescate de toda una serie de nobles tradiciones, reincorporadas al uso y a la vida, una batalla social que le abre hoy a la mujer dignidad y seguridad en su trabajo, que le asegura la







protección en el riesgo, que le permite el acceso a una serie de dedicaciones que antes le estaban vedadas por una perezosa legislación.

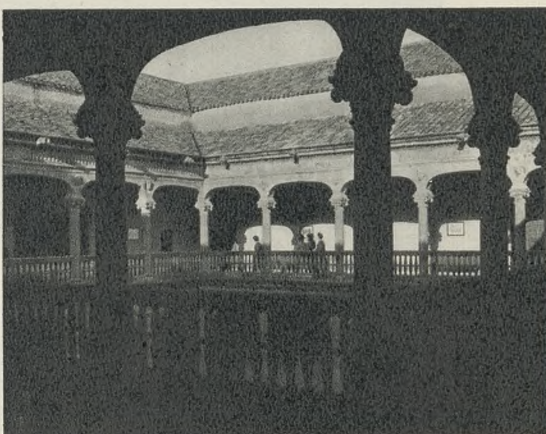
Por estas páginas asoman estas muchachas en algunas de sus actividades. Cuatrocientas mil mujeres han batallado en veinticinco años por esta hermosa tarea. Con imaginación, con sensibilidad, con infatigable perseverancia, ellas han luchado hasta conseguir un cambio total en la mentalidad de la mujer española.

Esa es la siembra prometedora para el mañana. Porque quizá ningún otro elemento más conservador y receloso ante los cambios en España que la mujer, apegada a seguir haciendo una vida pasiva, apartada de las exigencias de nuestro tiempo, orillada por la responsabilidad. Hoy esas mujeres están en primer plano, han saltado a la escena de la vida española con decisión y gracia, sin renuncia de ninguno de sus valores femeninos, sino, al contrario, poniéndolos como añadido de gracia a cualquier trabajo y labor.

Algo ha cambiado en el paisaje. Ellas han sido movilizadas, y con su entrada activa en el vivir muchos fueron los beneficios. Desde la cultura al primor, desde la Universidad a la fiesta del pueblo, desde la artesanía a la moda.

Castillos que ayer no más eran en la geografía española piedras solares, que anotaban batallas o historias, son hoy testigos alegres, remozados, pacíficos, de esa otra batalla de nuestro tiempo, de esa historia última y reciente que escribe, con letra clara, sencilla, casi humilde y recatada, pero rica en contenido, la Sección Femenina de España, la misma que paseó por América y el mundo las danzas y canciones como una muestra más de su obra bien hecha.

Fotografías: MASATS

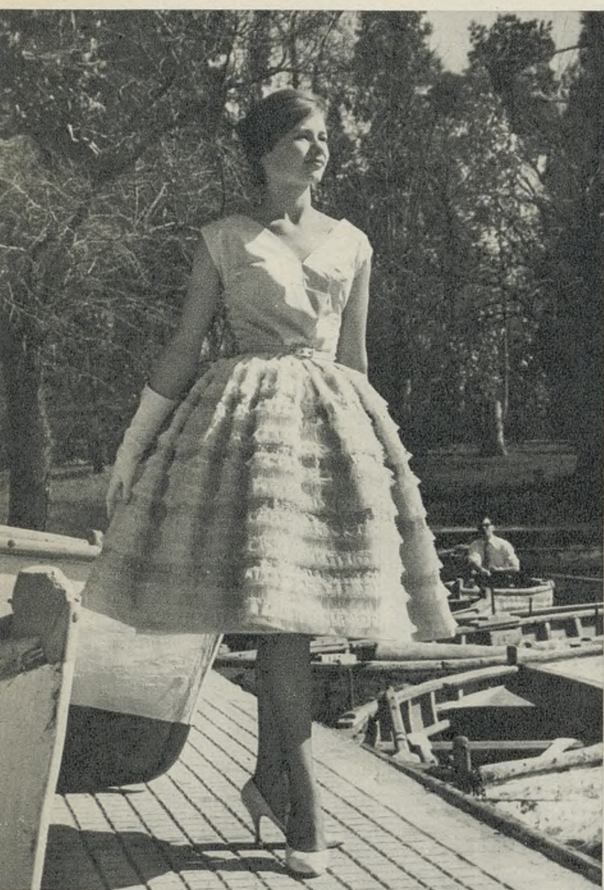


La mujer española ha irrumpido, seriamente pero con alegría, en una serie de actividades y profesiones, para las que han sido creados centros e institutos profesionales. La vida de nuestro tiempo exige cada vez mayor capacitación en todas las tareas, y la mujer ha alcanzado, en una serie de vitales actividades, antes consideradas poco menos que como afición, preparación científica, documentación total, medios nuevos. Imaginación, gracia, saber, le han echado las muchachas a estos alegres quehaceres, con los que han conseguido cambiar desde el panorama doméstico al rural, pasando por mil y una variantes especialmente acomodadas a su condición femenina.





HERRERA Y OLLERO



PEDRO RODRIGUEZ



PEDRO RODRIGUEZ



VARGAS OCHAGAVIA

modas

Carta desde Madrid

Por HELIA ESCUDER



UERIDA hermana de América: Recibí tu carta, y comprendo perfectamente tu nostalgia y tus deseos de noticias.

En los años que hace que no estás aquí, esto ha cambiado mucho, y veo justificado tu temor de que los recuerdos y las perspectivas se te desdibujen y confundan cuando hablas de nuestras cosas a esas hermanas nuestras que nunca estuvieron en nuestra Patria.

Madrid—ya que a él te refieres sobre todo—, y dentro de él a la moda y las cosas relacionadas con la mujer, ha variado radicalmente. La ciudad, en sí, ya no tiene nada que ver con aquella capital un poquito provinciana de nuestra infancia. Hoy resiste perfectamente el choque cuando se vuelve del extranjero, y en algunos aspectos con ventaja. Ha crecido muchísimo; está alegre y limpio, con su sol doradito, y hay barrios como ese en que precisamente están enclavadas la mayor parte de las casas de modas, de un encanto maravilloso. Nuestra castiza puerta de Alcalá lo centra, y a su alrededor, en una zona muy amplia, los comercios de lujo, vivos y exquisitamente puestos, se multiplican, ofreciéndonos

una zona de exposición que nada tiene que envidiar a la mejor de cualquier capital europea.

La calle de Serrano (¿ te acuerdes cuando, en Carnaval, bajábamos por ella, siguiendo la riada de máscaras, camino de la Castellana?) no tiene ese tono severo de entonces, cuando parecía una calle especial para vivir familias de generales retirados; hoy se ha vuelto un poquitín casquivana y pizpireta, pero eso la favorece.

Ya sabemos todas que la panacea para nuestros ratos negros está en los escaparates y en los grandes almacenes; pues bien, la calle de Serrano se ha convertido en la vitamina máxima, capaz de devolvernos en seguida el buen humor.

Es nuestro Faubour St-Honoré. Las lunas de los escaparates brillan con el sol, y nuestras tentaciones se iluminan dentro. Al final, la muchachada «bien» del barrio rebulle entre las mesas de las cervecerías.

Me preguntas también por las casas de modas que tu conocías. Subsisten algunas, con Balenciaga a la cabeza; luego ha surgido una verdadera legión de modistos nuevos y de pequeñas y grandes *boutiques*.

Un aspecto que seguramente te encantaría a ti es el de las tiendas de ropas de niños.

Casi todas las señoras consideran hoy un deber «hacer algo» que no sea estrictamente sus ocupaciones caseras o las sesiones de canasta; y las esposas de los grandes médicos, o las hijas del escritor o el arquitecto, han puesto de moda tener una tienda de juguetes y vestiditos de niños. Y, desde luego, lo están haciendo bien; porque

VARGAS OCHAGAVIA



PEDRO RODRIGUEZ



HERRERA Y OLLERO



PEDRO RODRIGUEZ





VARGAS OCHAGAVIA



MARBEL



GATELL



ASUNCION BASTIDA



ASUNCION BASTIDA



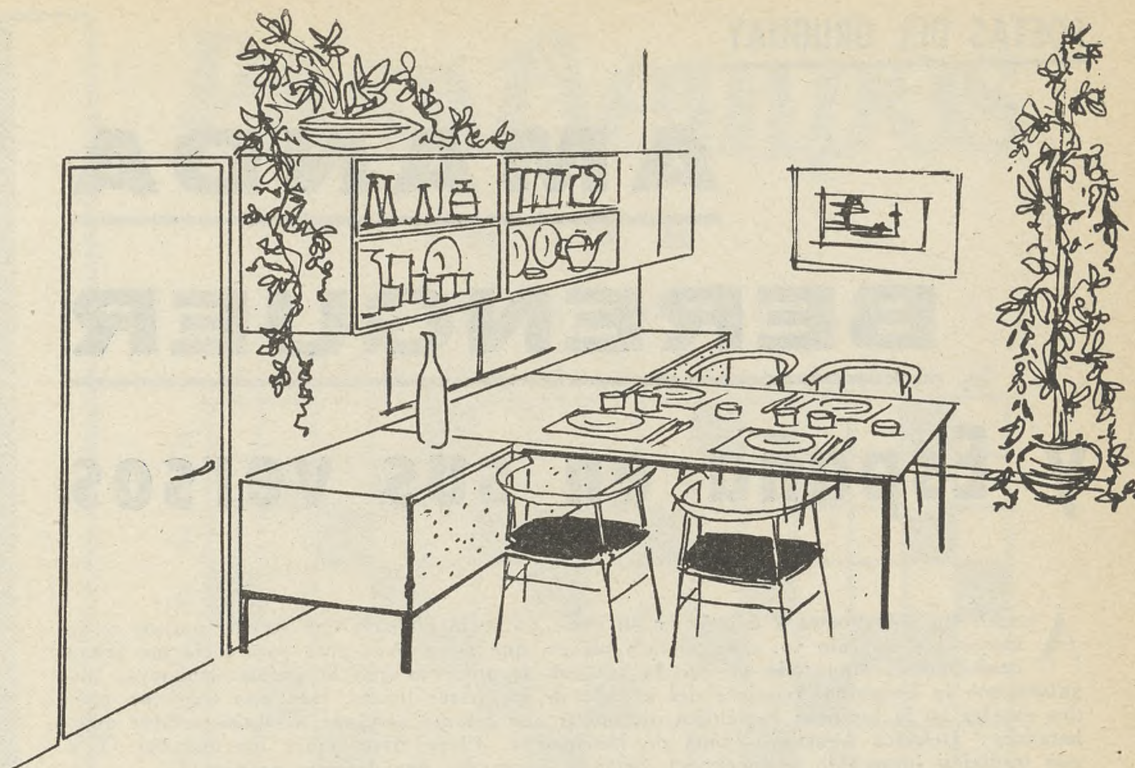
MARBEL

Fotos: BASABE

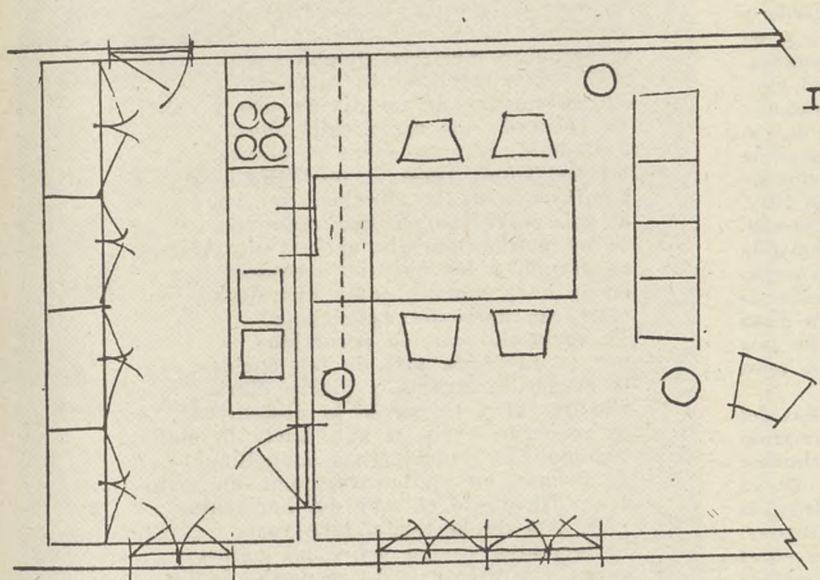
te aseguro que en este aspecto no hay nada parecido en el mundo entero.

Ya sé que aún quieres saber muchas cosas más de este Madrid, con el que sueñas y haces soñar a tus amigas. Pero la ciudad se ha vuelto muy grande y sus facetas son tantas que escapan al espacio de que dispongo. Procuraré complacerte otro día. Hoy te pongo en estas páginas unos cuantos modelos de las colecciones que pasan en estos momentos nuestros mejores modistos, y te prometo, como tú querías, los vestidos de novia en nuestro número del mes de mayo. Búscalos en él; y, mientras, di a tus hermanas americanas que Madrid es una ciudad linda y sonriente, y que viajar por verla bien merece la pena.

Consultorio de Decoración



Texto: HELIA ESCUDER



Señora de Méndez. Estado Falcón (Venezuela).

En el espacio tan sumamente pequeño que usted nos indica para el lugar destinado a comedor de cuatro personas, tiene que haber una solución que permita unir el armarito aparador donde se pongan cacharros destinados al servicio de éste con la propia mesa, sin que por esto quede una solución fea a la vista. Por el contrario, esta situación permite abrir una ventanita de corredera que comunique directamente con la cocina, que, además de darle un tono muy simpático, evita idas y venidas y resuelve de una manera cómoda el servicio de la mesa. El cuerpo bajo del armarito actuará de trinchero durante las comidas y todo el resto de vajilla se guardará en los departamentos inferiores del mismo, quedando resuelto absolutamente todo en este espacio minúsculo y permitiendo aún que coloque el sofá como usted necesita y va aclarado en el dibujo de la planta.

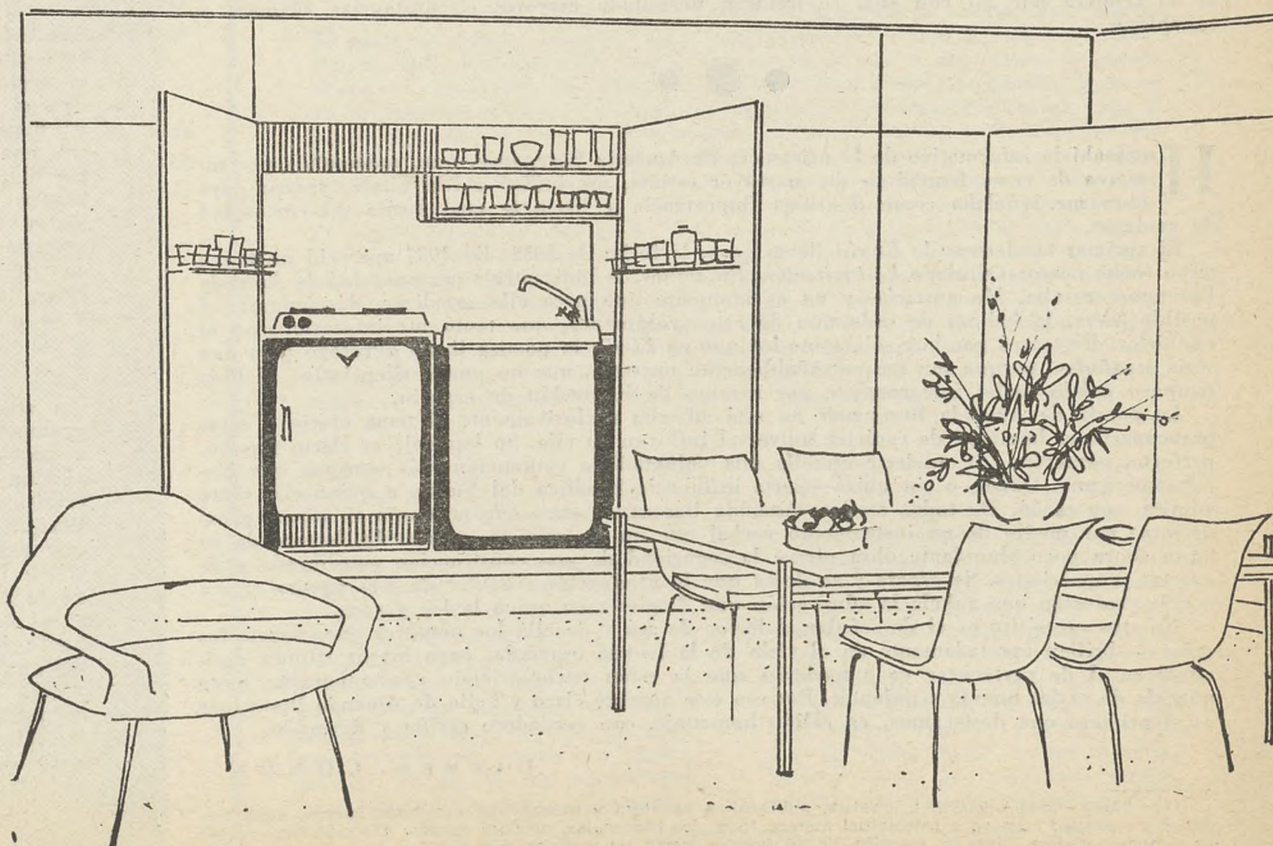
Dibujos: JOSE M.ª TOLEDO

Señora de Franque. Geronat.

Lo mismo que en la anterior consulta, también hay problema de aprovechamiento de espacio. Como aún carece de cocina la pequeña edificación que usted me indica, vamos a convertir esto en un factor que nos ayude a una buena solución.

La planta rectangular del cuarto nos permitirá hacer un doble fondo, en el que situaremos un servicio de cocina eléctrica (suponemos que, a pesar de ser un pueblecito de alta montaña, será posible utilizar para guisar el flúido eléctrico) y un modernísimo fregadero. Pequeños estantes tendrán al alcance de la mano los cacharros más necesarios, y dos espacios a los lados de fregadero y fogón nos servirán como auxilio mientras guisamos. Un sistema de absorción de humos situado en la parte alta conservará limpio el aire en el comedor, atrayendo vapor y olores en el mismo momento en que se formen; el interior puede ir forrado en cerámica o también en plástico inatacable, y su iluminación será propia, encendiéndose al abrir las puertas de esta cocina fantasma.

En el momento que el servicio queda terminado y las puertas cerradas, la habitación se convierte en un agradable cuartito. Todo el testero del fondo que no está ocupado por el servicio de cocina está destinado a armarios, que actuarán de despensa en un lado y de aparador para vajilla y mantelerías en el otro. Con un suelo de sintasol o una materia parecida, creo que esto quedaría muy de acuerdo con las necesidades que usted me indica.



AMANDA BERENGUER y España en sus versos

AUNQUE no mencionara a España en su obra, yo se la alabaría con fervor, porque se lo merece; y no sólo yo, compañera y amiga, que no crítica—pues para serlo me faltan cualidades—, sino todo el que la lea con la atención que la poesía uruguaya, singularmente la femenina, requiere del amante de las letras líricas. Hay una tradición poética excelsa en la hermosa República uruguaya, que ostenta nombres de universalidad arrebatadora: Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, Clara Silva, entre las mayores. Y a esta tradición impecable se incorpora Amanda Berenguer por derecho propio (1).

• ● •

AMANDA Berenguer, nacida en Montevideo, cuenta aproximadamente unos treinta y seis años de edad. Desde siempre sintió una insustituíble vocación poética, que lleva unida a su destino como su más segura raíz de justificación y goce y llanto. Las demás cosas (es ella misma quien informa), el mundo entero, se le ordenan y desordenan de acuerdo a esa ya antigua y paralela maravilla. Equivocadamente hizo bachilleratos de Medicina y de Derecho, buscando no sabía qué cosas. Después de muchos borradores y páginas escondidas, publicó por entonces un primer libro, que, apenas impreso, decidió no distribuir y al que, sin embargo, todavía ama. Se casó en 1944 con José Pedro Díaz, compañero en ese entonces de clase y actualmente compañero en sus más profundos intereses. Casi en seguida de casarse adquirieron un viejo material tipográfico y una prensa y comenzaron las ediciones de *La Galatea*. Taller que tuvieron y tienen instalado en su garaje. Allí imprimieron textos de algunos amigos y un poema de ella escrito en ocasión de la muerte de Paul Valéry. En 1949, uno de los poemas que formaban parte de una obra inédita, el titulado *Leda*, mereció premio en un discutidísimo concurso de poesía organizado por Amigos del Arte. En 1949, Amanda Berenguer comenzaba su libro *El río*, y su esposo ganaba una beca de estudios en Europa. Por entonces también conocieron al escritor español José Bergamín, que fué para ellos la más directa y fundamental experiencia de lo humano y espiritual unidos. Nuestro Juan Ramón Jiménez, que pasó fugazmente por Montevideo por aquel tiempo, visitó la casa de Amanda y de José Pedro y les leyó, «con una voz y una presencia inolvidables», unos recientes poemas suyos.

Los años 1950 y 1951 los pasó este matrimonio (que tanto recuerda los primeros años del que compusieron Manolito Altolaguirre y Concha Méndez Cuesta) en Europa. El marido estudiaba en París, y pudieron visitar también Bélgica, Holanda, Francia y especialmente España e Italia. En *El río* se reconocen las huellas de los tres meses que vivieron en «nuestra querida y trágica España». *El río*, comenzado en Montevideo, tuvo una edición restringida en 1952 y obtuvo el premio de poesía del ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

Paralelamente a *El río* nació un libro de canciones de tono llano y breve; pero es en el tono de *El río* como quiere la poetisa expresar su enorme y valioso caudal lírico. La autora dice de sí misma: «A cambio de mayores acontecimientos de heroísmo, no tengo más que la sensibilidad; esta sensibilidad que acrecienta el mundo, que me hace sufrir y que, sin embargo, respeto como un hecho trágico y cotidiano. Es mi defensa, mi recurso, el signo independiente, mi necesaria fuente de sufrimiento; por ella puede que me salve. Si no la tuviera, si no temiera por mí con ella, se hubiran necesitado mayores circunstancias adversas y terribles.»

• ● •

HASTA ahí lo informativo de la existencia de Amanda Berenguer, que, preguntada por mí acerca de voces femeninas de su mayor estima, me indicó a Ida Vitale, poetisa cuya obra me señalaba como de suma importancia y hacia la cual vertía mi curiosidad de «colega».

El «primer cuaderno» de *El río* lleva, pues, la fecha de 1952. En 1957 apareció un breve tomo (ocho poemas) titulado *La invitación*. En ambos, la indiscutible personalidad de Amanda Berenguer resalta. Me gustaría—y no es momento este para ello—analizar, desmenuzar, si posible fuere, la belleza de cada uno de estos volúmenes, que tanto me impresionaron al recibirlos. Destacaré por hoy solamente los que en *El río* la poetisa llama «Prólogo para una serie española», porque son tan entrañablemente nuestros, que no puedo silenciarlos, si bien tampoco puedo darlos íntegramente por razones de limitación de espacio.

La poesía de Amanda Berenguer no está adscrita exclusivamente al tema erótico; otras preocupaciones humanas de carácter universal influyen en ella. Su lenguaje es claro, preciso, perfecto, contenido. Se advierte en ella una voluntad de contención más europea que hispanoamericana. Quizá—o sin quizá—cierta influencia benéfica del Valéry a quien ella tanto admira, con razón. De todos modos, Amanda Berenguer supo encontrarse a sí misma y expresarse por medio de un instrumento verbal que no la traiciona nunca. La lectura de su hasta ahora poco abundante obra ofrece la seguridad de una construcción equilibrada y de exactas proporciones. Se espera y se desea que la producción singular de esta poetisa crezca con la profusión que anhela la admiración que despierta en quien la lee y goza.

Nuestro propósito es el de señalar al lector de acá y de allá los nombres que—aparte los señeros—brillan apretadamente en el cielo de la lengua española, cuyo mayor triunfo espiritual es el de pertenecer ya a naciones que la están enriqueciendo constantemente hasta nutrirla de savias nuevas y pujantes. Por eso este nombre claro y bello de Amanda Berenguer es el primero que destacamos, en cálido homenaje, con verdadero cariño y devoción.

CARMEN CONDE

(1) DORA ISELLA RUSSELL, poetisa, polifacética escritora y excepcional escritora siempre, cuya amplitud y vastedad humana e intelectual merece todos los homenajes, ocupará nuestra atención más devota en ocasión próxima. Sirva la mención de su nombre como un anticipo especial.

Antología

Un viento amargo, irremediable y tenso;
un perseguido, náufrago de España;
un cuervo, un llanto, un índice de niño,
un maleficio, un grito, un alma, un sueño,
una culpa, una muerte, una llamada,
un desierto, un terror; oh Dios, un arma:
un cuchillo, una piedra; oh Dios, un arma;
un arma, una creciente, una venganza,
que estaba el campo áspero y sangriento
como un ancho y cercano y sollozante
paraíso de amor. Rondaban ángeles
de sangre, bajo los remordimientos,
bajo un invierno deshojado y frío,
y asido al aire, el cuerpo y los recuerdos,
los viejos perros, las pacientes parcas,
la media luna ardiente de las sombras
—un bosque, amor, un bosque en fieras llamas,
atizado de seca desventura—.
¡Oh furias familiares! ¡Flacas y hondas
avispas de la casa! ¡Compañeras!
Es la hora, la aguja; socorrednos,
ayudadnos a abrirnos la esperanza,
a quebrarnos la sed contra la roca,
a limpiarnos el cieno de la carne,
que estamos solos, áridos y firmes,
contándonos los golpes de la sangre.

... ...

Te recuerdo, Castilla, y se me vienen
al alma, como ángeles de orgullo,
unos mágicos gritos de hombre adentro
que arara en la esperanza sin descanso.
Verdadera de tierra. Solitaria.
Descarnada hasta el hueso mineral.
Tus ciudades aprietan la intemperie
como un niño los pájaros del hambre.
A lo lejos, un pétreo campamento
sin sombras en la palma de la tierra,
te recuerdo, Segovia, descansando
la dorada victoria de tu Alcázar
en las tiendas de un día de oro y cal.
Te recuerdo los aires calcinados,
Valladolid, hirsuta sobre el blanco.
Tu sed total, León, a mediodía,
hambrienta de las lluvias, con los huesos
al sol, entre los pájaros malignos.
Te recuerdo, muralla encinta de Avila,
abortando a los cuervos seculares
en la hora mortal, como una densa
mariposa nocturna agonizante.
Te recuerdo, camino socorrido
por la aterrada piel de las encinas;
te recuerdo, lagarto y piedra clara,
filo de cal y hueso en la distancia;
te recuerdo hacia el sur, hacia la mano
tendida de Madrid, rosa amarilla,
de pronto, en la llanura, como un grito
creciente desde el mar del horizonte.
¡Ay, isla de la tarde, leve roca,
la terrestre ciudad sobre las aguas
secas y ardientes! Te recuerdo, lento
espejismo de tierra, fiebre atenta,
parásito del aire, ¡imaginaria!

... ...

CORDOBA

Sobre los anchos bordes de las llagas
sedientas del camino renacía
el aceite que calma la blancura.
Era el Sur, y el jazmín a mediodía.
El blanco vertical como la lluvia,
¡oh cuerpo descremado de la luz!
De día, lienzos blancos, y a lo oscuro,
blanco el sueño y nocturno el corazón.
Entre rumores, calles y desgracias,
emprendía el azahar su maleficio,
su ilícito remedio de lujuria.
Eran las fuentes como la serpiente,
y la noche el revés de la blancura.

(De «El río».)

* * *

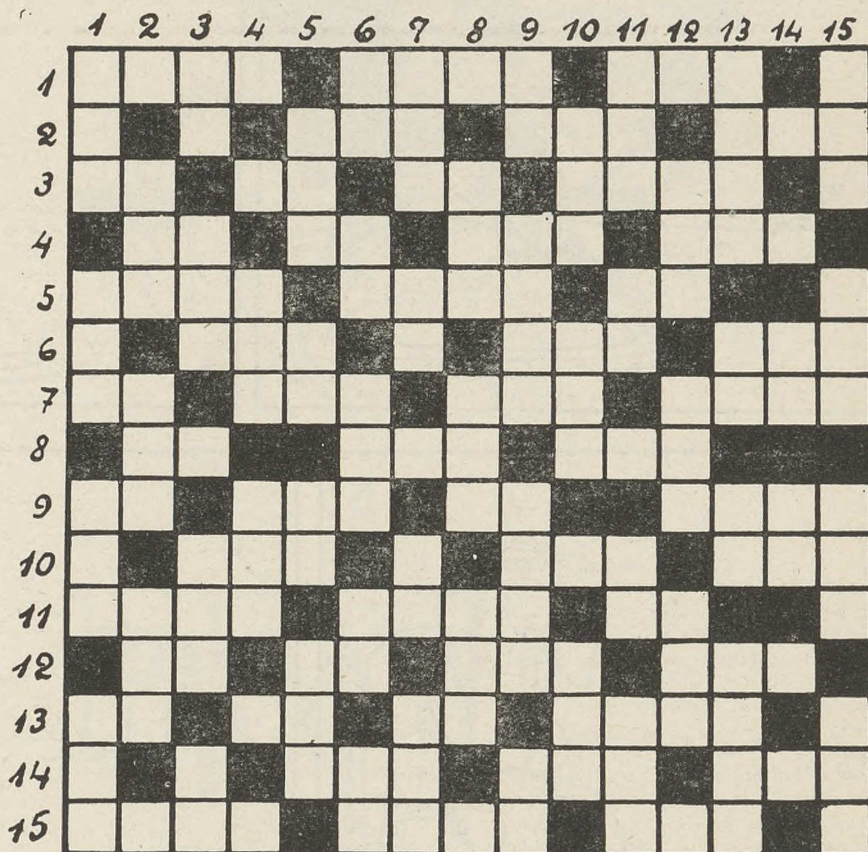
Un adónde de sombra, un pozo vivo
graznando como un pájaro violento,
a veces me aparece a la hora incierta,
al alba fría, espantadora de otras
criaturas, y me empuja de nuevo.
Porque yo estoy de más entre los seres
que usan la alborada, estoy de sobra,
triste junto a la mesa recién puesta
de la resurrección. ¡Ah!, no podría
a mi antojo domesticar la angustia,
hasta hacerle sangrar la alternativa
de una estrella brillando sobre el día.
Acaso voy entre soñada o muerta,
arrastrando una historia donde tiembla
la cabeza muriente de la luna,
pero llevo el anillo, esa corona
del otro reino, para no olvidarme.

(De «La invitación».)

Pasatiempos

Por J. R. M.

Crucigrama silábico n.° 1



HORIZONTALES.—1: Emperador romano. Educada científicamente. Calmoso. Símbolo químico.—2: Nota. Sílaba. Da. Planta perenne, labiada, muy olorosa. Figuradamente, cauto, astuto.—3: Mamífero carnicero, parecido al gato cerval. Hijo de Jacob.—Sujeta. Que carece de gusto. Niega.—4: Mamífero parecido al perro. Docena. Figuradamente, lisielo. Monstruo que sale en algunas procesiones.—5: Emperatriz romana. Fig., los diez mandamientos. Simio. Sílaba.—6: Habla. Estilo arquitectónico. Consonante. De ciudad. Cuerpo celeste.—7: Río de Lugo. Apellido de un presidente cubano (1817-74). Descendiera. Almendra azucarada en un bombo.—8: Fig., morro. Solicitada. Nombre femenino. 9: «De la tierra, el carnero, y del mar, el...». Célebre vals que dió nombre a una película americana. Pepe. Señorita.—10: Conozco. Fam., sabihondo. Letra griega. Pez marino del orden de los acantopterigios. Composición musical.—11: De la provincia de Barcelona. La ciudad de los Condes. Alacena pequeña. Sílaba.—12: Chato. Escasa. Espacio de tiempo que tarda en volver a repertirse un período. Encargos para otros.—13: Entes. Herví. Preposición. Lugar poblado de ciertos insectos dípteros. Rep., familiar.—14: Nota. Sílaba. Náutico. Fría. De dos elementos, fem.—15: Pasta de sopa, en forma de cinta. Envolveremos la cintura con cierta prenda. Semilla de los nabos. Negación.

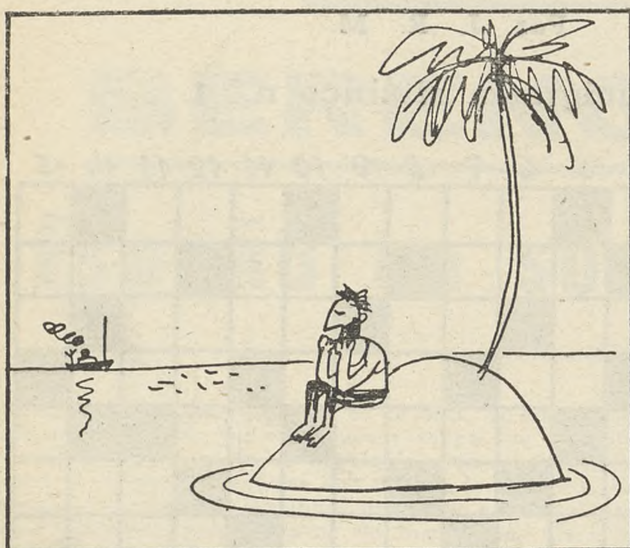
VERTICALES.—1: Célebre caricato español, contemporáneo. Ciudad donde reposan los restos de Mahoma. Superficie plana. Descendiente de un hijo de Noé.—2: Símbolo químico. Que tiene celos, fem. Que se traslada de un sitio a otro. Clases de ganado. Sílaba.—3: Instrumento de trabajo del escultor. Cuerpo celeste. Interjección. Parte del río de aguas estancadas. Fam., nombre femenino.—4: Artículo. Pronominal. Para el sentido del olfato, pl. Vive. Símbolo químico. Sílaba.—5: Palabra en el juego del mus. Cerque. Fam. quito la punta, masc. Cocimiento.—6: Pase. Deja una cosa. Fig., remata, acelera la muerte para evitar el sufrimiento. Embarcación sencilla. Sorteo.—7: Fam., cortado a ras. Puede estar. Indica. Toque suavemente una cosa con otra. Fig., dinero.—8: Sílaba. Quítale la vida. Parte de la campana. De la provincia de Jaén. Nota.—9: Nota. Alegra, contenta. Centro de estudios eclesiásticos. Tenemos.—10: Compáralo con la unidad. Movimiento brusco en otra dirección.—Artículo. Señálala una cantidad.—11: De la provincia de Alicante, muy productora en cáñamo. Secreción nasal. Pronombre. Siente. Cuero fino curtido.—12: Sílaba. Fig., inglés. Molesta, latosa. Limpie el casco del buque. Preposición inseparable.—13: Educadores de animales. Rabo. Fábula. Fam., vigilanta de señoritas.—14: Sílaba. Niega. Tomé las dimensiones. Arida. Par. Símbolo del sodio.—15: En Murcia, judía verde. Combate. Fam., molestia. Nombre masculino.

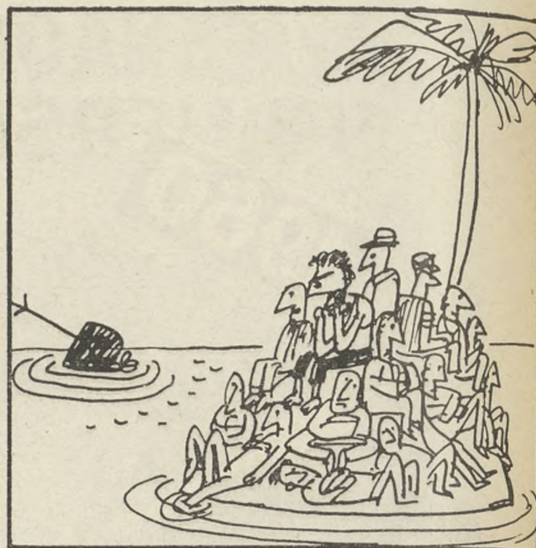
SOLUCION

HORIZONTALES.—1: Calígula. Enseñada. Cálido. Ba.—2: Mi. Bia. Entrega. Tomillo. Marrajo.—3: Lince. Leví. Doma. Desabrido. Ca.—4: Lobo. Doce. Tarelo. Tarasca.—5: Mesalina. Decálogo. Mono. Ba.—6: Di. Dórico. Be. Cívico. Cometa. 7: Navia. Céspedes. Bajara. Peladilla.—8: Jeta. Pedirá. Jesusa.—9: Mero. Ramona. José. Damisela.—10: Sé. Redicho. Ro. Milano. Tocata.—11: Talamanca. Barcelona. Taca. Zo.—12: Naso. Poca. Período. Recados.—13: Seres. Cocí. Para. Tabanera. Ma.—14: Mi. Ma. Marino. Helada. Binaria.—15: Tallarines. Fajaremos. Nabina. No.

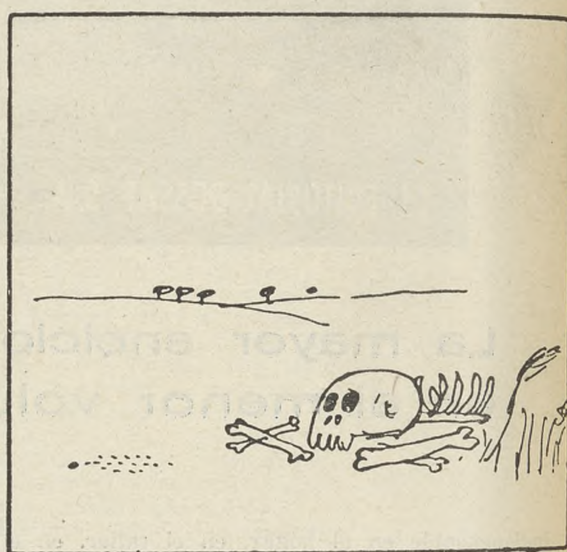
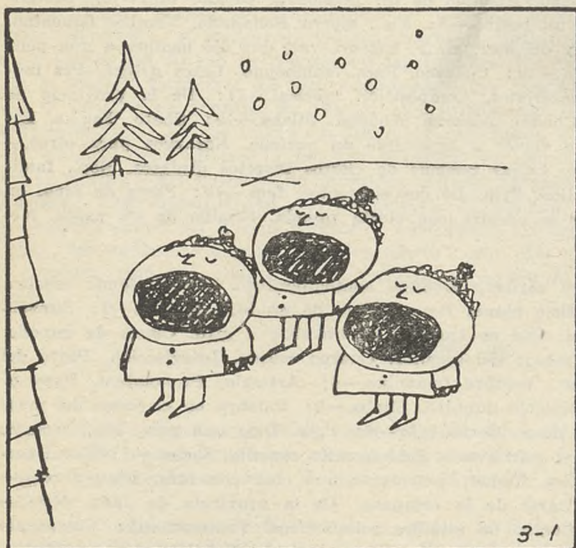
VERTICALES. — 1: Camilín. Medina. Meseta. Semita.—2: Li. Celosa. Viajero. Lanares. Lla.—3: Gubia. Bólido. Ta. Remanso. Mari.—4: La. Le. Narices. Radica. Co. Nes.—5: Envido. Cope. Mocho. Pócima.—6: Entre. Cede. Despena. Barca. Rifa.—7: Segado. Cabe. Di. Roce. Panoja.—8: Ña. Mátalo. Badajo. Lopera. Re.—9: Dato. Regocija. Seminario. Hemos.—10: Mídelo. Viraje. La. Dótala.—11: Callosa. Moco. Su. Nota. Badana.—12: Li. Britano. Pesada. Carene. Bi.—13: Domadoras. Cola. Mito. Carabina.—14: Rra. Ca. Medí. Seca. Dos. Na.—15: Bajoca. Batalla. Latazo. Mariano.

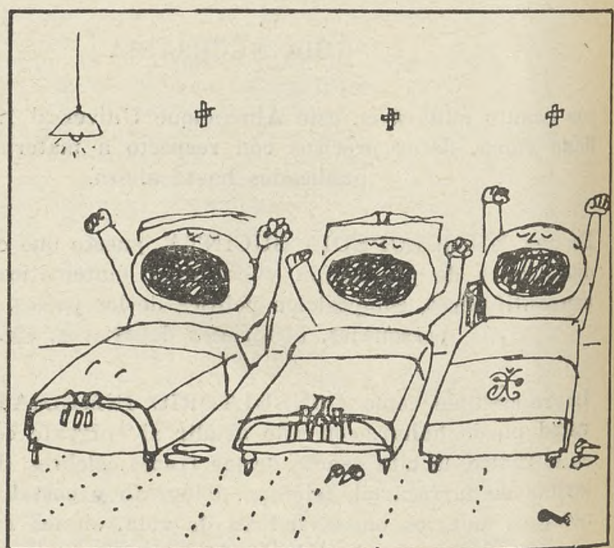
HUMOR por Puig Rosado





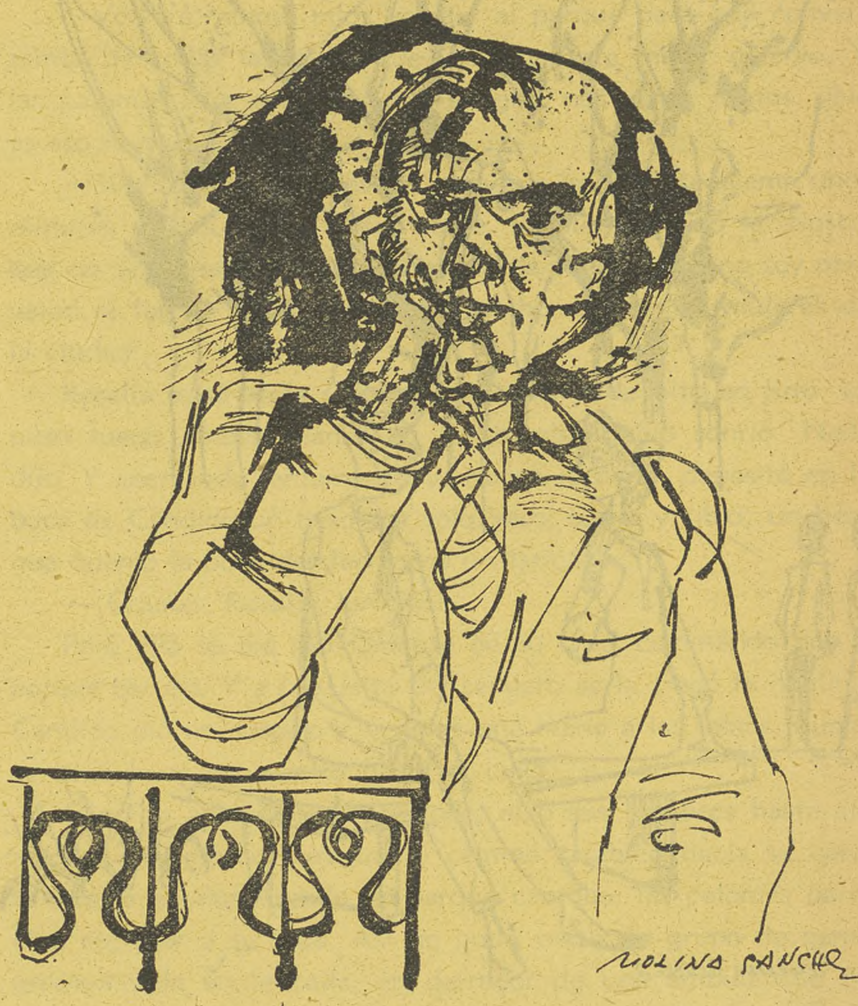




Un cuento de

SANZ LAJARA

EL FEO



EL mayor enemigo de Cándido era el espejo. Nunca quiso, compasivamente, cambiar su nariz de albóndiga, sus cejas tupidas como bigotes, su mentón prognático, sus ojos, tan pequeños que costaba trabajo encontrarlos en la cara repelente. Pero el espejo también había sido, en la vida de Cándido, un enemigo silencioso, con quien se podía conversar de todos los temores y las ansiedades, a quien se podía hacer confidencias, el único que jamás respondió con evasivas o estalló en carcajadas ante su grotesca cara de payaso. Y el espejo, para Cándido, fué el único leal compañero en los años de soledad y de desesperación.

Cándido era viejo ya. Sus memorias, pocas y estrechas, podían guardarse en un solo bolsillo del corazón. Su miedo, su timidez, sus vacilaciones, habían llegado a los cincuenta años como cachorros cansados de jugar a solas. Y su ansia de amar seguía en Cándido como un animal enjaulado, ansioso de salir a la luz del sol.

Porque Cándido no conocía el amor. Tenía leídos muchos libros y registrados muchos suspiros, recordaba noches de insomnio y mañanas vacías, mañanas sin besos y sin palabras de mujer, pero el amor siempre estuvo en la mesa de al lado, siempre pasó por la acera de enfrente, o se sentó en la butaca de atrás, o se entró en la puerta de la casa que no era la suya.

Por eso la vida de Cándido no era una vida digna de contarse, y él no se atrevió jamás a compararla con otras vidas que pasaron a su lado. Era la suya una vida pequeña y apagada, una vida casi dolorosa, casi desesperada. La recibió del vientre de su madre, y cuando ella lo dejó huérfano, Cándido quiso encontrar en su padre aquello que no podía definir, aquello que no se reía de su nariz ni de su cara, aquello que abría los brazos o bajaba hasta su frente y suspiraba, aquello que debía de ser la bondad. Pero su padre huyó de él avergonzado. Como era hombre, consideró a Cándido un engaño o un castigo; nunca como a un hijo. Y Cándido vivió solo, únicamente acompañado por su fealdad.

Cándido era profesor. En las aulas, su talento—un talento construído con el tesón y el tiempo necesarios para derribar al más viejo de los árboles—era respetado y temido. Durante sus clases nadie podía reír del feo, porque el feo sabía más que todos los alumnos hermosos o las alumnas bellas.

Y así navegaba Cándido su existencia, un viejo y renqueante remolcador, carcomido por aguas que de seguro terminarían un día en el olvidado puerto de la muerte.

Hasta que una tarde a Cándido se le ocurrió sentarse en



un banco del parque que circundaba la universidad y dar de comer a las palomas. Oscurecía. Platos de sombras rellenaban el mantel del cielo, y en las casas de la ciudad los hombres se lavaban de sus encuentros con el odio, la ambición o la maledicencia de otros hombres.

La mujer que caminaba por el parque era bella, con la misma belleza que Cándido había idealizado, con la belleza de los cuadros que colgaban en las paredes de su casa. Cándido se estremeció cuando la desconocida tomó asiento, al lado suyo, en el banco rodeado de palomas hambrientas.

Cándido esperó. Sabía que ella, en el reojo de sus ojos zarcos, miraría hacia él y reiría, con la risa que todas las mujeres siempre regalaban al feo. Sabía también que, una vez constatada su fealdad, la ahuyentaría y la vería marchar parque abajo, sin comprender que aquel hombrecillo sólo pedía unas palabras de misericordia o un saludo, un simple saludo que abarcara el tiempo, las palomas, el atardecer; un saludo que, sin entrar en la amistad, tocara siquiera el conocimiento.

Pero no ocurrió así. Ella lo miró y lo remiró. Luego le dió las buenas tardes. Cándido, al contestarle, temblaba como quien se zambulle en el mar por primera vez. Y habló con la mujer. Sus palabras tropezaban, llegaban cojeando, pero salieron de su boca como chiquillos en vacaciones.

—Me gusta el parque, me gustan los árboles, el rumor de las cascadas, el silbato de los guardas, las niñeras que se besan bajo los cedros, el ciclista que pedalea, el jinete y su arte difícil, hoy desusado...

Cándido calló. Aun queriendo continuar, tuvo el valor de cerrar los labios y esperar que ella dijera algo a cambio. Como era su primer diálogo con una mujer en el parque, Cándido se sentía más feo que nunca, como si tal cosa fuese posible.

—¿Usted es poeta?—preguntó ella.

—No—le dijo Cándido—; no he podido hacer versos. Esa clase de belleza nunca pudo tocarme.

Se sentía repentinamente fuerte y desafiador. Si aquella mujer, quizá por equivocación, llegó para romper su círculo de soledad, él podía provocarla, restregándole la amargura en la cara, por si quería irse ya y dejarlo tranquilo, dejarlo con su nariz de albóndiga y sus años cansados.

—Sin embargo—contestó la mujer, derribando un poco la altivez de Cándido—, da usted de comer a las palomas. ¡Y las palomas son tan amigas mías!

—Y mías—admitió Cándido—. Ellas me conocen, ellas no me tienen miedo.

La mujer sonrió con una sonrisa gastada y tranquila. Luego metió la mano en su bolso y sacó migas de pan, que regó por el césped. Cándido se agarraba a su paraguas, hacía girar su sombrero hongo en las manos, miraba al cielo, a uno que otro árbol.

—¿No será que las palomas han querido reunirnos?—preguntó ella—. ¿No querrán presentarnos en esta tarde? ¡Hace tanto frío!

Cándido y la mujer se acercaban. Les parecía que la ciudad se había alejado y que ellos dos solos presidían un mundo silencioso, donde sólo los cerezos y los sauces podían hablar, donde sólo las palomas gobernaban y los hombres todavía eran desconocidos.

—Cuando yo era niña—dijo ella—, mi madre no quería dejarme venir al parque ni dar de comer a las palomas. Por eso, desde que ella murió, las palomas son mis compañeras. ¡Cómo gustaría de llevármelas a casa y darles todo el dinero que mamá me dejó!

—Hágalo usted. Sería hermoso—admitió Cándido.

—No podría. Mi casa es pequeña. Además, las palomas gozan más en libertad. En el parque se sienten mejor.

Cándido se abrió el sobretodo, sacó un cigarrillo, ofreció uno, que ella no aceptó. Al inhalar la primera bocanada, su pecho se expandió sosegadamente. Todavía estaba lejos la ciudad, con sus hombres apresurados y sus mujeres que reían, con su cielo lleno de hollín y sus autos veloces. Le preguntó a ella cómo se llamaba.

—Rosalía—contestó—. ¿Le gusta mi nombre?

Cándido gustó de él y sintió que le gustaba su dueña, con los ojos grandes e inquietos, con el pelo recogido en un moño, detrás de la nuca tersa y llena de lunares; con las manos de uñas largas y con venas azules, transparentes.

La noche vino a ellos repentinamente, y en el parque las farolas perforaron un poco la neblina. Las palomas se habían ido, con sus migas de pan en los picos, rumbo a las ramas de los sauces. El río continuaba corriendo hacia el mar, murmurando en las riberas. El policía examinó su uniforme y continuó su ronda. Los niños y sus niñeras, de seguro, dormían.

—¿Querría cenar conmigo?—invitó Cándido. Su fealdad también se había marchado, en el horizonte, con el día muerto.

—No, amigo mío. En otra ocasión. ¡Nos conocemos tan poco!

Pero ella no se fué. Cándido y Rosalía conversaron en el

banco del parque durante muchas horas, con una conversación tumultuosa, hablándose de cosas que, por intrascendentes, borraban en Cándido todo recuerdo de amarguras. Y el espejo del cuarto de Cándido no podría imaginarse que el feo, en esa noche, era el más feliz de los hombres, que casi era un hombre normal, sin mentón prognático, cejas como bigotes y ojos pequeñitos.

—Yo nunca he amado—le confesó Rosalía—. Para mí el amor es un sentimiento que no puede darse a nadie; el amor es una nube que cubre el mundo en que vivimos, que nos arropa, que nos consume.

Cándido se sintió egoísta y ambicioso. ¡Un beso! ¿Por qué no conseguir un solo beso de aquella mujer que no amaba a nadie? El jamás había besado, porque los besos colocados en las mejillas de su madre habían sido regalos. ¡El beso de una mujer! Se estremecía de pensar que con sólo inclinarse, por sorpresa, podía poner sus labios calientes en la cara de Rosalía y conseguir un beso. Aunque ella se volviese y le quemase con un bofetón, aunque ella se levantara y, sin despedirse, se marchara para siempre del banco del parque. Sí, le pediría un beso, pasase lo que pasase. Y mientras ella hablaba, Cándido medía el rostro ovalado, discutía con su corazón el lugar exacto donde poner sus labios, cerrar los ojos y darle gracias a Dios.

—¿En qué piensa usted?—preguntó ella, como si adivinara.

Todavía no tuvo el coraje ni el valor de confesar. Sus ojos se replegaron, como las fisuras de una pared mal encalada, y su boca, repleta de dientes ennegrecidos, se le quedó apretada, casi mordida, en un gesto de impotencia y desesperación.

—Amigo mío—dijo ella al fin—, debo marcharme. Se hace tarde. Es preciso que nadie me vea en el parque a estas horas.

—¿Volverá usted? ¿Verdad que volverá, Rosalía?

La voz de Cándido se resquebrajaba, y era como el ruido de un trueno en mitad de la jungla. La mujer se levantó en silencio. El la siguió. Frente a frente, a Cándido las piernas le bailaban temblorosas. Las bocas estuvieron cerca, recamadas con la luz de una farola.

—Volveré, amigo mío; volveré al parque para que conversemos de todas las cosas que usted conoce mejor que yo. Y las palomas, sus amigas y mis amigas, nos verán juntos. ¿No es eso lo que quiere?

—Sí—dijo él—, eso es lo único que le pido. Regáleme unos minutos en las tardes. Muéstreme, Rosalía, que no le asusto, que no se empavorece con mi rostro de payaso, que no soy para usted el feo de quien ríen todos los hombres y las mujeres de la ciudad.

Rosalía echó atrás su cabeza y le miró de hito en hito. Le puso luego ambas manos en los hombros. No sonrió. Nada dijo. Y acercando lentamente su cara a la de él, depositó en la boca de Cándido un beso, un solo beso, suave y tibio; un beso que quemó la boca del feo como un latigazo.

—¡Gracias, Rosalía; gracias!...

Pero ella se iba rápidamente de su lado, caminando por el parque oscuro. Y a la vuelta del sendero se la tragó la neblina. Cándido dió un suspiro y se llevó una mano a los labios. Luego se besó la mano y miró hacia el cielo.

Cándido abrochó su sobretodo, alzó sus hombros hasta allí caídos, empuñó su paraguas y caminó también hacia su casa. El aire le estaba límpido, el parque cantaba, las palomas parecían regresar a su lado. Así no pudo ver a un grupo de gente arremolinado en la calle, en derredor de una ambulancia. Ni pudo escuchar a dos novios que, cruzándose con él, comentaban:

—¡Al fin, la agarraron! ¡Pobre loca! ¿Sabes que cada vez que se escapa vuelve al manicomio diciendo que un hombre la ama? ¡Es Rosalía, la loca romántica!



EL CADIZ DE LAS CORTES

RAMON SOLIS, «PREMIO FASTENRATH» POR SU LIBRO "LAS CORTES DE CADIZ"

CUANDO habíamos seleccionado, para publicar en estas páginas, un capítulo—el primero—del libro «Las Cortes de Cádiz», de Ramón Solís, se hace pública la concesión a esta obra del Premio Fastenrath, que otorga la Real Academia Española de la Lengua. Este galardón viene a confirmar los indudables méritos, la aportación valiosa que el libro supone. Ramón Solís, que había probado sus buenas dotes de narrador en la novela, ha acumulado en esta voluminosa y paciente obra información de primera mano y observación fina e inteligente. Se trata de una crónica viva, de una extensa y animada galería, a la que Cádiz asoma su perfil humano, sus tipos y clases, sus costumbres y formas vitales, cuyo símbolo fueron las Cortes. Don Gregorio Marañón, en el prólogo que pone al libro, señala: «Preciso es insistir que la influencia del Cádiz de las Cortes fué mucho más extensa y eficaz que la de las Cortes mismas, artificio humano, y por humano imperfecto y perecedero.» La ciudad, con su estructura del XIX, el emplazamiento y distribución de las casas y el interior y características de éstas; la población, con su psicología, sus procesos sociales, sus estamentos de nobleza, clero, su profesión y oficio; el comercio—en el estado en que se hallaba al comenzar la Guerra de la Independencia—la industria, el artesonado; la vida en la ciudad—militar, política, religiosa—, con un capítulo sobre el caso de la monja iluminada—la madre María Rosa de Jesús—, tan aireado entonces; la vida diaria, la cultural, la prensa, la epidemia, la insurrección americana y los sucesos, son tantas otras partes integrantes de este gran conjunto biobibliográfico, donde el dato erudito anda parejo con el acierto expresivo. Una extensa y rigurosa bibliografía—con manuscritos y planos originales—, con referencia a periódicos de la época, a libros y folletos, figura como apéndice de este gran empeño, del que Ramón Solís sale victorioso. El autor, que ha sido colaborador del Instituto de Cultura Hispánica, en su departamento de Información, ha probado voluntad, competencia y amor a su ciudad. Y ha dejado un libro que será requisito indispensable de estudio para cuantos en el futuro quieran conocer bien lo que fué aquel período agitado.

Situación y sitio

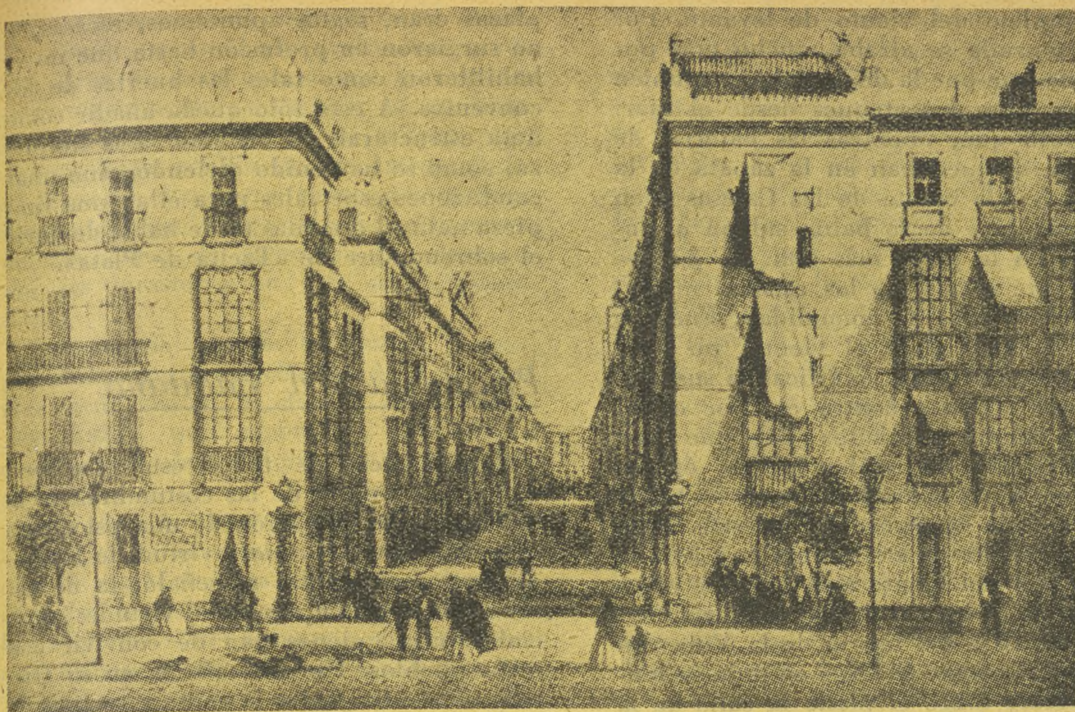
NO son análogos, aunque a primera vista lo parecen, los conceptos de sitio y situación. Su distinción nos ha de servir para comprender de qué distinta manera la geografía interviene en la estructura y en la personalidad de la ciudad de Cádiz. Llamaremos sitio al lugar que ocupa la planta de Cádiz en el mapa de una manera absoluta; en el concepto de sitio sólo deben entrar, por tanto, las peculiaridades del lugar, sin tener en cuenta los lugares vecinos. Por el contrario, entenderemos por situación una posición relativa dentro de una región, fijándonos—ahora sí—en los contactos más o menos obligados con poblaciones vecinas.

Cádiz, dentro de la geografía española, es una isla; una isla es también el actual San Fernando. Ambas ciudades forman un todo, sin más vínculo que un camino de arena. Completaremos su localización afirmando que la ausencia de montañas en sus proximidades la deja en un total desamparo ante los vientos, que el escaso terreno de su alrededor priva a la ciudad de una agricultura dentro de su término y que la escasez de pozos de agua potable marca la última de sus características en lo que se refiere al sitio.

En cuanto a su situación, Cádiz es una ciudad privilegiada. La causa de su nacimiento es precisamente su situación. Claro que toda ciudad nace como consecuencia de las características de un lugar determinado. Pero el que nazca ahí y no en otro lugar dependerá siempre de la conjunción de la situación con el sitio. Por ejemplo, en una zona rica agrícolamente la ciudad tiende a surgir a orillas de un río; de esta manera, a las ventajas del sitio se unen las de una buena situación; el río es un medio de vida, pero también un medio de comunicación.

Cádiz, en cambio, es consecuencia de su situación. Nace bajo un signo que nunca más ha de abandonarla: como ciudad-puerto exclusivamente. El estrecho de Gibraltar puede definirse como el cruce de dos líneas: la mediterránea-atlántica y la africana-europea. La importancia, pues, de su emplazamiento es tan grande como lo es, en general, la situación de España para con otras naciones. El eje horizontal significa la cultura mediterránea, que más tarde España continuará hacia América; el vertical, las invasiones africanas frente a las bárbaras. No creo necesario insistir que la historia de España gira alrededor de estos dos ejes que le marca el estrecho. El estrecho es, por tanto, punto vital para los pueblos primitivos que llegan a España. Una vez que sus embarcaciones salen de la corriente, eligen una serie de lugares en la costa, entre los que Cádiz destaca por su posición. El sitio no es apropiado—carencia de tierras laborables, falta de materias primas, aislamiento—, pero la situación es inmejorable. En este desequilibrio de sitio y situación se va a centrar la historia toda de Cádiz. Fácil es comprender que, cuando por la coyuntura histórica, la situación tiene importancia en la vida española, Cádiz cobrará valor. Los dos momentos en que España sostiene una intensa vida de relación—colonizaciones antiguas, grandes descubrimientos—serán las dos etapas más brillantes de la historia de Cádiz, aquellas en que se puso de manifiesto el valor de su puerto como ingreso meridional de la Península. Cuando la situación, por el contrario, deja de tener interés, la ciudad pasa a convertirse en una aldea de marineros. El sitio, por sí, no da para más.

Dos hechos, pues, eminentemente geográficos han favorecido—como dice Juan Gómez Crespo—el desarrollo de Cádiz: su acusado carácter marítimo e insular y su emplazamiento en uno de los grandes cruces de las comunicaciones mundiales. Ambos factores convirtieron a Cádiz en baluarte de la penetración púnica en España y, siglos más tarde, en el más firme apoyo de la expansión romana en la Bética. Los visigodos y los árabes, que no sienten inquietudes comerciales ni planean guerras con el exterior, no dan valor a la situación de la ciudad, por lo que Cádiz se oculta en la Historia. Ya reconquistada, Alfonso X, al que es justo reconocerle, junto con la sabiduría, una ambición imperial, se fija en nuestra ciudad, pensando en una política africanista ya planeada por su padre. Es por esto por lo que la hace cabeza de obispado, no obstante ser por aquella época una pequeña aldea, comparada con Algeciras, Jerez, Medina Sidonia, etc., ciudades que los árabes habían engrandecido considerablemente. Absurda debió de parecerles esta decisión a los nobles alfonsíes, como absurda les parecería después a los sucesores del Rey Sabio, sin inquietudes imperialistas de ningún género. Cádiz decae de nuevo; la diócesis abandona la ciudad, que se transforma en un feudo del conde de Arcos. Con los Reyes Católicos se inicia, otra vez, su resurgimiento. Ellos, como antes Alfonso, comprenden la importancia de su situación para una política africanista. La ciudad empieza a desplazar en importancia a los pueblos cercanos. Cuando descubren América un puñado de españoles, entre los que no faltan onubenses y gaditanos, se abre para nuestra ciudad un período de extraordinario florecimiento, motivado, sobre todo, por su magnífica posición marítima. Cádiz se convierte entonces en centro de las actividades mercantiles, lo que exigió el perfeccionamiento de su organización militar, para verse libre de la codicia de sus enemigos. América, pues, marca la hegemonía gaditana. La situación de la ciudad es piedra fundamental para nuestro imperio. Esto lo ve, sobre todo, Inglaterra, celosa del poderío español. Con claro instinto político, dirige a Cádiz los más duros ataques, segura de que repercutirán en todo el Imperio español. Cádiz será ya siempre la máxima aspiración de la ambición imperial inglesa. Gibraltar no cae



La calle Ancha, vista desde la calle de San Antonio.

en su poder sin que antes Cádiz resista en varias ocasiones sus más violentos embates. Incluso conquistado Gibraltar, no cejan en la posesión de Cádiz; en más de una ocasión se solicita el cambio o se intenta su ocupación.

Pues bien, esa importancia de la situación gaditana no supo verla Felipe II. Por eso, cuando los ingleses arrasan Cádiz en 1596, recomienda al de suyo prudente duque de Medina Sidonia que no arriesgue su vida en la defensa de la ciudad, ya que aquélla vale más que ésta. Recomendación que, por otra parte, no hubiera hecho falta, ya que el duque no destacaba precisamente por su espíritu arriesgado. Es el mismo Felipe II el que, a raíz de la destrucción de Cádiz por los ingleses, duda si reconstruirla o abandonarla, sin darse cuenta de que el afán destructor inglés nacía de una admiración por la situación de la ciudad. Pero ya en aquellos tiempos nuestro imperio se movía tan sólo por inercia, una fuerte inercia, como correspondía al fuerte impulso que se le diera anteriormente. Cádiz va a aprovecharse de esta inercia. Precisamente en los momentos en que el imperio empieza a tambalearse es cuando va a arrebatar a Sevilla el monopolio del comercio. La ciudad del Guadalquivir no cuenta con una situación tan favorable como la de Cádiz, aunque ocupa uno de los sitios geográficos más importantes de España. Más tarde, Cádiz, no por la ayuda oficial, sino al margen de ella, inicia un comercio de contrabando que terminará desplazando al estatal: entonces surge el Cádiz del siglo XVII y del XVIII, al que Gerónimo de la Concepción llamará, desde Amsterdam, «Emporio del Orbe».

La decadencia gaditana se marca cuando el concepto situación geográfica deja de tener importancia. Es decir, con la pérdida de nuestras colonias. Ya en la segunda mitad del siglo XIX la ciudad languidece; con el desastre del 98 se transformará en una capital de provincia más.

Cádiz esperó desde entonces una revalorización del concepto de situación, pero España mantuvo por muchos años exclusivamente una política interior. En el momento en que esto se escribe, parece ser que nuestra patria vuelve a una política internacional activa. Las naciones extranjeras demuestran su interés por Cádiz. El puerto franco puede dar a nuestra ciudad una transfusión de sangre que la haga recuperar su energía.

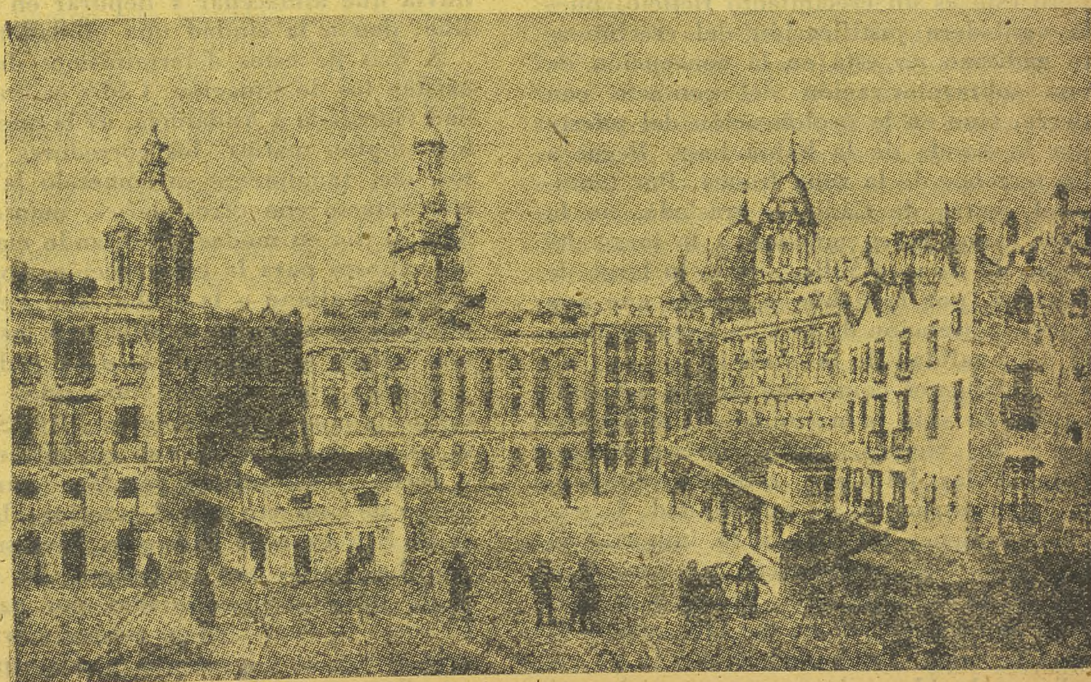
Estructura de la ciudad en 1810

Consecuencia del sitio que ocupa son cuatro determinantes de su estructura: dificultad de crecimiento, facilidad de fortificación, escaso contacto por tierra con sus vecinos y necesidad de defenderse de los vientos.

Su contextura de islote—aun en el caso de considerar a la ciudad aislada, el istmo de arenas no rompe la concepción de isla—marca, naturalmente, una limitación de crecimiento que pronto comprendieron los gaditanos. El trazado de la ciudad se resiente de la falta de espacio; las casas, por tanto, han de ser altas, frente al concepto de la construcción en Andalucía; las calles, estrechas. Las plazas escasean, hasta el punto que en el Cádiz de esta época sólo pueden considerarse como auténticas plazas tres: la de San Juan de Dios, la de San Antonio y la de San Fernando.

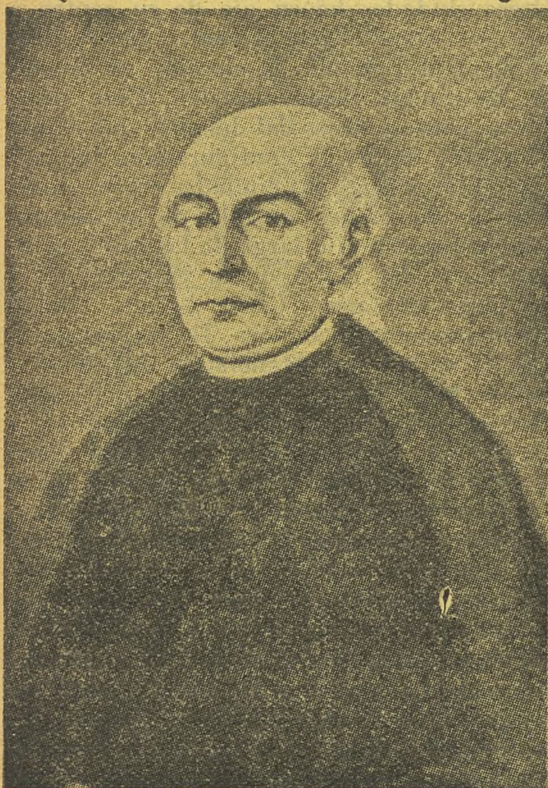
La facilidad de fortificación la transforma desde el primer momento en plaza fuerte y residencia del gobernador militar de Andalucía. Este espíritu de ciudad de guerra marca en la estructura de Cádiz un sello de personalidad. Las murallas, con sus cuatro puertas—la de Tierra, la del Mar, la de la Caleta y la de Sevilla, a las que se puede añadir el postigo de la playa de Santa María—, estrechan angustiosamente a la ciudad; el gaditano siente, por esto, un ansia de altura, que se refleja en las actas capitulares del Ayuntamiento durante todo el siglo XVIII. Por otra parte, una extensa guarnición va a crear cuarteles y baterías en todo su alrededor, formando auténticas barriadas militares en el cinturón de la ciudad.

El escaso contacto con los pueblos vecinos de tierra adentro que le impone su insularidad le da una concepción muy peculiar en la localización del centro. La próxima ciudad de San Fernando es claramente una ciudad de tránsito; las casas se alinean a lo largo de la carretera, y el centro surge en un cruce de caminos. Otras ciudades hacen eje de su centro a un río; otras eligen el centro físico arbitrariamente, cuando la elección no depende de ningún factor decisivo. Pero siempre la causa primordial del sitio que ocupa el centro define la configuración del crecimiento, y como las ciudades crecen apartándose lo menos posible de su centro, suelen hacerlo a lo largo de las calles principales o del río o de la carretera, o a lo largo del mar. Cádiz es una ciudad eminentemente marinera. De las dos puertas de mayor importancia, la de Tierra y la de Mar, es esta última la que considera su entrada. Podemos decir que en la época que estudiamos Cádiz tiene como puerta la del Mar y como espalda la de Tierra. Efectivamente, mientras aquéllas tienen forma de arco de triunfo—puertas de paz—, ésta tiene una contextura hostil; es una puerta para ser defendida, como si por ella no se esperara más que al enemigo. Esta diferenciación es muy importante, por eso vamos a insistir en ella. La puerta del Mar daba a una plaza —sentido acogedor—; la de Tierra abría paso a una zona militar. A aquélla afluían las calles de una manera abierta; a ésta, formando ángulos agudos, rematadas en bayoneta. Esta estructura de las diferentes entradas de la ciudad nos da una clara idea del espíritu urbanístico que le impo-



La plaza de San Juan de Dios.

ne a Cádiz su condición de isla. El centro de la ciudad nace en su centro. Es curioso que la ciudad, que ya se ha fundado al otro lado de la isla, cree su centro fuera del recinto amurallado, que en aquella época terminaba en la fachada de lo que hoy es el Ayuntamiento. El centro, pues, se sale de la ciudad buscando el muelle y haciendo su plaza en la actual de San Juan de Dios. Allí seguirá durante los siglos XVI, XVII y XVIII; allí estará en la época que estudiamos y allí permanece actualmente, pese a que la calle Columela centre el comercio y la calle Ancha el paseo aristocrático. El centro del crecimiento es el del puerto, y pegándose a él, crece la ciudad. Cuanto más se alejan las calles de este punto, tienen menos vida, menos importancia. Al tratar este tema, no hay que olvidar que con la pérdida de las colonias la ciudad pierde conciencia de su personalidad y hace de las puertas de Tierra su centro. Surge entonces el crecimiento de nuestros días, cuyo



El magistral Cabrera.

centro está precisamente emplazado en dichas puertas, que inmediatamente perdieron su hostilidad para hacerse acogedoras. Pero éste es un crecimiento ficticio, pues la verdadera justificación del crecimiento gaditano no está en la concepción de una sobrevalorización del contacto con tierra, sino en la prolongación del puerto por la banda de la bahía hasta llegar a los terrenos de la zona franca. Por tanto, si el centro de Cádiz se traslada, no lo hará, como creen muchos, a lo largo del paseo de Ana de Villa, sino a lo largo de la costa, por la bahía, a menos que una nueva concepción de la vida haga cambiar la personalidad de la ciudad.

Señalábamos como uno de los determinantes de sitio la necesidad de defenderse de los vientos. Puede parecer exagerado hablar del viento como determinante de la estructura de una ciudad. Desconocen quienes lo piensen la importancia que éste llega a tener en una zona desamparada de montañas, próxima al mar y en la boca misma de ese saco que es el Mediterráneo. La ciudad de Cádiz no estaba tan batida antiguamente como lo está hoy. Su recinto amurallado la defendía por completo del viento de levante. Por eso su muralla se alzaba mucho más por esta zona que por la de la Caleta, también peligrosa para los ataques desde el mar. Es curioso que, mientras las baterías de la Caleta se quedaban en la zapata de la muralla, en la cuesta de las Calesas y en los alrededores de la bahía subían a emplazarse en la parte más alta. Es de sospechar que a más de las razones militares hubiera otras de comodidad. Fuera o no tenido en cuenta el viento, no cabe duda que para Cádiz significaban sus murallas una defensa contra él. Por ejemplo, de aquel «levante» del que hay constancia de sus violencias en épocas anteriores a sus murallas apenas se habla después de la construcción de éstas. Pero donde verdaderamente se nota en Cádiz la importancia del viento a la hora de construir es en el barrio de Santa María. Así como las calles del barrio de la Viña van enfiladas al campo del Sur en toda su longitud—véase sobre el plano la calle de la Amargura—, la banda de levante del de Santa María no cuenta ni con una sola calle enfilada. Las calles son como un pequeño zaguán que se quiebra para que el aire no enfile. Al mismo tiempo, esa forma de proa de barco que tienen algunas casas, para evitar el dar fachada al viento, no puede explicarse como una concepción distinta de la arquitectura gaditana en cuanto a estilo, sino simplemente como defensa contra el viento. Obsérvese como esa necesidad no se impuso en las calles que dan al paseo de la Aduana, precisamente porque la muralla las defendía, impidiendo que el viento de levante las azotara como hoy las azota.

La escasez de agua dió a las casas una concepción muy andaluza de evitar los tejados y prolongarse en azoteas. Hablábamos antes de la necesidad de altura. Durante todo el siglo XVIII las actas capitulares reseñan, como ya hemos indicado, solicitudes, informes y peticiones para soslayar la prohibición de que las casas no tuvieran más de 17 varas de altura. Chocaba, por tanto, la necesidad del vecindario con el criterio inexorable del Ayuntamiento, que consideraba insano que las calles quedaran ahogadas entre altos edificios. Por eso marcó la altura tope, mandando derribar incluso aquellos pisos que sobrepasaban las 17 varas. La igualdad de altura, así como la construcción de azoteas, necesarias para recoger el agua de lluvia que almacenar y depurar en el aljibe, dan a la ciudad una unidad típica.

A más de estos determinismos de sitio existen los de situación. Cádiz es una ciudad vinculada a Andalucía, de la que toma los amplios patios, los corredores abiertos, etc. Igualmente su comercio la pone en contacto con otros países, manteniéndose al día en modas, facilitando materiales valiosos para la construcción, como el mármol italiano o la caoba, etc. Pero estas consecuencias de la situación las veremos mejor al estudiar la casa gaditana.

Queda, pues, trazada una línea general de la ciudad de Cádiz en 1810. Se trata, como decimos, de una ciudad cercada y cerrada. La puerta del Mar marca el punto de contacto con el exterior; la plaza de San Juan de Dios constituye su centro. Las calles son estrechas; las casas, altas, uniformes, coronadas por azoteas. El suelo es llano; como ciudad marítima, más polvo que la limpia arena, que en aquellos momentos difícilmente lograba meter el viento dentro de la ciudad. Las plazas eran, según apuntamos, escasas, y no surgieron en profusión hasta que no se habilitaron como tales las huertas de los conventos. A esto sólo queda añadir como nota estructural, no un amor a la limpieza, como se ha venido diciendo, sino unas condiciones especiales para ella; una limpieza natural que más tarde había de darle el sobrenombre de «Tacita de Plata».

Psicología del gaditano

Consecuencia de todos estos factores, que forman parte de las costumbres de la ciudad, es la formación de una psicología especial. Era la primera virtud de los gaditanos, según antes se señaló, la de ser acogedores y comprensivos, virtudes esenciales para quienes han de convivir con otros pueblos. Horozco afirma en su *Historia de Cádiz:* «Mas la gente y vecinos de



Don Miguel Cabrera de Nevares.

esta ciudad, con ser una de las que más recibe en sí esta diversidad de gentes, están fuera de todas las leyes y costumbres de los que viven en las demás islas, cual lo son los de la ciudad de Toledo u otras de la tierra adentro en cualquier parte del mundo. Porque su trato y comercio es en todo punto de la verdad y sin doblez, todos, grandes, medianos y pequeños, de buena y apacible comunicación y nobleza, tan afables y de amistad, que entre ellos es acogido, tenido y estimado cualquier forastero con el amor y voluntad que se debe al natural.» Esta cualidad del carácter de los hombres de Cádiz, que ponen también de manifiesto a lo largo de sus memorias Riamundo de Lantery, Abréu y cuantos escriben sobre el Cádiz de los siglos XVI y XVII, permanece hasta los días en que centramos nuestro estudio. Así lo demuestra el siguiente texto del conde de Maule, que por ser forastero hace más valiosa su información: «Su copioso vecindario, compuesto de diversidad de naciones, goza de toda su libertad y de tanta franqueza, que jamás se ocupa del pensamiento de la clausura en que se halla metido. Al contrario, es menester confesar

que la reunión de los amigos en todos los sitios públicos y el encuentro de gentes de todos los países, aun de los más remotos, sirve de gran consuelo a la soledad, pues difícilmente se encontrará un hombre sin otro u otros de su mismo país, aunque haya venido de las extremidades de la tierra. Este es el principio, prescindiendo del genio hospitalario y generoso del vecindario, del gusto con que viven todos los forasteros en esta isla encantadora.»

Este sentimiento de tolerancia y comprensión seguirá sorprendiendo a los que más tarde visiten la ciudad, como Federico Rubio, que encontrará esta virtud como una de las prototípicas de la mujer gaditana.

Otra de las características sociales del Cádiz que estudiamos es la escasa limitación de clases sociales. Como ya hemos insinuado, la nobleza gaditana es una nobleza que vive del comercio, una nobleza que trabaja y negocia, al igual que esa



Don Tomás Ysturiz.

burguesía que surge pronto en la ciudad y que llega a desbancarla en riqueza. El ambiente económico en que se desenvuelve el comercio de Cádiz hace que cualquier vecino de la ciudad pueda transformarse, con su trabajo y en poco tiempo, en un adinerado negociante. El comercio no pone trabas a nadie, y el que nace inteligente y capaz puede triunfar. La escala de comerciantes iba desde el más acaudalado banquero al más modesto propietario de un simple puesto de recova.

El estudio, la preparación cultural, eran decisivos en la ciudad y eran, al fin y al cabo, el único blasón del que se podía hacer gala. De aquí esa preocupación cultural del comerciante, ese afán por instruir a sus hijos, a los que no amparaban unas rentas.

El nacimiento de la burguesía coincide en Cádiz no con una separación de clases sociales, como ocurre en otros lugares del mundo, sino con una ausencia de miseria. En la ciudad, pese a que en aquellos años el comercio había comenzado a decaer, no faltó nunca trabajo, y trabajo bien retribuído, como lo demuestra el hecho de que en todo momento existió una emigración de santanderinos y gallegos, que luego volvían ricos a sus regiones respectivas.

Como afirma Alcalá Galiano, «lo notable en Cádiz era que las clases bajas, en su tono y modos, apenas se diferenciaban de las altas, siendo corteses y, sobre todo, cariñosas, y no manifestando en el trato con sus superiores ni humildad ni soberbia, como si un espíritu y práctica de igualdad social no dejase lugar ni a la sumisión ni a la envidia o al odio por ella engendrado contra los favorecidos por la fortuna, a quienes tampoco consentía el uso que fuesen desdeñosos.

Pocos años después de la época estudiada, Federico Rubio, al analizar la sociedad gaditana, llega a consecuencias definitivas: «Actualmente en todas las naciones la sociedad se divide en tres clases: clase superior o aristocrática, sea de la sangre o del dinero; clase media o burguesía y clase obrera. Cádiz ofrece una excepción en tal sentido. No hay más clases que una, dividida por la educación: cultos y menos cultos. Empieza la primera división en los propietarios y capitalistas; sigue en los comerciantes y profesionales, abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, etc.; continúa en los artistas, funcionarios, marinos, militares, empleados, corredores, administradores, escribientes, dependientes de comercio, artífices, plateros, relojeros y una multitud de personas caídas en pobreza, pero conservando sus maneras y buena educación.»

Incurre en un error, a mi juicio, Federico Rubio al señalar que no existe una división de clases, cuando él mismo acusa dos: una formada por el capital y el trabajo: comerciantes y hombres de carrera—el título profesional hace las veces de capital, como energía acumulada—, y otra formada por los que sólo cuentan con su trabajo. Ahora bien, lo que parece deducirse es que un continuo sucederse del tiempo y la inestabilidad del comercio formó pronto una clase pobre venida a menos, que coincidía con una clase de nuevos ricos; esto mantenía en todo momento una igualdad de preparación y cultura.

Esta opinión de Federico Rubio no debemos tampoco tomarla al pie de la letra, ya que está comprobado en los años 1835 al 1850, época en que él vive en Cádiz, por ese tiempo la ciudad ha entrado ya en plena decadencia y conoce la pobreza, antes inexistente, cuando el comercio con América daba a la ciudad una gran fuente de riqueza.

El nacimiento de una burguesía y al mismo tiempo esta igualdad en la preparación cultural forzosamente habían de repudiar el régimen de Carlos IV, dando lugar a un sentimiento liberal, que fomentaba además el contacto muy directo con Inglaterra y Francia. Este liberalismo gaditano ha de permanecer durante todo el siglo XIX. Son los descendientes de estos comerciantes del Cádiz del XVIII los que han de tomar parte más activa en las luchas políticas; en ellos será obsesivo el ideal de transformar la sociedad haciéndola más igualada, el renovar nuestra economía con un sentido moderno, el luchar contra el fanatismo. En una palabra, pretenden transformar España toda en una nación culta, tolerante, sin grandes diferencias sociales...; es decir, anhelan contagiar a España de esa vida feliz de los últimos años del siglo XVIII gaditano que ellos vislumbraron de niños o de la que oyeron hablar a sus padres.

Equivocados o no, más o menos endurecidos por la lucha que contra ellos se entabló, difamados por las dos clases, nobleza y clero, donde era más necesaria la reforma, como revolucionarios por los primeros, como herejes por los segundos, justo es reconocer a este grupo de liberales gaditanos que sabían lo que querían y luchaban por un ideal palpable y existente.

Si esto ocurría en lo político, en lo religioso tenía también el gaditano una manera especial de sentir, más en consonancia con nuestro catolicismo actual que con el de la época en otros lugares de España. Las diferencias surgían del trato con la población extranjera. Señalemos, en primer lugar, que el trato con los protestantes mantenía al clero gaditano más preparado en la ciencia religiosa que sus hermanos de otros lugares de España. Lo que pone de manifiesto los buenos oradores sagrados que dió el Cádiz del siglo XVIII, entre quienes destaca el beato Diego de Cádiz, cuyos mejores sermones, o por lo menos los que dieron mejores resultados



Antonio Alcalá Galiano.

apostólicos, fueron los que dirigió a los protestantes de la ciudad, donde tantas conversiones consiguió.

No podía ser la misma mentalidad la de este clero, que necesitaba convencer, que la de un clero que se amparaba en la Inquisición y que le bastaba prohibir. En Cádiz, como dice Alcalá Galiano en sus Memorias, la Inquisición estaba tan atenuada, que casi puede decirse que no existía. Los libros franceses, por revolucionarios que fueran, entraban sin gran dificultad; la prensa extranjera era la más codiciada y leída. Estos libros no se ocultaban; si acaso, como hacía el tío de Alcalá Galiano, se le cambiaban los lomos, poniéndoles etiquetas de libros de Calderón o Lope o títulos de sermonarios a libros de Rousseau o de Voltaire. La labor del sacerdote debía fundarse no ya en evitar la entrada de los libros, sino en fundamentar razonamientos que convenciesen a los lectores; para esto era necesario un estudio, era preciso que el Seminario de Cádiz contara, como contaba, con un sabio profesorado. Esta importancia del Seminario de Cádiz persistió por mucho tiempo, dando sacerdotes tan ejemplares

y sabios como el obispo Arbolí, que tanta importancia tuvo en la formación de la juventud gaditana como director del colegio de San Felipe Neri, en cuyo cargo sucedió a hombres tan eminentes como Alberto Lista, Alcalá Galiano y Benot.

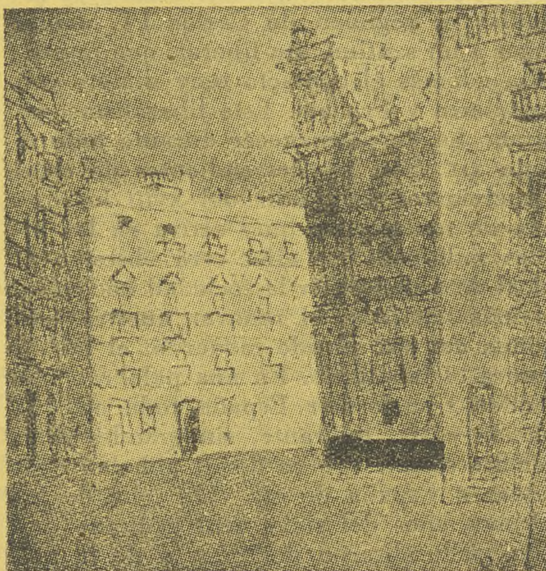
No creemos que Voltaire, pese a su vinculación con Cádiz, donde estaba interesado económicamente, tuviera gran importancia en la ideología gaditana. La revolución francesa no fué bien acogida en la ciudad. González del Castillo puede definirnos, en parte, esta ideología: el sainetero gaditano, hombre amante de la libertad, no amigo de la nobleza, nada timorato respecto a ideas avanzadas, escribe su *Galiada* frente a los revolucionarios.

Es natural que este sentimiento fuese el más generalizado. Cádiz, en aquellos momentos, no podía hacerse solidaria con una revolución precisamente por cuanto amaba la paz y se vivía allí cómoda y felizmente. La psicología del gaditano estaba frente a todo procedimiento radical. Por otra parte, un sentimiento religioso muy acendrado impedía la aceptación de las ideas francesas. Y en esto conviene insistir, pues son muchos los que creen que el amparo de una religión por el Estado, con medios coercitivos, como ocurría en la España de aquellos momentos, da lugar a una mayor religiosidad. Cosa hartas veces comprobada como error. Precisamente por cuanto el gaditano convivía con hombres de otras religiones, por cuanto podía obrar con más libertad, surgía un católico que, si bien era tolerante con las ideas de los demás, era sincero y cumplidor con la suya propia. No hay que confundir la religión que es hábito y costumbre con esa religión que surge de la fuerza de las creencias.

Otra de las cualidades más acusadas en el gaditano es su patriotismo. Si en todas las características de la psicología del gaditano de aquella época hemos visto una clara consecuencia de su contacto con pueblos de los más diversos lugares de la tierra, es decir, consecuencia de su cosmopolitismo, esta virtud parece a primera vista que nace en oposición al medio ambiente en que se forma; mas no es así. No debemos olvidar que el patriotismo es resultado de una cultura, de una preparación intelectual, de un sentimiento de unidad, precisamente reflejo de la presencia de los extranjeros o de los extraños a la nacionalidad. Cádiz es quizá la primera en sentir la patria como algo distinto de como entonces se sentía.

Creo poder afirmar que fué en Cádiz, cabalmente en los momentos de la guerra de la Independencia, donde surgió el sentimiento de la nacionalidad, de la patria. Hasta entonces y aun entonces se luchaba con el grito de «¡Viva Fernando VII!», se servía al rey, como luego se siguió haciendo en muchos lugares de España, y no se tenía otro sentimiento de unidad que el de la monarquía. Pues bien, en el Cádiz de las Cortes se oyen los primeros gritos de «¡Viva España!», se llama a los americanos españoles de ultramar y se precisan y separan los conceptos de patria y dinastía. Qué otra explicación puede tener si no que unos hombres como eran los liberales de Cádiz, que pensaban en todo igual que los afrancesados, que sabían que sus inquietudes de reforma habían de cumplirse bajo el reinado de José Bonaparte, que en todo momento demostró ser un rey capaz y bien dispuesto, se refugiaran en Cádiz haciendo frente a una imposición extranjera. En Cádiz nace la nacionalidad española pareja a ese sentimiento de nacionalidad de las repúblicas hispanoamericanas. Era una nueva manera de ver la vida, que surgía más en consonancia con los tradicionalistas de nuestra época que con la postura de los serviles en aquellos momentos.

Pero dejemos esta digresión para puntualizar el sentimiento patriótico de Cádiz, que no sólo se puso de manifiesto en la defensa decidida y heroica de la ciudad, sino en las actuaciones de los gaditanos en general en cualquier punto donde su deber los llamase. Cuando se convoca la reunión de Bayona es nombrado representante de Cádiz don José Molla, que se niega a asistir, lo mismo que el sustituto que se nombra después. Desde este momento Cádiz, la ciudad que estaba más en contacto con Francia, adopta clara y contundentemente una postura antifrancesa. Y aun antes de 1808. Es un general gaditano, Ricardos, quien invade el Rosellón; un intelectual, González del Castillo, quien escribe *La Galiada*, en contra de la revolución, y un religioso, el beato Diego de Cádiz, el que de manera más violenta combate las nuevas ideas que nos llegan del otro lado de los Pirineos. Tres nombres importantes y decisivos que no se pueden silenciar. Y en la misma Guerra de la Independencia, los gaditanos luchan contra el francés no sólo en su ciudad, sino en todos los frentes. En Madrid, el Dos de Mayo, cae un niño de doce años, Antonio Fernández Menchirón, natural de Cádiz, según lo atestigua la partida de defunción que existe en el archivo de la iglesia de San Martín. Gaditanos eran los capitanes José Ruiz Dueñas y José Rodríguez Baus y el brigadier Bartolomé Solano, que dieron su vida defendiendo Zaragoza. Otros muchos gaditanos ofrendaron su vida gloriosamente en defensa de la patria. Recordemos algunos nombres, aunque la lista podía fácilmente ampliarse: el sargento mayor Santiago Moreda, el teniente coronel Felipe Muñoz Arjona, caídos en la batalla de Espinosa; el teniente José López, el médico de la Armada Manuel Esteban, el guerrillero Ignacio López Ventadas, los capitanes Vicente Moreno y Antonio María Velasco, el teniente coronel Antonio Alcalá Galiano, el coronel Fernández Valledor, el capitán José Albarenza, etc. Muy conocido fué el heroísmo del general Menacho—también gaditano—, que muere valientemente defendiendo los muros de Badajoz, junto con su paisano el brigadier Juan Bassecourt. No menos heroico fué el comportamiento de Antonio Lavaviedra y García Colorado, capitán del Regimiento de Voluntarios de Madrid. Con diecisiete años interviene en varias acciones guerreras, consiguiendo ascender rápidamente. Al mando de veinte hombres mantiene a raya a 360 dragones franceses, los cuales, finalmente, logran hacerle prisionero. Huye y vuelve de nuevo al frente para morir en la defensa del puente de Suazo. También vale la pena recordar la actuación de otro gaditano ilustre, don Toribio Fernández Cosío y Elorga, subteniente del Regimiento de Murcia. Hecho prisionero en la batalla de Uclés, fué fusilado en el Retiro de Madrid por negarse a reconocer al rey José Bonaparte. Hemos citado tan sólo algunos de los gaditanos que han pasado a la Historia por su comportamiento en la lucha con el francés fuera de su ciudad. Los que vivían en ella bien demostraron su entereza, manteniéndola como único bastión de España. Pero de la actuación de los gaditanos y de los refugiados en el sitio de Cádiz ya se hablará más tarde. Nos interesaba ahora tan sólo justificar el patriotismo del gaditano y señalar sus causas.



La plaza de las Nieves, de Cádiz, por Eugène Delacroix.

Esta actuación de los gaditanos en todos los puntos de la resistencia no es sino un sentimiento fruto de la cultura de la ciudad. Obsérvese que el valor que demuestran es, casi siempre, un valor reflexivo. En su mayor parte, el gaditano lucha en el ejército y no en las partidas. Su actuación patriótica la hace, por tanto, desde las filas de la oficialidad, precisamente donde mayores fueron los fallos en aquella guerra. Esto comprueba dos cosas: preparación cultural para merecer el puesto y un sentimiento de unidad en la lucha.

Recoge Agustín García Gutiérrez las palabras pronunciadas por Segismundo Moret en Cádiz, su ciudad natal, con ocasión de un acto cultural. Afirma Moret que a principios del siglo XIX el concepto de patria se había debilitado por el fraccionamiento territorial en que España vivía durante largos años y que sólo la región andaluza exteriorizó la ausencia de regionalismo formando coaliciones contra el francés. Tiene en gran parte razón, ya que la batalla de Bailén es la primera acción guerrera fruto de la unidad. Sin embargo, no estamos conformes con el juicio de que el sentimiento de patria estaba debilitado, ya que es el romanticismo—tan vinculado a Cádiz—el que exalta los sentimientos de nacionalidad. Las Cortes de Cádiz no son más que el último intento de unidad que se realiza. Fallado el propósito, al fallar la institución, el ansia de nacionalismo se vincula al lugar de nacimiento; surgen así los regionalismos españoles y la independencia de los pueblos americanos. No es justo, por tanto, que se culpe a Cádiz y a sus Cortes de la independencia de América y de todos los males del siglo XIX español. Con absoluta imparcialidad es preciso reconocer que el fracaso surgió en el momento en que la reacción absolutista suprimió la Constitución, única posibilidad de vínculo que quedaba. Como después demostró Estados Unidos en el curso de los años, la única manera de mantener unidas unas regiones y unos pueblos diversos es una Constitución que permita la holgura de un federalismo. Y esto lo vieron clara y palpablemente los gaditanos que se refugiaron en los muros de su ciudad. Lo vieron porque en aquellos momentos Cádiz estaba preparada políticamente y porque era la ciudad española donde había mayor madurez para asimilar las tendencias modernas.



